



Ciudad Juárez, versiones de una toma

1911

JOSÉ MANUEL GARCÍA-GARCÍA
-Compilador-

José Manuel García-García nació en Ciudad Juárez en 1957.

Algunos de sus libros publicados son: *La inmaculada concepción del humor: Teoría, antología y crítica del humor literario mexicano*; *Don Rómulo Escobar: Selecciones de artículos y ensayos 1896-1946*; el poemario *Guardamemorias y Paso del Norte: Ciudad Juárez: Textos de su historia y su cultura (1555-1899)*.

Es colaborador permanente de la revista *Semanario* de Ciudad Juárez y profesor de literatura en New Mexico State University, en Las Cruces, Nuevo México, con el status de Full Professor of Spanish.

Ciudad Juárez,
VERSIONES DE UNA TOMA

1911

José Manuel García-García

—Compilador—

Selección de imágenes
y textos a pie de foto:

Rubén Mejía

Licenciado César Horacio Duarte Jáquez
Gobernador Constitucional del Estado de Chihuahua

Licenciado Jorge Quintana Silveyra
Secretario de Educación, Cultura y Deporte

Arquitecto Fermín Gutiérrez Galindo
Director del Instituto Chihuahuense de Cultura

Ciudad Juárez. Versiones de una toma , 1911.

José Manuel García-García –Compilador–

Primera edición: mayo de 2011

Derechos reservados:

© De esta primera edición, Instituto Chihuahuense de la **Cultura**.

© De los textos compilados, sus autores.

© De la compilación, José Manuel García-García.

Elaboración de mapas y collages: José Manuel García-García.

Créditos iconográficos: Colección de Otis Aultman de El Paso
Public Library.

Diseño de la portada: Gisela Iliana Franco Deándar

Selección fotográfica y textos a pie de foto: r. mejía

ISBN: 978-607-7788-61-4

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Programa editorial del Gobierno del Estado

Avenida Universidad y División del Norte s/n

Colonia Altavista. C.P. 31200

Tel. (614) 4-13-17-92

Chihuahua, Chihuahua, México.

Impreso y hecho en México

Índice

Introducción. José Manuel García –Compilador–.....	7
Alberto Heredia.....	21 ✓
Gonzalo G. Rivero.....	33
T. F. Serrano.....	47 ✓
Timothy G. Turner.....	53
Roque Estrada	59 ✓
Francisco Vázquez Gómez.....	71 ✓
Ira Bush.....	81 ✓
Francisco I. Madero	87 ✓
Francisco Villa (según Martín Luis Guzmán).....	91 ✓
Juan Navarro.....	111 ✓
Rafael Aguilar.....	117
Giuseppe Garibaldi.....	123 ✓
Máximo Castillo.....	131 ✓
Heliodoro Olea Arias.....	137
Marcelo Caraveo.....	153 ✓
Armando B. Chávez.....	159

A la memoria de nuestro primer historiador:

Armando B. Chávez.

A Fabián A. Samaniego, por su apoyo.

INTRODUCCIÓN

Cada dios inventado por nosotros es
una versión de la misma pregunta.

I

¿Por qué el título?

Porque es una colección de historias parciales de *un asedio* y *una conquista militar*.

*

Ciudad Juárez sabe mucho de esto: es la ciudad eternamente sitiada, acosada, tomada.

*

Paso del Norte / Ciudad Juárez ha sido:

—Refugio de aventureros y chichimecas que huían de la Corona Virreinal (Siglo XVI).

—Cabeza de Playa para el «poblamiento» del septentrión por Oñate (1598).

—Misión para contener la «herejía» de los indios (1659).

—Zona de guerra entre indios rebeldes y soldados de la Corona (1684).

—Refugio de los derrotados de la Gran Rebelión de las 10 naciones indias (1680).

—Presidio para las guerras intermitentes contra los comanches y los apaches (a partir de 1766).

—Almacén situado a 9 días de las ciudades principales: Chihuahua y Santa Fe (siglo XIX).

—Refugio y frontera final en la derrota de la guerra contra Estados Unidos (1848).

—Refugio del gobierno de Benito Juárez en su huida de los franceses (1864-65).

—Puerto y cruces de ferrocarriles entre México y Estados Unidos (1884).

—Ciudad abierta para el triunfo de maderista (1911).

—Centro del exilio de escritores, revolucionarios y reaccionarios (1910-1925).

—Corazón herido por la Guerra Sucia contra los muchachos guerrilleros (1973-1980).

—Experimento del bipartidismo mexicano (1983-).

—Feminicidio globalizado (1990-).

—Plaza peleada por el Estado y los narcos.

*

La toma de 1911 es sólo una de tantas que ha sufrido esta ciudad (siempre despreciada y siempre tan deseada).

*

No lo olvido: una «toma», en música, es una sesión para una grabación.

En la industria del cine es la filmación de una escena.

En la técnica de la fotografía es el momento de la captura de una imagen.

En este sentido, «tomar» es dejar en *un formato* una pieza musical, un fragmento cinematográfico, una imagen inmóvil.

Es *tomar* de la realidad un evento y convertirlo en representación *simbólica* de ese mismo evento.

Una toma es, así, un fragmento elegido y re-simbolizado.

*

La palabra «tomar» tiene otros significados:

—En los sistemas jurídicos de Europa es la posesión oficial mediante un edicto de un territorio en nombre de un poder estatal.

—En el sistema de la iglesia católica es el establecimiento formal de una congregación religiosa en nombre de Dios y el Papa.

—En el sistema militar es apoderarse de un objetivo estratégicamente importante.

Tomar es un evento sociológico violento. Tiene que ver con el poder: *el que puede toma*.

(No vine a ver si puedo, sino porque puedo vengo).

*

Este libro quiere ser una serie de versiones de la Toma. Es una colección de *tomas instantánea* (literariamente hablando), una colección de piezas y de imágenes: bosquejos de fragmentos en torno a un mismo acto: la Toma de una ciudad en un momento determinado.

*

Como compilador, *tomo* las versiones dispersas. Las reúno. Las rescato del silencio. Las reordeno.

Con estas «tomas», la gran narrativa de esa Historia pierde un breve trozo de *olvido*. Tomamos del olvido una serie de tomas que pasan a la memoria escrita.

Este libro es, entonces, una reunión de voces, por años dispersas en folletos, libros antiguos, documentos guardados en las colecciones especiales de las universidades norteamericanas.

Es la variedad de perspectivas en torno a una batalla que duró apenas dos días y medio.

*

De las 16 voces que reúno en esta compilación, el lector notará las «coincidencias esenciales»: El triunfo del maderismo, las tensiones internas entre los rebeldes, los errores de algunos de los jefes, el comportamiento excéntrico de Madero. Pero cada uno de los testigos (y/o cronistas) nos da una certeza: las perspectivas parciales cambian el detalle: ¿Cómo murió realmente Tamborrel? ¿Dónde estaban Orozco y Villa el primer día del ataque? ¿Quién decidió realmente el asalto a la ciudad?

Versiones:

—Los *periodistas* ofrecen una variedad de matices en sus notas que van de la crónica a la nota reporteril a la entrevista. Así leemos el impresionismo que despierta suspicacias de Gonzalo G. Rivero; el moralismo orozquista de T.F. Serrano; el chacoteo descriptivo de Tomothy G. Turner; y el crudo reordenamiento de los eventos a partir de recortes de periódicos de Alberto Heredia.

—De los *civiles*: leemos el oportunismo a veces patético de Roque Estrada; la autoridad autojustificatoria del Dr. Francisco Vázquez Gómez; la ingenuidad villista del Dr. Ira Bush; y la inseguridad reflexiva de Madero.

—De los *militares*: el breve y obligado informe del general Navarro; la frustración crítica del capitán Aguilar; las sobrias descripciones de Ruiz Llamas; la egolatría militar de Villa y de Garibaldi; la sencillez extrema de Máximo Castillo, Heliodoro Olea y Marcelo Caraveo.

—De los *cronistas*: la puntal metodológica de Armando B. Chávez.

Estamos ante una verdadera *polifonía*, un conjunto de perspectivas en torno a un centro: la toma de la ciudad deseada.

II

Felipe Talavera (historiador local-oral) indica 17 puntos estratégicos de la Toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911. Talavera resume las propuestas de Armado B. Chávez, basados en el informe oficial de general Navarro.

Los puntos estratégicos de la toma son:

(1) El cuartel del Quince, en la calle Ocampo fue designado de manera natural el primer punto de defensa, pues ahí estaba ubicada la comandancia general. El cuartel se encontraba en lo que es ahora las calles Manuel Acuña, Altamirano y Rayón, y estaba al mando de Juan Navarro.

(2) El Fuerte Hidalgo, al mando del coronel Zenón Noriega, en la calle Ocampo, lo que actualmente son las calles de Artículo 23 y Francisco Sarabia, en la escuela Técnica Industrial Uno.

(3) Una trinchera a todo lo largo de la calle Lerdo y Calle del Teatro, protegida con costales de arena y dos ametralladoras, trinchera bajo las órdenes del coronel Manuel Tamborel. Asimismo, había un grupo de tiradores apostados en las azoteas de la guarnición y del teatro Juárez. Actualmente se localiza ahí el estacionamiento municipal de la calle Lerdo.

(4) En las oficinas generales de Correos, al mando del general Ángel Jiménez. En las calles 16 de Septiembre y Mariscal.

(5) El edificio de cantera de la cárcel, en las calles actuales de 16 de Septiembre, Mariscal, Guadalupe Victoria y Donato Guerra. El teniente coronel Salvador Ulloa era el encargado del mando.

(6) El edificio de la Aduana, actual Museo Histórico; el teniente coronel Alberto Bátiz era su defensor.

(7) La estación del ferrocarril, al mando del teniente coronel Berrocaldo, fue el punto número siete.

(8) La Misión de Guadalupe, al mando del mayor Enrique Pulido. La Misión contaba con un edificio de dos plantas en la parte de atrás. Algunos sitúan a la Misión como el punto de defensa 8 y otras fuentes como el 9.

(9) La Escuela Número 28, defendida por el mayor José Estrada. El edificio ahora es la escuela Simón Bolívar, en las calles de Galeana y Constitución.

(10) Una trinchera localizada en la entrada de la ciudad, en la esquina de las avenidas Insurgentes y Constitución.

(11) Trinchera en las inmediaciones de lo que hoy es el Mercado Juárez.

(12) Trinchera en la calle María Martínez y Arteaga, al final de la calle Quinta, lugar donde acababa la población por el poniente, en lo que es hoy la Escuela de Readaptación Social para Menores.

(13) Trinchera en el puente del ferrocarril central mexicano.

(14) Trinchera en el puente del ferrocarril noroeste de México.

(15) Trinchera en la avenida Lerdo.

(16) El viejo molino de Montemayor, cercano al Rancho Flores. Al comienzo de lo que es ahora el viaducto Díaz Ordaz.

(17) El teniente coronel Rafael García Martínez, estaba al mando en una trinchera de grandes proporciones que se levantó en la avenida Ferrocarril, frente a la plaza de toros "Hermanos Samaniego", lo que hoy en día es la esquina de las calles Abraham González y Francisco Villa.

*

Para el primer día (8 de mayo), Navarro marca las posiciones enemigas con dos rectángulos, uno negro y otro dividido en negro transversal.

Para el segundo día, la posición de los rebeldes la marcó usando un rectángulo con un triángulo en negro.

Para el tercer día, la posición enemiga la marcó usando un rectángulo de dos triángulos en negro confrontados.

Las líneas de las defensas de la plaza las marcó usando una línea gruesa sobre una línea delgada. (Ver el mapa).

Los puntos ocupados por la defensa fueron (ver el mapa) los siguientes edificios muros aspillerados:

(1) Trincheras de infantería.

(2/3/) Trincheras de infantería con espaldón para artillería.

(4) Espaldón y trinchera.

(5/6/7) Barricadas de infantería. En los siguientes puntos: (A) Cuar-

tel General; (B) Jefatura de Armas; (C) Teatro Juárez; (D) Cuartel 14^o Regimiento; (E) Aduana Fronteriza; (F) Casa Sr. Maestas; (G) Cuartel 3er. Regimiento; (H) Escuela 29; (I) Iglesia; (J) Cárcel Pública (K) Cuartel Federa; (L) Hospital de la Paz; (M) Hospital Militar; (N) Plaza de toros; (O/P) Caseta aduanal; (Q) Jefatura Política. (Consultar nuestros mapas).

*

Según anota Miguel Ángel Berumen, «el general Navarro dispuso para la defensa de la plaza de dos jefes, 39 oficiales y 631 hombres de tropa, de los cuales 130 eran auxiliares al mando del jefe político de la ciudad, el coronel Rafael García Martínez». Compare el lector la versión de Talavera y Armando B. Chávez. Versiones sobre versiones.

III

En esta introducción debo incluir una reseña de un libro inspirador: 1911, de Pedro Siller.

Siller anota de entrada que la toma de Juárez ha sido material de olvido para los historiadores de la revolución mexicana. En la extensa obra de Jesús Silva Herzog, por ejemplo, apenas «ocupa un párrafo».

Tal vez porque la batalla fue una de tantas en la vorágine de la guerra.

Pero cuidado (anota Siller), esa batalla decidió la suerte de la revolución maderista. La consolidó, llevó al poder a Madero, puso a prueba a caudillos como Villa y Orozco, definió desde su raíz actitudes y metas de los hombres de nuestra guerra.

*

El libro de Pedro Siller se divide en 10 partes, hay también fotografías inéditas que acompañan las descripciones. Todo en un estilo sencillo,

ameno, ligero. Y como ocurre con los textos de investigación histórica: abundan las referencias, las fuentes y los datos obtenidos de libros, tesis, folletos, artículos, hemerotecas y diversos archivos. (Siller comparte con Ángel Berumen los créditos de esa investigación. Dos investigadores, una voz).

Los personajes dominantes en esta obra son: el indultado Juan J. Navarro, el rebelde Pascual Orozco, el triunfador Guiseppe Garibaldi, y en el fondo de toda esa guerra: el afantasmado Pancho Villa, el disminuido Francisco I. Madero, y la secuencia de soldados, futuros líderes, caudillos y traidores que participaron en la batalla del once.

Para Siller, la primera etapa de la revolución mexicana se inició el 20 de noviembre de 1910, triunfó el 21 de mayo de 1911, y se oficializó el 15 de octubre de 1911, cuando Madero llega a la presidencia. Esta etapa maderista termina con la traición del dipsómano Huerta el 22 de febrero de 1913, que inicia la segunda etapa de la revolución, la de la guerra civil. Pero 1911 se enfoca particularmente en los días 8 al 10 de mayo de 1911, dándonos un marco histórico secuencial. La relación de eventos se inicia a partir del 16 de octubre de 1909, cuando Porfirio Díaz y William H. Taft, se reúnen en Juárez para discutir el futuro de México. Díaz tenía en el poder desde 1876, y su reloj biológico aunado a la crisis socio-política mexicana le demandaba separarse de la silla presidencial. Por su parte, el presidente norteamericano tenía que asegurar continuidad en las inversiones y en la política de «colaboración» del país vecino. En ese entonces, el Paso, Texas, tenía 39,279 habitantes, de los cuales, unos 10 mil eran mexicanos. Estos vivían en el barrio Chihuahueta, que fue centro de operaciones magonistas en 1906.

Ciudad Juárez contaba con una población de 11, 781 habitantes. Y era centro de entretenimiento turístico: los juegos de apuestas, las peleas de gallos, las corridas de toros, las peleas de box, y las inversiones extranjeras hacían de Ciudad Juárez la tercera en importancia en el estado; por su situación geográfica (activa vía ferroviaria, zona limítrofe con los surtidores de armas) la hacían lugar codiciado por los

rebeldes antiporfiristas. Era política y militarmente, una ciudad de primera importancia.

Sucede luego lo que el gobierno norteamericano temía: el 20 de noviembre de 1910 se inicia en todo el país la revuelta antirreleccionista. En Chihuahua se une al maderismo Abraham González, hombre que organizará un ejército de extranjeros (G. Garibaldi, Benjamín Johannes Viljoen), y de aguerridos norteños: Pascual Orozco, Francisco Villa, Cástulo Herrera, Toribio Ortega.

*

Abraham González llama a Orozco para que el 5 de febrero de 1911 tome Ciudad Juárez, pero la invasión fracasa. Orozco contaba con unos 500 hombres, pero el ejército federal había recibido refuerzos, así que decide mejor esperar. Orozco se refugia en el Rancho Flores, en los márgenes del Río Bravo, frente a la ASARCO. En el campamento, Orozco tiene conflictos con Garibaldi y decide retirarse, justo cuando se integra el grupo de 80 rebeldes encabezados por Máximo Castillo. Apunta Siller que es el periodo cuando los norteamericanos inician sus primeros reconocimientos aéreos de la zona.

A partir de marzo, se integran más hombres al ejército maderista. Su jefe político, establece su cuartel de operaciones en la modesta «Casa de Adobe», junto a la ASARCO.

Después de una serie de enfrentamientos militares en el estado de Chihuahua y de «armisticios» fugaces, los revolucionarios estacionados en el Rancho Flores planean la toma de Ciudad Juárez.

*

La mañana del **8 de mayo** se inicia el ataque. Pudo haber comenzado con una provocación de los oroquistas a los federales, provocación que fue de los insultos a las pedradas y luego a los disparos. Otra posibilidad, más dignificadora: Garibaldi, Orozco y Villa se pusieron

de acuerdo y sin informarle a Madero nada, iniciaron el combate. Lo cierto es que Madero, cuando se entera tres horas después del ataque, intenta inútilmente detener el avance de sus propias tropas.

El asalto a Ciudad Juárez se inicia a las 8:30 de la mañana, un testigo, el teniente Francisco G. Puga describe los primeros tiroteos. Puga no puede contestar a los disparos rebeldes porque las balas irían a parar del lado norteamericano. El fuego se intensifica y los federales tienen que replegarse abandonando sus trincheras. Había pánico entre los profiristas: sabían que la población apoyaba a los rebeldes y que estos se habían preparado días antes. Se sabía, por ejemplo, que Cástulo Herrera introdujo bombas de mano y dinamita para apoyar el ataque final.

Después de este primer triunfo, los rebeldes atacan un molino («el Molino de Montemayor»), donde se parapetaban 50 soldados del 20 Batallón. A los revolucionarios se unieron vecinos del barrio Bellavista para adueñarse el edificio. Madero se entera del ataque a las 11 de la mañana. Villa y Orozco salen de El Paso rumbo a Ciudad Juárez; a las 12:30 de la tarde recibe un comunicado el general Navarro (encargado de la defensa de la plaza): que cese el fuego, que todo ha sido un malentendido. El comunicado tenía la firma de Francisco I. Madero. Según Navarro, esta es la razón por la que abandona la primera trinchera (el Molino). Esto permite a los rebeldes llegar al Puente Santa Fe. Orozco se une a Madero, se van enterando de los éxitos militares de los revolucionarios. Orozco se une a sus hombres y encabeza directamente la toma de las casetas aduanales que unen las dos ciudades fronterizas. Madero intenta varias veces comunicarse con Navarro ofreciendo propuestas de paz. A las 6:30 de la tarde se inicia un fuerte cañoneo federal que termina por falta de municiones. Madero se comunica con Navarro por teléfono, le ofrece un armisticio, que acepta el jefe federal, pero no así los rebeldes que a cada «armisticio» van tomando más terreno. Nadie le hace caso a Madero, el objetivo es la toma de la ciudad y los verdaderos líderes (Orozco, Garibaldi, Villa)

son los que tiene la última palabra. A las 9 de la noche, al ver que el movimiento envolvente rebelde es incontenible, Madero acepta oficialmente la insurrección.

*

El día **9 de mayo**, a las 2:30 de la madrugada, mil rebeldes entran por la Avenida Juárez; unos dirigidos por Orozco, otros por Garibaldi (que marcha rumbo al centro de la ciudad), y otros más se dirigen a la Cárcel, al edificio de la Aduana y a la Misión de Guadalupe. Garibaldi se encarga de cercar la plaza de toros, lugar donde los federales se habían atrincherado. Mientras la ciudad permanece sin luz, sin agua y en algunos sectores sin servicio telefónico. Los rebeldes avanzan también a través de las paredes de las casas abriendo boquetes con barras de hierro. El espectáculo era desconcertante: mientras unos se dedican a perforar paredes, otros desayunan o descansan en las casas tomadas, todo lo iban haciendo en una prisa lenta.

En las lomas frente a la ASARCO, Madero y sus hombres (entre ellos, Carranza) vigila el ataque. Hay una constante comunicación entre Madero y los jefes rebeldes. Por la tarde de ese mismo día 9, los revolucionarios ya habían tomado una buena parte de la ciudad; curiosamente, la plaza de toros fue una de las trincheras que cambió varias veces de manos. Todo ese día los combates se incrementaron. Y gracias al sistema de espionaje revolucionario, los rebeldes evitaron colocarse donde estaban las bombas-trampas. Por su parte, los federales se iban desmoralizando, les faltaba agua, comida, parque, el calor era ya insoportable y el enemigo los acosaba cada vez con más fuerza. Por varios rumbos de Juárez se podían ver cadáveres esparcidos en calles, parapetos y acequias. Por la tarde, una bomba de mano había incendiado las oficinas de Correos. Para el anochecer, los revolucionarios ocupaban las azoteas cercanas al cuartel general. La biblioteca pública del poniente ardía, propiciando mayor visibilidad a los com-

batientes. Las fachadas de los edificios lucían acribilladas, por las calles habían pedazos de madera, enjarre y vidrios rotos. Los rebeldes saqueaban o pedían mediante «vales» comida de las tiendas de abarrotes; unos celebraban por adelantado la victoria, otros, con gran calma, seguían su trabajo de ir barrenando paredes.

A las 9 de a noche una bomba federal incendió un almacén ubicado en la esquina de la avenida Lerdo y el canal de la acequia madre.

*

El día **10 de mayo**, a las 8:20 de la mañana, los revolucionarios toman el Hotel Porfirio Díaz (frente a la Aduana). Villa con 650 hombres inicia el ataque al sur de la ciudad, a lo largo de la vía férrea. Su objetivo era tomar la serie de tiendas almacenes Ketelsen y Degetau, y apoderarse del «Cowboy Park» donde los federales tenían parte de sus tropas. En el centro de la ciudad, los rebeldes seguían su avance, mientras que en la escuela frente al monumento a Juárez, los soldados seguían resistiendo. En esa zona fueron destruidos varios edificios, entre ellos, una biblioteca pública. Los soldados federales perdían a cada momento más y más terreno, su situación era desesperada. En contraste, los rebeldes celebraron el refuerzo de 250 hombres de José de la Luz Blanco, que tomó el edificio del Colegio de Niñas. Mientras José Orozco se posesionaba del Cuartel General. De hecho, sólo quedaba la resistencia federal en la iglesia y la comandancia. Los soldados que intentaban huir, eran atrapados por las fuerzas de Villa situadas en los caminos del sur de la ciudad. A las once de la mañana, Orozco y Garibaldi efectúan una maniobra envolvente para tomar de una vez la iglesia y la cárcel. En el enfrentamiento, la iglesia es incendiada parcialmente. Los federales se reagrupan en el cuartel federal (entre Ocampo y Manuel Acuña), y a las once y media Navarro y sus 482 hombres se rinden ante Garibaldi. Al medio día, entre ruinas, Madero y su ejército celebra la toma de la ciudad. Según Abraham González, hubo un número de 100 federales muertos, y 13 heridos.

Las pérdidas revolucionarias fueron 15 y 50 heridos. Del lado norteamericano, murieron 5 curiosos y hubo alrededor de 15 heridos.

Las 251 páginas de *1911*, aquí brevemente comentadas, culminan con un epílogo, donde se narra la muerte de cada uno de los principales participantes de la toma: La muerte no el olvido, es lo que desprendemos de las últimas páginas de la obra de Siller.

Otros libros que complementan con sus versiones narrativas de la toma de Juárez, son los editados por Miguel Ángel Berumen: *La cara del tiempo* (2002); *1911, la batalla de Ciudad Juárez / Las imágenes* (2003); y *Pancho Villa, la construcción del mito* (2005). Libros imprescindibles que nos ayudan a reconstruir con imágenes antiguos hechos / mitos que en fragmentos (en diversas versiones) aún viven en nosotros.

Dicho esto, iniciamos las *tomas*.

José Manuel García-García

Las Cruces, Nuevo México.

Primavera/Otoño, 2010.

«VERSIÓN».— *Sinónimos*. Traducción, adaptación, transcripción. Por ejemplo: El hombre sólo transcribió aquello que le pareció cercano a la verdad.

§ *Preliminares del 6 al 8 de mayo de 1911.*— El día 4 de mayo del año en curso, resguardados de los ardientes rayos del sol, por un álamo, al pie de las estériles montañas, en las que hacía poco tiempo escogieran las tropas beligerantes como la vía más conveniente para el ataque a Ciudad Juárez, estrecharon sus manos el jefe de la Revolución Sr. Francisco I. Madero y el Sr. Lic. Francisco Carvajal, enviado especial del Gobierno mexicano; inaugurando en esta primera entrevista (que efectuaron sin testigos los dos personajes citados y que duró por más de una hora) las negociaciones de paz entre los dos elementos de combate.

Las credenciales del Lic. Carvajal fueron examinadas y consideradas buenas por el Sr. Madero, habiéndose fijado para principiar los tratados el mismo día 4 de mayo a las 9 a.m. Conocido es el texto de las proposiciones hechas por el Sr. Madero, las cuales no pudieron aceptarse por el Gobierno mexicano en todos sus detalles y en cuya discusión transcurrieron los días 5, 6, 7 y 8.

§ *Mayo 9 de 1911.*— Principia el ataque. Primer día de combate. Se capturan importantes posiciones.

El día 9 a las 10 a.m. aún trataban el Sr. Braniff y el señor Madero de solucionar el asunto de la paz, cuando fueron interrumpidos por una descarga, que motivó el regreso del Sr. Braniff a El Paso y al Sr. Madero a informarse de la causa, se trataba de que una partida de caballería insurrecta compuesta de 30 jinetes que se acercaba al Molino de Harinas que está situado al oeste de Ciudad Juárez, aliado del canal de irrigación, cuando fue tiroteada por las tropas federales, inmediatamente dio orden al Sr. Orozco de mandar suspender el fuego, retirando los insurrectos del lugar indicado.

El general Orozco mandó correos al efecto, pero por razones desconocidas el fuego continuó y pequeñas partidas de insurrectos comenzaron a destacarse aproximándose al molino con el fin de reforzar el grupo que principió el ataque. A la una de la tarde, una pequeña porción de tropas insurrectas tomaba posesión del molino citado, enfilándose con las trincheras federales situadas en el banco sur del canal; en muy poco tiempo tomaron esa trinchera arrojando a los federales de sus posiciones y ya dueños de ella principiaron a hacer fuego sobre las tropas situadas en la cárcel, el palacio municipal y la iglesia.

Al propio tiempo, un pequeño destacamento de insurrectos había avanzado por el lado norte y a lo largo del banco del canal, hasta la avenida Juárez en el punto donde conecta la línea del Ferrocarril de Santa Fe, con el puente internacional y la Aduana, una partida de esta fuerza avanzó más al centro y se hizo de posiciones ventajosas desde donde empezó a tirotear con éxito a las tropas federales situadas en la plaza de toros. Otra partida del mismo destacamento avanzó hacia el puente y tomó posición de él arrojando a los guardias fiscales; esta situación se conserva a las 2.30 p.m. en constante y nutrido tiroteo por ambos partidos, cuando nuevos correos remitidos por el general Orozco ordenaban la retirada. A despecho de todos los esfuerzos que se hicieron para que abandonaran el ataque los insurrectos rehusaron el ceder ni un solo palmo de terreno, constantemente estaban recibiendo refuerzos que se les agregaban ansiosos de entrar en acción y a las 3.15 habían logrado avanzar hasta el centro de la ciudad cerca de la plaza de toros y la Aduana.

El fuego a esta hora se había hecho general, el estruendo de los cañonazos se oía a intervalos en medio del ruido general de la fusilería y cuando las ametralladoras entraban en función el estruendo aumentaba sus colosales proporciones, haciendo suponer a los que escuchaban que se estaba ejecutando una mortandad de miles.

En respuesta al ataque de los insurrectos, el fuego de los federales se había dirigido naturalmente hacia El Paso y durante todo el día

estuvieron lloviendo balas sobre diferentes lugares de la ciudad haciendo algunos muertos y heridos.

A las 5 de la tarde, los insurrectos atacando con inusitado brío habían desalojado la caballería federal de la plaza de toros y habían tomado también la Aduana, haciendo retirar las tropas que la defendían, se posesionaron de un gran edificio que está situado en la plaza frente a la iglesia; durante esta sucesión de ataques el fuego de la fusilería y piezas de artillería era tan nutrido que producía un especie de rugido interminable que ensordecía por completo.

A las 6.30 p.m. se notó una interrupción transitoria que obedecía a órdenes del Sr. Madero, quien en consulta telefónica con el Gral. Navarro trataba a petición de éste de que se retiraran las tropas que atacaban, ofreciendo suspender el fuego mientras verificaran la retirada.

A las 7 p.m. se dieron órdenes terminantes a los insurrectos de que se verificase la retirada, lo cual ejecutaron en parte, como a las nueve de la noche; estimándose que más de 400 hombres se quedaron adentro de la plaza en lugares fuera de la línea de fuego.

Hasta la media noche, el fuego de la fusilería, aunque en escala mucho menor, no dejaba de escucharse y a esta hora cruzó la línea de El Paso a Juárez una comisión compuesta de los Sres. Roque González Garza y Alberto Fuentes, para tratar con el Gral. Navarro la cesación de hostilidades; hasta las 3 a.m. duró la conferencia cuyo resultado no se conoció.

Se estima que hasta esa hora el número de cadáveres de ambos lados era de 60 y de 125 el de heridos.

El ataque de los insurrectos, fue verificado por el río, en el punto opuesto a la Estación de la Unión y hacia el puente internacional que desemboca en la calle Stanton, como a una milla de distancia, a las 5 de la tarde cuando el ataque era más vigoroso se veían desfilar las tropas maderistas de uno en fondo a lo largo del río, cubriendo una línea de dos millas de largo.

Los cañones de los insurrectos, en número de tres fueron emplazados por tres ocasiones en la orilla de la loma, pero el señor Madero mandó retirarlos, se asegura que no tiraron un solo tiro con ellos.

La inexpugnabilidad de las fortificaciones federales fue contrarrestada por la perspicacia, actividad y arrojo de los insurrectos, quienes lograron enfilarse con las trincheras, dirigiendo hacia ellas sus ciertos disparos con gran éxito, por otra parte las horadaciones, cuyo sistema permite el avance al centro de las poblaciones sin ponerse de blanco ya mayor abundamiento el uso de bombas de dinamita en la destrucción de los edificios, resguardo de las tropas del Gobierno hizo que, en un tiempo relativamente corto, penetraran hasta el centro mismo de la plaza y con mayor facilidad que lo que se esperaba.

§ *Mayo 10 de 1911.*— Los insurrectos hacen replegar las fuerzas federales a sus cuarteles, el combate toca a su término a las treinta y seis horas de constante brega.

El 10 diez de mayo y segundo de la batalla, empezó a notarse el aumento del tiroteo mutuo desde las 3 a.m. siguiendo en progreso a medida que avanzaba el día, que permitía observar la situación con mayor claridad. Ya hemos dicho que la noche anterior no cesó el fuego por un momento, haciéndose más o menos sensible según las circunstancias, a veces el fulgor siniestro de un edificio que se incendiaba, alumbrando con luz de sangre, permitía apreciar detalles y recrudecer las hostilidades.

Al amanecer de este día, pudo apreciarse el horror de la guerra, edificios caídos o en ruinas, incendiados, demolidos en parte, maltratados casi todos, veíanse esparcidos por el suelo escombros de todas clases, pedacería de ladrillo, de adobe, trozos de puertas y ventanas, astillas de madera, fragmentos de techos, alambres de la corriente eléctrica y de las líneas telefónicas enredándolo todo, postes caídos, y en fúnebre consorcio cadáveres humanos y manchas de sangre que empaparon el pavimento de las calles; triste resultado de la espantosa lucha de hermanos contra hermanos. El huracán desatado sobre Ciudad Juárez no hubiese hecho mayores estragos.

El combate continuaba, las tropas federales estaban posesionadas del teatro, la escuela, la cárcel, la iglesia, el edificio del Cow Boys Park,

la casa municipal y sus propias barracas situadas al oriente de la ciudad. En cambio los insurrectos ocupaban los puntos céntricos que habían adquirido en la batalla de ayer, que consistían en multitud de edificios comerciales, y particulares, la plaza de toros y la Aduana que conquistaron a sangre y fuego, un duelo a muerte, un tiroteo constante estuvo sosteniéndose todo el día sin que al parecer se inclinase la victoria decisivamente a partido alguno de los contendientes. Sin embargo, todas las probabilidades estaban de parte de los insurrectos, prácticamente eran dueños de toda la margen del río, ocupaban las tres cuartas partes de la población, se proveían fácilmente de víveres en los establecimientos comerciales, poseían agua en abundancia, sus municiones no escaseaban y su radio de acción era enteramente libre. En cambio las posiciones de las tropas del Gobierno estaban circunscritas a un radio, relativamente corto, tenían víveres y municiones, pero el agua les escaseaba por haberse roto el depósito en que se almacenaba, por otra parte la constante brega que no les permitió un momento de descanso los tenía fatigados y abatidos; así continuó la lucha todo el día; palmo a palmo fueron conquistando las fuerzas insurrectas las posiciones federales, haciéndolos replegar hacia la plaza y la iglesia, finalmente este edificio fue también ocupado por los maderistas y a medianoche ya no quedaba más punto de defensa a las tropas del Gobierno, que la casa municipal a donde parapetándose con sacos de arena estuvieron sosteniendo el fuego.

§ *Mayo 11 de 1911.* Término de la batalla. Rendición de la plaza. Notas complementarias

Al fin la situación se hizo insostenible, las tropas gobiernistas estaban exhaustas, después de 48 horas de combate continuo, sin alimentos ni descanso, ya no era posible la resistencia, el día 11 de mayo tercero de la batalla y a las 12:35 p.m. el general Navarro mandó izar la bandera blanca. Los insurrectos le intimaron la rendición incondicional y a la 1 p.m. el general Navarro entregaba su espada al general Garibaldi y con él se rindió la tropa de su mando consistente en quinientos hombres de todas armas.

Complementarias.

§ El Sr. Madero al serle presentado el general Navarro se expresó de esta manera: «Usted ha peleado por el general Díaz, porque tenía que hacerlo, porque usted formaba parte de un sistema que nosotros tratamos de destruir. En unos días se hará la paz y usted estará libre, pero si la guerra continuase podrá usted escoger entre la neutralidad de su acción, bajo su palabra de honor, o unirse a nuestras filas, de todos modos será usted tratado como hermano, no como enemigo.»

§ Las tropas insurrectas capturaron más de un millón de cartuchos, mil rifles máuser, dos morteros, tres ametralladoras y dos cañones de campaña, diciéndose que todas estas piezas estaban inutilizadas.

§ De los dos cañones que emplazaron los insurrectos al oeste de Ciudad Juárez, eran uno grande y otro chico, éste funcionó todo el día aunque su fuego fue poco efectivo, el grande debido a una excesiva carga de pólvora estalló a las 8 a.m.

§ Se cree que el monto total de muertos fue de cien hombres y 250 los heridos, sin poderse precisar con exactitud, por no poderse conocer el número de deserciones y por otra parte porque se estuvieron enterrando cadáveres desde el principio de la batalla.

§ A las 7:30 el general Garibaldi con 150 hombres a su mando escaló el puente del Ferrocarril Central y parapetados con el terraplén del propio ferrocarril efectuó su avance hasta acercarse a la plaza de toros abrió fuego entre las tropas federales que allí había, haciéndolos retirar hasta la calle de Comercio, la gente de Garibaldi logró penetrar hasta la plazoleta sosteniendo un fuego que duró dos horas; al fin cargó con denuedo el ejército federal haciéndolo retirarse en desorden hasta el embancamiento del río, allí parapetados se repusieron, recibieron municiones y de nuevo emprendieron el avance, esta vez en-

trando por el puente de la calle de Stanton llegaron a la Avenida Juárez en donde se posesionaron del Hotel Porfirio Díaz desde donde empezaron a dirigir sus disparos hacia la iglesia operando en conjunto con las demás fuerzas insurrectas.

§ Los generales Orozco y Garibaldi capturaron cada uno, un cañón del enemigo, el primero era de tiro rápido y un mortero el segundo.

§ Los partidos contendientes, sin organización sanitaria hacían que no pudieran atender sus heridos, consecuentemente, se les abandonaba como a los cadáveres. La ciudad estaba prácticamente desierta, pues con excepción de las fuerzas contendientes no había otros elementos. Las patrullas americanas permitían el paso a los refugiados, niños y mujeres en cualquier número. Todas las casas comerciales del centro estaban cerradas y en las ventanas y puertas construyeron barricadas provisionales.

§ Madero salió de su campamento como a las 10 a. m. con dirección a Juárez acompañado de su estado mayor, habiendo pasado la noche en una casa de adobe que está situada cerca de la Fundición.

Por espacio de una hora, no hicieron fuego los cañones de la artillería del Gobierno y sólo el cañón insurrecto llamado Long Tom estuvo funcionando.

Los heridos federales, en gran número, tirados en medio de la vía, pedían agua y ayuda, se notaba gran confusión por todas partes.

§ El general Miguel Hernández, de la armada insurrecta, telefoneó al Sr. Madero a las 8 a.m. del día 10 que habían logrado silenciar los cañones y que la caballería del ejército se retiraba rumbo al Rancho de las Flores, rumbo por donde se notaba estaban efectuándose numerosas deserciones de los federales.

§ A los generales Orozco y Garibaldi y al coronel Francisco Villa se les veía siempre en los puntos de mayor peligro, dirigiendo la batalla con acierto y valentía.

§ El ataque a la ciudad en la mañana del día 10 se efectuó por tres distintos rumbos: norte, sur y oeste.

§ Los federales improvisaron barricadas en medio de las calles; de las cuales dirigían un certero fuego a los rebeldes.

En la quinta edición del día 11 de mayo se lee en *El Paso Herald*:

§ «El general Navarro y 480 prisioneros, fueron capturados en sus barracas que fueron su último reducto y a donde fue la rendición, después de haberseles destruido casi por completo a cañonazos. Los federales prisioneros que caminaban en el centro de las tropas insurrectas lo hacían casi sonrientes. 'Viva la Constitución', decían al ir entregando sus armas y reían y casi saltaban de gozo. La rendición del general Navarro fue intimada por el Gral. B. J. Viljoen N. M. consejero militar de Madero. Viljoen manifestó que no era él el jefe, y que sólo por no estar presente el Sr. Garibaldi, que lo era, aceptaba la rendición. El coronel Pueblita manifestó que el coronel Tamborrell, que ya estaba herido, recibió un tiro en la frente, al asomarse a una esquina, que fue el que lo mató, que con la prisión de él y la muerte de Tamborrell ya no quedaba más jefe superior del Ejército que el general Navarro. En la tarde de la rendición entraron los rebeldes por la calle del Comercio conduciendo sus cañones hechos en casa; llenos de regocijo y gritando vivas como muchachos. Los cañones fueron colocados en la plaza.

«El crédito de la victoria parece corresponder al jefe insurrecto José de la Luz Blanco, quien con su tropa de refresco, entró en la noche del día 10 con ansia de entrar en acción; su entrada la hizo introduciéndose por la calle del Diablo, que está situada detrás de la cárcel, posición que conservaban los federales. El tiroteo de la noche del 10 llegó a su maximum la mañana del 11 efectuándose casi a quemarropa; los insurrectos arrojábanles bombas de dinamita ocasionalmente. A las 10 de la mañana del 11 ya estaban capturados la iglesia, la cárcel, el edificio del Ayuntamiento y por último todas las defensas de las tropas del Gobierno, quedándoles tan sólo las barracas que más tarde fueron conquistadas.

«El general Garibaldi con cierto número de gente se introdujo en el centro destruyendo todos los licores envasados que encontró a su paso, con objeto de evitar la embriaguez de los soldados. Momentos antes de la rendición de la plaza, los federales se retiraron hacia el pie de las montañas al suroeste de las barracas, protegidos por el fuego de los defensores de ellas que estaban en los techos; los voluntarios no querían rendirse y continuaron el tiroteo hasta que fueron derrotados por los insurrectos que les hicieron 50 prisioneros cerca de la cárcel; sin embargo de las cercanías de este lugar siguieron haciendo fuego los voluntarios que quedaban dispersos.

«Una partida de insurrectos, como a las 11 a.m. salió a caballo con bandera blanca para indicar a sus compañeros situados en los alrededores, de suspender el fuego; inmediatamente los cirujanos establecieron un hospital temporal en el centro de la ciudad para atender los heridos de ambos partidos que se encontraban en las cercanías; doce muertos federales fueron encontrados al pase. El pavimento que rodea la iglesia estaba tinto en sangre y las calles adyacentes llenas de sombreros insurgentes, arrojados durante la batalla.

«Las casas de habitación y los establecimientos mercantiles estaban al final de la acción, todos abiertos, habiendo servido de refugio los unos y de aprovisionamiento los otros. En el Uncle Sam Bar (cantina), había una partida de rebeldes tomando copas a pesar de la medida del general Garibaldi de destruir toda clase de bebidas, otras partidas estaban entregadas al descanso en las casas comerciales, por lo cual no había una sola casa del centro que no estuviera abierta de par en par, restablecido relativamente el orden y el tráfico en su movimiento usual, ocurrieron dos incidentes que pudieron ser de graves consecuencias; estos tuvieron lugar el día 14 de mayo; se trata de la fuga del general Navarro y la aprehensión del señor Madero.

«El jefe Francisco Villa, deseaba que se le entregara al prisionero general Navarro para mandarlo ejecutar en Cerro Prieto, lugar en el que este militar mandó efectuar algunas ejecuciones que se conside-

raban injustificadas; las pretensiones de Villa pronto fueron conocidas por varios insurrectos y encontraron eco favorable, la especie se propaló hasta oídos del señor Madero; se alegaba además como razón para la entrega del preso, el quebrantamiento de la palabra de honor que otorgaron varios oficiales que estaban presos bajo ese concepto, los cuales habían pasado la línea divisoria internándose en El Paso y abrigando temor de que el general Navarro hiciera otro tanto.

«El señor Madero en vista de la gravedad del caso, toda vez que se le había garantizado la vida al general Navarro y que éste estaba bajo su custodia, pues era su huésped, ideó la manera de salvarlo; no podía hacerlo de una manera ostensible, había que obrar con cautela por los innumerables destacamentos que estaban colocados en los puentes y a lo largo de la ribera del río, y tenía temor de que ya hubieran llegado a oídos de cualesquiera de esas partidas los deseos de Villa y trataran de impedir la fuga. Con esos temores la única idea que le pareció viable fue la de llevarlo en su propio automóvil hasta las afueras de la población y ya allí aprovechar la ocasión que se presentara; así lo hizo y aunque las últimas crecientes del río eran un obstáculo grave para lograr el fin propuesto, al fin encontraron un hacendado de las inmediaciones que facilitó un guía y un caballo, con cuyos medios pudo lograrse la evasión; este hecho se dice que produjo un roce entre el señor Madero y Villa, que afortunadamente tuvo una pronta y pacífica solución.

«El segundo caso revistió caracteres de mayor gravedad, como a las 9:30 a.m. el general Orozco acompañado de cien hombres armados y empuñando personalmente su rifle, se presentó en el domicilio del señor Madero exigiéndole el pago de los adeudos a la tropa y el abastecimiento de víveres y forrajes de que carecía, añadiendo que la tropa después de la peligrosa y dura campaña de Juárez estaba carente de todo, mientras que él todo lo tenía con esplendidez y aun lujo. El señor Madero le contestó que estaba en la imposibilidad de cumplimentar su demanda inmediata, que se ocuparía de ello muy pronto.

Orozco se mostró intransigente y entonces el señor Madero saliendo a la calle, arengó a la fuerza armada que allí había prometiéndole que pronto se haría lo que pedía Orozco, mas a su peroración sólo respondieron con gritos de viva Orozco, ante esa actitud, ingresó al interior de su casa bastante abatido y de nuevo insistió Orozco sobre su demanda, además exigió la disolución del gabinete que tenía nombrado el señor Madero exponiendo como razones que de la misma manera que se consultaba a él y demás jefes de la Revolución los azarosos asuntos de guerra, debió consultárseles sobre este particular, y por último le dijo que se diera preso. El señor Madero trató de disuadirlo de su empeño y al fin consintió en la disolución de su gabinete y pudo vencerlo de que debía esperar un poco más para las anteriores demandas. Esto terminó el incidente, se reconciliaron las amistades y un abrazo puso final a esta cuestión que estuvo a punto de dar al traste con los triunfos adquiridos, sembrando la anarquía y exponiendo a la patria al peligro de una invasión.»

Los hombres del norte



Armados con pistolas, fusiles, sables, balas y valor, listos para iniciar otra batalla por una igualdad social.

«GONZALO G. RIVERO»

«VERSIÓN»— *Sinónimos*. Interpretación, composición, arreglo. Por ejemplo: Toda verdad se sostiene en interpretaciones opuestas.

¡Al fin, Ciudad Juárez!

Ya estamos en ella y no vacilo, lector, en titularla «ciudad muerta», bajo la tétrica impresión de la primera ojeada. Apenas cruzando el puente internacional, aparecen a nuestra vista las siniestras huellas del horror, del estrago, del incendio, bajo un sol calcinante que parece también querer quemarlo todo.

A nuestra derecha, y a unos cien metros escasos de la plaza de toros, ostenta su acribillada fachada, la elegante residencia del ingeniero Francisco Portillo, ex-jefe político de Juárez, ausente cuando el asalto.

En ella, si se atiende al número de balazos de fusil y de obús, debió ser encarnadísimo el combate, ultimado por el incendio que lo consumió todo. Fue el principal blanco, la citada casa, de los 150 revolucionarios que por sorpresa, desde la plaza de toros, preludiaron el combate, demostrando al resto de sus compañeros, la posibilidad del asalto a la anhelada ciudad de sus ensueños conquistadores.

El tranvía, hace alto en la Aduana, en donde actúa el Gobierno provisional. Son apenas las 10 a.m., del día siguiente al de nuestra llegada a El Paso. En la puerta monta la guardia, la llamada «Guardia Presidencial», al mando del mayor Máximo Castillo. Los soldados que la componen van bien uniformados de caki, y su armamento es variado, predominando el maúser. Casi todos ellos, lucen en los sombreros y uniformes, lazos y escarapelas tricolores...

§ Entrevista al capitán Gonzalo Cuéllar.

El capitán de la Guardia, Cuéllar, mozo simpático y decidor, nos contó los siguientes detalles de la Toma de Ciudad Juárez.

Habla Gonzalo Cuéllar.

«—Hacia infinidad de días (20 días) que nos hallábamos acampados en *Smelter*, al raso, tostándonos de calor durante el día, y tiritando de frío por la noche.

Nada diré de nuestras privaciones de todo género. A la gente era casi imposible detenerla, ansiosa como estaba de combate. Imagine usted que de todo lo que nos faltaba a nosotros, existía en abundancia en la plaza.

El día ocho de mayo, una... pelada, amiga íntima de uno de los nuestros, cruza al romper el alba, el río y los federales tratan de detenerla. Acudimos cuatro o cinco a defenderla, y los federales nos reciben a tiros.

Esto ocurría, a poco de haber conferenciado, por orden de Madero, Cástulo Herrera con el general Navarro. Añada que Rafael Campa, con bandera blanca, acude a la plaza y es recibido a tiros, y tendréis el verdadero motivo, al parecer insignificante, de lo que siguió después.

A las 10:30 a.m., puede decirse que empezó verdaderamente el ataque, duro y encarnadísimo, pues los federales, además del abundantísimo parque, estaban admirablemente atrincherados como habrá usted podido apreciar. Constituían sus fuerzas 480 soldados de línea, 36 oficiales y como unos 100 pelados voluntarios, además del jefe político, policía, rurales, etc. Los detalles y duración del ataque, creo inútil repetírselos a usted, pues son del dominio público. Sí le diré a usted, que lo que más nos irritó fue la hoja impresa, insultante, de Tamborrell, que apareció días antes del asalto, en la que ese jefe nos llama cobardes y bandidos.

Nuestro ardid que más descompuso a los federales, fue el que empleamos de perforar las casas (de adobe en su mayoría) penetrando simultáneamente por varios puntos distintos, cuando nuestros enemigos esperaban el asalto por la muralla y trincheras.

El primer prisionero, lo fue el capitán Centeno. El ataque, como sabe usted, duró tres días consecutivos, y dio principio por las primeras casas de la orilla del río. A mí, me atravesaron cuatro balazos el sombrero; pero el principal riesgo que corrí fue en unión del brigadier

Juan Dozal, al estallar una bomba que incendió la casa en que nos hallábamos, una de las primeras al lado de la trinchera federal. En nuestro poder, cayeron dos morteros, una vez tomada la plaza, una ametralladora y parque abundantísimo para dos meses.

No hubo un solo fusilamiento de prisioneros, y aunque se soltaron a todos los presos, no costó gran trabajo ni apoderarse de la cárcel, ni contenerles en evitación de venganzas. A todos los soldados federales se les puso en libertad, y la mayor parte de ellos se unieron a la Revolución, quedándose otros a trabajar en la recomposición de las líneas férreas.

Y ya que tan ávido parece usted de detalles concretos y, sobre todo, originales, como usted dice, le diré que durante cincuenta y seis horas, ni nosotros ni los federales, tuvimos tiempo para probar bocado, hasta las 3 y minutos, p.m., del día 10, en que todo quedó terminado.

Al general Navarro, después de haberse rendido, se le condujo a la jefatura, y lo de la entrega de la espada a Garibaldi, etc..., es pura historia, pues la dejó en el cuarto de banderas, negándose a entregar nada personalmente. Yo sí que reclamé y obtuve el sable que llevo, de la persona del capitán Alba. En Juárez, sólo quedaron prisioneros, bajo palabra de honor, tres o cuatro oficiales solamente. El resto se fue a El Paso...

De cómo ni de qué manera fue el traslado de Navarro a El Paso, es cosa que no sé, ni puedo decirle. Nosotros, la verdad, le hubiéramos fusilado con muchísimo gusto, y don Francisco ha sido demasiado bueno al impedirlo.

Finalmente, diré a usted que las tropas federales estaban repartidas en los cuarteles siguientes: Plaza de Toros, Jefatura de Armas, Teatro de Zaragoza, El Tívoli (cuartel general), Cuartel de Ruvalles, La Casa Mestes, Iglesia, La Cárcel y Mesón del Lucero.»

Hasta aquí la narración del capitán revolucionario Gonzalo Cuéllar, que hemos procurado trasladar con la mayor fidelidad posible. Cuéllar tiene veintidós años, y a esa edad la mentira no prostituye los labios con tanta facilidad, como más adelante.

§ Se trata de fotografiar distintos aspectos de la ciudad después del combate, y de retratar de paso, esta vez a pluma, el aspecto actual de cuanto la histórica ciudad encierra.

Es una calurosa mañana. Un sol de fuego nos acaricia rudamente, mientras, a través de escombros y ruinas, buscamos enconadamente la vista fotográfica digna de pasar, por su importancia, a la placa que ha de popularizarla.

A estas horas, Ciudad Juárez, ofrece animadísima perspectiva, pues el gentío es inmenso. Lucen alegres, las escarapelas y cintajos tricolores de los chambergos revolucionarios y la terrorífica indumentaria de infinidad de soldados desperdigados entre la gente, presta cambiantes policromos al cuadro, todo luz y color.

En el zócalo, al amor de la sombra, muchos ciudadanos gozan de la alegre diafanidad de la luminosa mañana, como si en Juárez nada de particular hubiera ocurrido. En la iglesia, repiquetean alegres también las campanas. Después de mucho tiempo, va a volver a celebrarse allí misa.

Llegan hasta nosotros los marciales ecos de una banda militar, que a juzgar por el estrépito, parece ser la de un regimiento de línea. Al ver a sus componentes, no volvemos de nuestra sorpresa. Son cuatro revolucionarios apenas, con la pintoresca y astrosa indumentaria que ya conoces, lector querido. Hacen instrucción de banda. Toda la mañana, desde muy temprano, la consumimos en tomar vistas.

Pero, como a las 12 de la misma, salen unos mil hombres para Casas Grandes, nos encaminamos a la estación a fin de presenciar la partida de las tales tropas. Curioso espectáculo en verdad. Desfile digno de ser inmortalizado por la pluma de Armicis, es éste, de las revolucionarias huestes...

Se dirigen hacia el tren sin la menor disciplina, con la característica calma y ninguna prisa del que está seguro no va a partir a hora fija...

§ Pascual Orozco aparece también en escena y bien pronto un grupo, incesantemente renovado, lo rodea. Orozco escucha inmóvil, inclina-

do sobre el cuello de su caballo, cuantas quejas o peticiones formula su gente, pues son sus soldados los que se marchan.

Nótese en este hombre, cuyo aspecto nada tiene de atrayente ni de simpático, una pose forzada que ha de causarle gran cansancio al conservar. La mirada es vaga, un poco cobarde, distanciándose de la del interlocutor, continuamente con desvío, como incapaz del menor esfuerzo de atención. Los ojos azulados y sin brillo, no refractan, ni nada envuelven, como no sea cierta expresión de cansancio que está muy lejos de ser la supuesta energía que el vulgo, en su disparatado afán de endiosar a algo o a alguien, le atribuye. Terminemos el retrato, diciendo que la mandíbula es lombrosiana, los músculos realmente poderosos, la dentadura sucia y mal cuidada, labio pálido y exangüe, y el aire completamente ordinario, sin nada que lo dulcifique, ni atenúe el mal efecto que a primera vista, en conjunto produce. Tal nos resultó el héroe visto de cerca.

Orozco va acompañado casi siempre por su secretario particular, señor Roque González Garza, héroe también, según dicen, aunque a nosotros no nos conste de manera fidedigna. Apuesto es el tipo... Al popular secretario oficial y privado del general Orozco, llámesele en Ciudad Juárez «El Divino Rostro». Cúlpese de ello a su varonil continente que no a él, ya que maldita la culpa tiene de haber nacido hermoso.

§ Te diré, lector, que todo de cuanto más bello hubo en Ciudad Juárez, yace, ¡oh, dolor!, convertido en ahumada reunión de inseguros paredones. En cambio, mantiéñense sanas y salvas las tristes casas de adobes, que al confundirse con la tierra, sugieren la extraña idea de un pueblo de trogloditas.

La Biblioteca, el Correo, casas céntricas de comercio, todo fue pasto de las llamas y del saqueo, porque saqueo, y robo, hubo, aunque se diga lo contrario, y es menester desconocer la guerra, para sostener ingenuamente que la fiera embriagada de sangre, se humanice en plena borrachera.

§ Existen en la parte mexicana, cosa que no hay en la ribera americana, bien cuidadas huertas, y, en general, se echa de ver, sin gran esfuerzo, que Ciudad Juárez era una población próspera y afortunada. Pero en la hora triste, pasó por ella el vendaval y lo arrasó todo.

§ Preparamos nuestra visita a los hospitales de sangre. Siniestra visita para la que hay que no solamente preparar el ánimo, sino también recabar el consiguiente permiso.

Al descender de la loma donde se halla el de infecciosos, dirigido por el Dr. Fernández de Lara, y su sección homeopática, somos testigos de una escena impresionante. Precedido por un grupo de jinetes, se arrastra perezosamente, cesta arriba, un furgón.

Cubierto por una sucia sábana, que dibujaba la rigidez del contorno, conduce un cadáver. Acierto a distinguir, al paso de mi caballo, los pies calzados con una que fue elegante botita de charol, y los bajos destrozados de unas deslucidas faldas. Es una mujer. Apareció muerta de un balazo esta mañana, y nadie sabe, ni quiere saber, de esta pobre anónima muerta, Dios sabe por quién y por qué...

§ El hospital de infecciosos nada tiene de particular, como no sea su exquisita limpieza —hubo que lavar hasta las paredes— y el ser manejado por un grupo de doctores homeopáticos, que realizan con su ciencia verdaderas maravillas. El edificio está bien colocado en la cima de un cerrillo, y era el único hospital que en Ciudad Juárez había. En él no hay heridos. Hermoso panorama se disfruta desde la colinita hospitalaria.

Allá, sobre el ameno valle, se desarrolla en todo su esplendor la perspectiva de El Bravo, que corre manso, delineando firmemente, con cinta de plata, que reverbera intensamente al sol ardiente, la separación de estos dos pueblos, separados físicamente por inmenso e insalvables abismos...

A nuestra espalda, una gigantesca cumbre ocre, descomponen en su cúspide el oro viejo del sol que bate en retirada. Plácidas humaredas,

ascienden inmóviles de la ciudad. Sumergida en la melancólica quietud de la tarde expirante, ciérnense sobre ella los primeros cendales vespertinos. Hasta el centinela, un zarrapastroso orgullosísimo de su maúser español reformado del 93, parece sentir la intensa hora crepuscular. La pintoresca silueta, se recorta con vigor, por sobre el fondo que a cada paso, va acentuando la sombra. En la mansión del dolor, reina el silencio... Al grato perfume campesino, mézclase de pronto, acre hedor de poderoso desinfectante que azota el olfato, con injuria de bofetada repentina. Una vez más, la realidad alejó al ensueño. Nos alejamos de allí...

§ Estamos en el Hospital de Sangre. Es el de la Cruz Blanca, es decir, uno de ellos, situado a pocos metros de la Aduana. Hemos sido previamente presentados a la bellísima señorita Elena Arizmendi, y ahora, precedidos por su elegante silueta, comienza para nosotros la visión dantesca que supera en horror a cuanto vio el Divino Alighieri.

La señorita Elena Arizmendi es nieta del señor general Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra en el gabinete Juárez. Nació en México, pasando una buena parte de su vida en los Estados Unidos, especialmente en San Antonio, Texas, en donde hace dos años, llevada de su hermosa abnegación, se puso al frente del Hospital de Santa Rosa, de aquella ciudad.

Al enterarse de la guerra, ofreció sus servicios a Alfonso Madero; pero luego, cambiando de idea, al considerar que ambos bandos eran mexicanos, fuése a México, consiguiendo a costa de esfuerzos, y no menor trabajo, organizar la Cruz Blanca, que ha prestado y está prestando servicios valiosísimos en Ciudad Juárez. Es Presidenta de la floreciente asociación, por ella creada, que cuenta con dos hospitales en Juárez. Está en vías de organización, gracias a su iniciativa, un nuevo hospital civil. La señorita Arizmendi, verdadero ángel de belleza y caridad, es realmente una de las figuras más simpáticas de este variadísimo kaleidoscopio de la guerra, en donde ella, en lugar de lágrimas, ha dejado radiante estela de gratitud y bendiciones.

§ La familia Madero dispensa cariñosa amistad a la hermosa joven y toda su protección. Cuando llegábamos, tuvimos ocasión de admirar a Elena Arizmendi en plenas funciones. Acababa de curar al soldado federal Pablo Velázquez y era de ver la destreza y solicitud de la enfermera, unida a la sabia y enérgica dirección de la presidenta.

Bajo la magia de la belleza y del sexo, el infeliz soldado contemplaba embobado a la gentil muchacha, que durante el curso de la operación no dejó ni un momento de prodigarle cariñosas frases, que quizá por vez primera herían aquellos rudos oídos.

Médicos y practicantes, rodeaban a la joven con evidentes muestras de respetuoso homenaje. En el Hospital de Sangre imperaba la más exquisita y escrupulosa de las limpiezas. A pesar de aquella carnicería, no castigaba al olfato el horrible hedor a carne trinchada, ni el acre perfume de los antisépticos. Parecía como que una mano de hada, hubiérase encargado de disipar tan ingratas cosas. Los heridos, atendidísimos, reposaban bajo limpias sábanas.

Había uno, federal, mutilado de modo tan horrible que apenas si semejava un hombre. Elena Arizmendi pasó a su lado acariciándole como a un niño.

Por la tarde, volvimos de nuevo al hospital, asistiendo a la visita que Madero hacía a todos los de Juárez. Queríamos observar de cerca y sacar algunas fotografías al mismo tiempo. Iba el *leader* acompañado de su señora esposa, y la señorita Arizmendi hacía los trágicos honores de aquella benéfica carnicería...

Al salir Madero de una cámara ya visitada, la señorita Arizmendi hizo notar que el herido era un capitán federal. Volvió sobre sus pasos don Francisco, estrechóle la mano, y al hacerlo echó de ver que el enfermo estaba febril...

—Cuando esté usted bueno y pueda levantarse, es dueño de encaminarse a donde le plazca, está usted libre. Cualquiera cosa que usted necesite me tiene usted a su disposición.

—Muchas gracias, señor —contestó sobriamente, el veterano federal.

Descripción del señor Madero.

§ «El cráneo es casi esférico, completamente hispano, la frente muy prominente, y esta vez descubrí en su mirada menos movilidad, y más ternura. La ojeada incesante hacia todo, cierto temblor muscular nervioso, el no estarse quieto un solo molmento, persistió, como de costumbre; pero pareció leer en todo ello, una cualidad antes insospechada, por el dato erróneo de vaguedad en la mirada: la perspicacia. Creo de buena fe, sea ésta su cualidad sobresaliente, por más que en este hombre todo lo exotérico, no arroje la menor luz sobre lo esotérico, que ignoro cómo será».

Versión del general Navarro.

§ «Sí es cierto, le debo mi vida a Madero. Me condujo él mismo, en automóvil, hasta el vado, frente a Washington Park, y de allí, por estar el río algo crecido, hube de pasar a caballo con la consiguiente mojadura. Debo también hacer constar, mi agradecimiento hacia la señora del cónsul alemán, en Ciudad Juárez, mister Weber. Ella prestó su casa, y con esa habilidad, peculiar a las mujeres, allanó las dificultades del peligroso trayecto que había de recorrer.»

§ La rendición: «Tenía yo 550 federales, y 100 voluntarios; tenía también la orden de no tirar hacia el otro lado (El Paso). Los asaltantes eran 3 mil 500 hombres. La primera trinchera fue abandonada por no romper los fuegos, no faltando por mi parte al armisticio, que fue aprovechado para el verdadero asalto de la plaza.»

§ «Sí, cierto, llegase a romper a pedradas los cristales del cuartel, donde permanecía hasta que llegó Madero, y me condujo a la prefectura. El día 10 hasta por la noche fui huésped de Madero. Volví de nuevo el 11 a la prefectura, en donde permanecí todo el día, pero por la noche, hube de regresar al hogar de Madero, y allí estuve otro día más. El día 13 pasé el río.»

§ «Garibaldi fue el primero que llegó, y a él me rendí, aunque no hubo nada del cuento de las espadas entregadas. Todo, espadas y pertrechos, fue saqueado, hasta lo que traíamos puesto, constituyó botín arrebatado por la soldadesca. Yo me hallaba descansando, cuando, extenuado por tres días de combate, sin luz, sin agua, sin comida... Viljoen se me acercó de los primeros, y estrechándome la mano ofrecióme su voto en el caso de ser juzgado por un consejo de guerra, en donde él, espontáneamente, dijo estar dispuesto a sostener lo heroico de la defensa, y la imposibilidad material de toda resistencia.»

Versión del mayor federal, señor Enrique Pulido. (Defensor del cuartel federal, con cien hombres, el 8 de mayo).

§ «Desde que el Gobierno federal dispuso la evacuación de Casas Grandes, punto estratégico de capital importancia, que impedía el avance de los rebeldes hacia el norte, todo el mundo pensó que la caída de Ciudad Juárez era cosa inevitable, y cuando las huestes maderistas, utilizando el ferrocarril de Casas Grandes y los cuantiosos elementos que aquella ciudad les proporcionaba, vinieron a establecer su campamento a orillas del río Bravo, a dos kilómetros de Ciudad Juárez, sin que el Gobierno federal procurara reforzar la exigua guarnición, ya no sólo nadie dudó del éxito de los rebeldes en un ataque sobre la ciudad, sino que muchas personas juiciosas, aventuraron una muy atrevida idea, que después ha sido plenamente corroborada por hechos. El ataque sobre Ciudad Juárez, dijeron, no sólo significa el aniquilamiento de la guarnición y la caída de la plaza, significa algo más grande y trascendente: la caída del Gobierno del señor general Díaz.»

§ Pulido apoyaba su tesis en el considerando de que más de 15,000 mexicanos simpatizadores de la Revolución que se hallaban en El Paso, Texas, se unirían a las fuerzas maderistas, y en que el efecto moral de ese triunfo encauzaría las corrientes de la opinión pública en un curso impetuoso hacia los ideales de la Revolución.

§ «Había dos hombres, sin embargo, que manifestaban profunda fe en la preponderancia de las armas federales: El general Juan Navarro y el coronel Manuel Tamborrell. Este último hasta llegó a proferir repetidas veces, duros improperios contra los rebeldes, llamándolos embusteros y cobardes, y desafiándolos bravamente a la pelea, y por informes del mismo jefe de la Revolución, se sabe que tales denuestos contribuyeron poderosamente a decidir el ataque, aun contra órdenes expresas del mismo señor Madero.»

§ «El día 7 lanzó el Presidente provisional una proclama a su ejército, compuesto de más de mil quinientos hombres, en que les manifestaba que por razones de patriotismo, no atacaría, pues temía complicaciones internacionales con los Estados Unidos, dada la proximidad entre ambas ciudades fronterizas, Ciudad Juárez y El Paso, Texas; pero ofrecía a sus soldados una larga serie de triunfos en una rápida marcha sobre México, a donde pronto entraría él a la cabeza de un ejército de cien mil hombres. En la noche de ese mismo día se recibió en Ciudad Juárez la noticia de que el Presidente Díaz había, por su parte, dirigido otra proclama al pueblo mexicano, en que manifestaba su resolución de retirarse del poder.

«Ambas proclamas llevaron la creencia a varias personas de que el peligro de un asalto había sido radicalmente conjurado, pero contra tal creencia, a las diez de la mañana del día siguiente comenzó a oírse un tiroteo hacia el oeste de la ciudad entre las avanzadas de ambos ejércitos. Casi al mismo tiempo, recibió el general Navarro una carta del señor Madero, invitándolo a un nuevo armisticio, pues tres armisticios, anteriormente pasados se habían vencido ya. El señor Madero prometió mandar cesar sus fuegos y pedía al general Navarro hiciera otro tanto con sus tropas, y sucedió que mientras el general Navarro contuvo, en efecto, sus fuegos, el señor Madero no pudo hacerse obedecer de su gente, y de esa manera fue sacrificada la más fuerte línea de defensa de Ciudad Juárez, y pudieron los rebeldes, al abrigo de la margen derecha del río, sin ser molestados por los federales de ocu-

par toda la parte norte de la ciudad, reduciendo a los defensores a su segunda línea. Desde ese mismo momento, faltó el agua en la ciudad, y la situación comenzó a hacerse angustiosa, porque con la fatiga del combate y la natural elevación de la temperatura en estas latitudes en la estación actual, los defensores de la ciudad se sintieron desde luego aguijoneados por la sed.

«Tuvo que reanudarse el combate con más brío, y durante ese día y su noche, el enemigo no logró avanzar más allá de las posiciones...

«A las cuatro de la mañana del día 9, el enemigo intentó un vigoroso asalto por el sur de la ciudad, pero fue rechazado con el más completo éxito por los federales, habiendo el campo quedado sembrado de cadáveres de insurrectos. Después de ese fracaso, redoblaron sus energías por la parte norte, y horadando casa por casa, y manzana por manzana, llegaron contra los parapetos defendidos por la guarnición. De allí, lanzaron contra los federales una lluvia de bombas de mano, que les fueron contestadas con otra lluvia de metralla, habiendo en esta terrible fase del combate quedado muchas casas destruidas por el terrible fuego de la artillería. Los asaltantes fueron rechazados con inmensas pérdidas, pero la situación de los federales era cada vez crítica por la fatiga, el hambre y la sed. Luchaban contra un enemigo abrumadoramente mayor y había que multiplicarse en la acción, no había momento que perder, era preciso hacer esfuerzos sobrehumanos porque un momento de vacilación o de abandono habría tornado inútiles todos los esfuerzos anteriores. Se pasó la noche luchando denodadamente. Como a las ocho de la mañana del día 10 la situación de los federales se hizo insostenible en la segunda línea de defensa porque aparecieron ya con caracteres alarmantes entre los defensores los efectos de la fatiga, del hambre y de la sed... además los heridos por falta de médico y por la misma falta de agua, carecían hasta de la curación más elemental. Las municiones empezaban a escasear. Por todas estas razones el general Navarro dispuso un movimiento de concentración hacia el cuartel federal que se hallaba situado en la parte alta de la ciudad. Allí había algunas municiones de reserva y un pozo

azolvado que podría, escarbándosele un poco, producir alguna agua. Esta última esperanza quedó luego fallida, pues se hubiera necesitado hacer una gran excavación con herramientas apropiadas de la cual se carecía, para haber encontrado agua.

«Corría el tiempo y la defensa se prolongaba sin desmayar, pero el empuje del enemigo que estaba recibiendo refuerzos de refresco por el ferrocarril de Casas Grandes, cada vez se hacía más formidable y la mortandad en el cuartel era cada vez mayor. Una retirada a través del desierto era cosa imposible. Y ante el espectáculo de ver a sus soldados perecer inútilmente sin la más remota esperanza de un cambio favorable, sin una gota de agua con qué restañar las heridas de los numerosos lesionados que por todas partes pedían una curación cualquiera, esto es ante el tremendo dilema de continuar el sacrificio doloroso e inútil de su gente, y sacrificarse él mismo para detener el curso de aquellos males, el general Navarro optó por lo último, y serenamente, estrictamente, heroicamente, se rindió sin condiciones entregándose a sus enemigos sin pedir nada para sí».

§ La muerte de Tamborrell.

Tamborrell fue herido en un brazo a las 9 a.m., del día 9 de mayo, y capturado por los rebeldes a la 1 p.m., del mismo día. Libertado por una escolta de caballería que tuvo conocimiento de lo que ocurría, fue salvado en los momentos en que amarrado codo con codo, iba a ser internado en una barbería, frente a la Aduana. Volvió con nuevo ardor al combate, muriendo, acribillado a balazos, el mismo día 9...



Simultáneamente y a pocos kilómetros de distancia, los soldados Federales, en su cuartel general, y los soldados Revolucionarios, a campo abierto, pasan Revista en el umbral de la intensa y última batalla.

«VERSIÓN»- *Sinónimos*. Exégesis, explicación, aclaración. Por ejemplo: Una explicación es corregida por otra, y ésta por otra, ad infinitum.

Febrero 1911.

Los soldados del ejército americano están haciendo guardia; hay una multitud de gente a todo lo largo del río en el lado de acá y en la entrada de los puentes.

Ciudad Juárez visto desde este lado presenta el aspecto de un cementerio. Todo solo: todos los comercios cerrados, la gente viniéndose a El Paso donde están llenos los hoteles. Familias y empleados emigran como el administrador de Correos y otros empleados que desde el miércoles están de este lado. Encima de la iglesia de Ciudad Juárez se divisa un grupo que debe ser de soldados. Más allá de la ciudad, rumbo al sur, otro grupo se descubre —se nos antojan federales— custodiando algunas piezas de artillería.

Al lado del puente que hay por la calle Stanton (en El Paso), están comiendo alfalfa tranquilamente ocho caballos de los federales mexicanos que vinieron huyendo en la mañana [de los orozquistas ubicados entre Moctezuma y Samalayuca].

Muchos sacos de arena están subiendo a las azoteas que ya no aguantan tanto peso y es probable que se hundan sepultando a los que hay arriba. Nos dijo ayer una viejita que esa arena es para cegar a los revolucionarios, que se la quieren tirar a los ojos y que eso no está bueno, y que como ella es maderista venía a avisármelo echando viaje desde Ciudad Juárez.

§ En Madera se construyen dos cañones: uno del «mecánico revolucionario», señor Benjamín Aranda, ayudado por el señor Rafael Rembao. Y otro cañón lo hizo José Garibaldi. Éste lo utilizó momentáneamente en el ataque a Ciudad Juárez... El de Aranda funcionó bastante bien. El Ejército Libertador se fortalece: se une José de la

Luz Blanco «quien regresó desde Sonora a donde había ido con su gente, de modo que el ejército formaba ya un núcleo de 2 mil 500 a 3 mil hombres».

§ Mientras tanto las negociaciones para la paz continúan: «Apenas llegó el Presidente provisional (Madero) a la orilla del (río) Bravo, se entablaron las negociaciones de Paz representando a Porfirio Díaz, que no daba su brazo a torcer, un señor licenciado Francisco Carvajal y Rafael Hernández. Y por parte del partido revolucionario, el señor Madero (padre), el señor Francisco Vázquez Gómez, y otros.»

§ Un poco antes de la toma: «Como tres semanas hacía que estaban acampados los insurgentes en la margen del río Bravo y todas las personas que quisieron visitaron el campamento insurgente pasando por un puentecito colgante que hay enfrente de la ladrillera. Una verdadera romería parecía el trayecto que hay entre El Paso y el campamento. Sacaron fotografías de los jefes revolucionarios, de los cañones y una infinidad de postales empezaron a circular en El Paso.»

§ Mientras las negociaciones para la paz se prolongaban, el coronel Tamborel «se había permitido llamar “cobardes embusteros” a los revolucionarios por medio de la prensa americana, cosa que exacerbó los ánimos de los insurgentes y fue motivo para que atacaran sin permiso y en contra de la voluntad del señor Madero».

§ A esto se agrega la indecisión de Madero: «Por fin resolvió el señor Madero levantar el campo y marchar hacia la capital de México sin atacar a Ciudad Juárez por temor a complicaciones internacionales. Influyó en esto el parecer del “boer” mister Viljoen quien opinó en contra de lo que todos los corifeos de la revolución pensaban.»

§ El inicio del ataque: «(Madero) ya se disponía a marchar cuando una mañana se oyó un tiroteo en la orilla del río, cerca de Ciudad

Juárez. Eran dos valientes soldados insurrectos. El uno con camisa colorada (hombre de Orozco), y el otro que iba detrás, portaba camisa azul. Sin permiso de nadie, empezaron a atacar a las primeras trincheras federales, y en poco tiempo llegaron hasta las garitas de los puentes. Esto ocurría el día 8 de mayo, lunes por la mañana.

«El señor Madero se disgustó porque habían empezado los suyos el ataque sin previo aviso y mandó suspender el fuego, con la amenaza de fusilamiento para los que se habían atrevido a atacar; pero aquellos valientes, que en nada apreciaban su vida, lo mismo les daba morir fusilados que en el combate y no obedecieron las órdenes del señor Madero, siguieron el tiroteo.»

§ «Son las 2 de la tarde del lunes 8 de mayo, cuando escribimos estas líneas, y desde nuestra redacción se oye un nutrido fuego de fusilería por la parte occidental de Ciudad Juárez: los insurrectos se aproximaron a las trincheras de los federales que están parapetados en el molino y estos rompen el fuego. Desde las 10 de la mañana empezó el tiroteo, han transcurrido cuatro horas y sigue el fuego cada vez más fuerte.»

§ «No vemos nada fuera de los curiosos que desde las azoteas de los edificios más altos miran con anteojos... Los disparos se oyen sin interrupción como el estallar de muchos cohetes a un tiempo. Dicen que las avanzadas del coronel Villa son las que se baten en estos momentos con los federales y que avanzan enérgicamente y ya tomaron las primeras posiciones que tenían los federales.

«Son las tres y cuarto y sigue el tiroteo muy fuerte.

«A las tres y media ha cesado el fuego de fusilería y se oyen como cañonazos que, dicen, hacen blanco en los edificios de la ciudad.

«Ya han tomado los insurgentes ambos puentes internacionales, el de la calle Stanton y el de Santa Fe y también la plaza de toros. Desalojaron a los voluntarios del Molino que defendían un cañón y dos

ametralladoras. A fuerza de bombas derribaron los revolucionarios el molino y los federales que no murieron salieron huyendo como ratas.»

«Hay un valiente serrano que lleva camisa colorada que ha ido entrando a pecho descubierto y ganando posiciones palmo a palmo como un héroe y a la vista de los curiosos que están en la orilla del río.

«Han tomado ya los insurgentes el edificio de la Aduana.»

§ «Desde las 11 de la mañana del día de ayer, empezó el tiroteo débil al principio, más fuerte a intervalos y nutridísimo de 5 a 7 de la noche.

«Serían las 9 de la noche cuando empezó el tiroteo con gran fuerza y duró como media hora.

«Como una manada de ovejas, algo así como un copioso hormiguero, semejante a un reguero de pólvora, divisamos desde lejos a los revolucionarios descendiendo de las alturas, por los arroyos y bajíos, aprovechando las sinuosidades del terreno.

«Desde aquí se nos antoja oír como fieros martillazos en nuestros oídos el formidable y estridente ruido de los cañones, el relincho de los caballos, los toques fúnebres de costumbre. Los disparos de fusil, el ruido sofocado de las bombas y casi los ayes de los moribundos, los sordos quejidos de los heridos, la gritería espantosa de todos...

«24 horas llevan de combate no interrumpido. Los insurgentes capturaron un cañón, una ametralladora y muchos miles de cartuchos en la plaza de toros.

«Son las 2 de la tarde del martes... sólo dos posiciones de los federales no han podido tomar aún los insurgentes: la iglesia y el palacio municipal. Para conseguir su rendición disparan sobre dichos edificios muchas bombas de dinamita y fuertes cañonazos, pero se conoce que tienen, los edificios aludidos, una sólida construcción y no han sido derribados.

«Desde la mañana temprano, tomó el coronel Villa un cuartel de los federales, después de algunas cargas que precedieron al asalto.

«Como a las 4 de la tarde se oyó un fuego nutridísimo casi como en la mañana en lo más recio del combate. Se dice que ya no quedan a los

federales más que la cuadra de la jefatura. La cárcel y la iglesia están cuarteadas por las granadas y bombas que han arrojado los revolucionarios».

La muerte de Tamborrel el día martes: «Tenía fama de ser el primer fortificador de la República; no hizo nada. Fuera de unos sacos de arena que mandó colocar en las azoteas de la Jefatura y atravesar durmientes del ferrocarril en algunas boca-calles en los momentos del ataque; pero sí se batió y murió como un valiente, cosa que estaba obligado a hacer en cumplimiento de un deber militar.»

§ «Durante el día martes estuvieron haciendo fuego los dos cañones de los insurgentes sobre las fortificaciones de los federales. Pero el más grande se reventó en uno de los disparos y quedó fuera de servicio. El chico no tiene fuerza suficiente para causar los estragos que quisieran en los edificios bombardeados.

«Varios heridos han sido traídos a los hospitales de El Paso. Nos dicen que como 20 hay ya en el hospital insurgente. Gustavo Madero ha ordenado se conduzcan al hospital Dieu, asistido por religiosas, para que sean atendidos, costeadando él todos los gastos.

«Junto a la Aduana se ve una masa informe que semeja un grupo de cadáveres. Otra hay junto a una acera de la avenida Juárez. En distintos lugares se divisan otros».

§ «Grandes llamaradas de voraz incendio se reflejan en el espacio cubriéndose de negro penacho de humo: son los edificios que arden destruyendo todo sin que haya una mano que lo contenga. El edificio del Correo y varios otros han sido reducidos a pavesas».

Los dinamiteros rebeldes: «Sobresalió Blas Guillén, él mismo había lanzado una bomba a la Jefatura de armas en el mes de abril, y tres en la calle de la cárcel... Blas Guillén fue quien subió al tanque o depósito de agua que está encima de la jefatura para colocar una bandera o pabellón, signo de la victoria de los revolucionarios, el 10 (de mayo) en la mañana».

§ «Hoy miércoles, en las primeras horas de la mañana se oyó un nutrido fuego, quizás el más fuerte desde que empezó la batalla. El general Orozco capturó a los federales un cañón de tiro rápido. El coronel Garibaldi les quitó un mortero.

«Algunas veces, durante el combate, acudían al río uno que otro insurgente y se les veía lavarse las heridas, amarrarse y volverse después a las filas para seguir peleando.

«Son las 12 de día miércoles y se nos dice que Ciudad Juárez ha caído ya en poder de los revolucionarios, que sólo falta captura una fortaleza de cuartel. Debe ser cierto porque en la iglesia y en la cárcel se ve ondear la bandera de la revolución».

Causa de la derrota de los federales: «El hecho de combatir todos juntos y no en pelotones o patrullas defendiendo por grupos las trincheras; pero temían dividirlos porque desertaban».

La rendición de los federales: «El día 8 de mayo a las 9 de la mañana comenzó el ataque, y la rendición fue el día 10 a las 12 del día... Cuando se abrieron las puertas del cuartel aparecieron en general Navarro rendido, se agolparon sus soldados tirando por el suelo los kepis, correaes, fusiles y uniformes, y por la parte de fuera los insurrectos pidiendo a sus jefes la cabeza de Navarro y de los demás jefes y oficiales. Antes de rendirse Navarro había escrito una misiva que fue contestada por Garibaldi.

«El viejo y veterano general lloró en su impotencia y saliendo a la puerta se rindió. Los federales que estaban allí encerrados eran 500, les tomaron 600 fusiles maúser, infinidad de cajas de parque, dos morteros y dos piezas de artillería, los de tiro rápido habían sido destruidos por los mismos federales. Después de esto, capturaron a 150 voluntarios y 500 rifles 30-30. Fueron conducidos a la cárcel estos voluntarios. Todos los federales quedaron en calidad de prisioneros de guerra... Los muertos y heridos que hubo, no se sabe con certeza porque enterraron a varios inmediatamente, pero se han contado 25 federales y 15 insurgentes. Heridos se cree que como 200 por ambas partes».

«VERSIÓN»— *Sinónimos*. Relato, traducción, declaración. Por ejemplo: Nadie recuerda nada de ese hombre, excepto uno de sus breves relatos.

Aún la luz no era suficientemente clara... cuando se produjo un disparo, sólo un disparo de rifle, y luego la más terrible estridencia, el batir de cañones y las explosiones de granadas; los estallidos como de cargas de dinamita, de las bombas; el traqueteo mecánico de las ametralladoras. Todo en un fondo de disparos de fusil intermitentes de rebeldes y las descargas de tiro de fusil de los federales. Puedo imaginar lo que esos muchachos, que yo había dejado en los techos de las casas de adobe, estaban haciendo, y me alegré de no haberme quedado con ellos.

Luego, oí un estruendo que me asustó más que los disparos en la ciudad. Era el cañón de fabricación casera manejado por Carpentier que bailaba colocando una nueva carga. Ese primer disparo de la única pieza de artillería maderistas había fallado por completo. No hay confirmación de dónde cayó la bala, pero a juzgar por la longitud de la pieza en relación a su diámetro no debe sorprender si el disparo fue a parar cerca de Fabens, a cuarenta millas de Juárez. Carpentier y sus ayudantes apuntaron de nuevo el cañón y por segunda vez tronó; creímos que algo grande había ocurrido. Después supimos que la mayoría de los federales estaban fortificados en el cuartel de la ciudad; era una fortificación de adobe construida en torno a un patio grande, utilizado como un patio de ejercicio. En el centro de ese patio había un tanque de agua, elevado en una base... Total, el golpe de suerte del cañón tuvo algo que ver con la caída final de la ciudad. Del cañonazo, los federales se habían bañado con la poca agua potable contenida en el tanque derribado. Esto contribuyó en gran medida a su sufrimiento de esos hombres al paso de los días.

§ Luego vimos una nube de polvo en el camino del río, y alguien gritó que la caballería venía hacia nosotros. Corrimos a las colinas y nos ocultamos detrás de rocas, mientras que los rebeldes iban al enfrentar al enemigo, se desplegaron tirándose al suelo, quitándose los sombreros, primera cosa que se hace en estos casos para no ser blanco perfecto.

Pero no fue la huida federal la que levantaban el polvo a lo largo del camino del río. Eran perros: un desfile de perros, un grupo de perros, perros machos, perras con manadas de cachorritos en la retaguardia. Corriendo para salvarse. Por momentos, unos se detenían, volteaban para mirar hacia atrás, pero cuando los estallidos aumentaban, corrían con la lengua de fuera, agitando las orejas y con cola entre las patas. Hay muchos perros en cualquier pueblo mexicano, pero aquí parecía que estos representaban a toda la población de perros de la parte occidente de la ciudad.

§ Carpentier intentó otro disparo de cañón. Pero el estruendo no fue el mismo. Incluso con mi oído no entrenado supe que algo andaba mal. Carpentier comenzó a correr de nuevo por la pendiente e inclinándose se puso a sacar algo de la tierra. Regresó arrastrando lo que resultó ser el cierre de cámara del cañón. Carpentier movió la cabeza como negando algo dolorosamente, sentándose luego sobre una piedra enorme. Lloró lágrimas amargas de dolor y de exasperación...

§ Allí no había nada de mi interés, así que me trasladé río abajo, y como esa manera de exponerme no era nada placentera, seguí hasta la acequia que los rebeldes utilizaban como una vía a la ciudad. Pero en ese momento estaba siendo bombardeada por el cañón enemigo, que tenía una acertada manera de tirar cosas desde el cielo, tuve que retirarme, junto con media docena de rebeldes que parecía igualmente deseosos de encontrar un camino más tranquilo. Encontramos uno detrás de una pequeña elevación, donde se levantaban algunas casas aisladas. Pronto me encontré en una calle, ante una sólida construc-

ción de adobe que en ocasiones era salpicada por una ametralladora, que disparaba desde una distancia considerable...

Oí que alguien me llamaba, era un rebelde que estaba en una puerta. Lo conocía, era un antiguo maestro de escuela de la capital del estado. Corrí a donde estaba y entré a la casa. Estaba con unos hombres que llevaban hachas y barras de hierro en sus manos, con sus rifles colgando en sus espaldas, entendí lo que estaban haciendo. Iban avanzando casa por casa, a través de las paredes de adobe que dividía las estructuras. Así, uno podía caminar una cuadra entera sin tener que salir de una casa. Esta era una manera segura de avanzar hacia el centro de la ciudad, con el inconveniente de que uno tenía que correr para cruzar una calle para meterse al siguiente bloque de edificios. La marcha era lenta, pero nadie tenía prisa...

§ Al tiempo que avanzaba entre las paredes, me di cuenta de que las casas estaban repletas de rebeldes. Uno de ellos había encontrado un acordeón y a pesar de que no sabía tocarlo, aprendió rápido a sacarle ruido. Arrojó su fusil a un lado y se puso practicar, sonriendo cada vez que el instrumento chillaba.

Vimos a heridos que desandaban el camino y a otros más volviendo de tomar la siesta, pues habían estado en la batalla toda la noche...

§ En la calle una de las bombas federales había explotado en un supermercado chino de la esquina, y tirados en medio de la calle estaban los cadáveres de los chinos, con sus ropas quemadas... esto enfureció a los rebeldes. Por primera vez su buen humor había desaparecido. Sabían que estaban ante una guerra inmoral.... Como reportero, conocía Juárez desde hacía un año, pero en ese momento no tenía la menor idea en que parte de la ciudad estaba. Todavía hoy no lo sé.

Por largo tiempo me quedé en una de las casas, pues el fuego era muy intenso en las calles. Algunos de los residentes habían sido atrapados en sus casas. Vi a una anciana y un niño, un niñoito. Los rebeldes los trataban con amabilidad, dándoles un poco de agua, porque no tenía una gota para beber.

En otra casa, estaba un rebelde, tenía una de esas máquinas de coser de manivela. La cargaba bajo su brazo izquierdo como a un bebé, mientras sostenía su fusil con la derecha. Cuando disparaba ponía en un rincón seguro y con gran cuidado su carga. Antes de que desapareciera a través del agujero irregular en pared me enteré de que tenía ese botín para su mujer, que, dijo, lo esperaba en el rancho de Villa Ahumada. Era un souvenir útil, el rebelde estaba seguro de que a ella le encantaría.

§ Para mi sorpresa vi que ya era de noche. El tiempo se me había ido rápido.... Comencé a tomar la ruta de regreso. La batalla se había calmado al inicio de la noche. No tuve dificultad para salir seguro hacia la parte norteamericana, por el rumbo de la presa; no quería más que eso.

§ Cuando llegué a la Jefatura de Armas, en el otro extremo de la ciudad desde el cuartel, vi que los federales habían sido echados de allí con muchas pérdidas. La calle estaba sembrada de cadáveres, en su mayoría «peloncitos» vestidos con sus uniformes azules, gruesas sandalias y con sus cabecitas cortadas a rapa, de donde les viene el sobrenombre.

Allí, colgando de la ventana de la oficina del comandante... Estaba el cuerpo del coronel Tamborel, con la mitad de la cabeza volada y el torso cubierto de balazos. Noté que sus manos habían sido atadas a la espalda; era claro lo que había sucedido. No lejos de allí estaba el cuerpo de un joven capitán con quien había estado en la acequia en Bauche, junto con el médico holandés. Todavía tenía en sus manos la pistola maúser con la funda de madera.

§ Ahora estaba en la Calle Comercio. La calle estaba sembrada de pequeños trozos de cable de teléfono. Las ventanas de todas las tiendas habían sido rotas, los vidrios estaban esparcidos alrededor de mercancías y los rebeldes siguen husmeando en busca de objetos de valor, con los bolsillos ya abultados.

Muchos estaban midiéndose ropa, los vi cuando pasé por la tienda «Las Tres B.» Algunos habían encontrado cajas con camisas de seda de colores, estaban en éxtasis. Otros buscaban entre cientos de zapatos esparcidos por el suelo, maldecían y pateaban porque no podían encontrar la pareja del zapato que les gustaba....

En una calle había muchas cantinas, al pasar oí la algarabía que salía de esos lugares. Yo pasaba: «¡Qué feliz, qué informal guerra, tan llena de sorpresas agradables!».

Me encontré con el general Viljoen, el Boer, quien me dio detalles militares de lo que había ocurrido. Otro soldado Boer estaba con él, un capitán Milán. Viljoen dijo que los voluntarios federales habían sido echados de la iglesia, lo que me alegró de escuchar pues sabía de mi riesgo personal ante los voluntarios federales. Pero el enemigo todavía se mantenía en la larga hilera de edificios municipales. Pero muy pronto, dijo Viljoen, sería echado al cuartel, hacia la parte suroeste de la ciudad, donde sostendrían una última defensa.

§ Cuando llegué a la plaza me encontré con que un gran edificio en el lado norte, había sido volado, que los muros blancos de la antigua iglesia estaban recubiertos las perforaciones de bala. Igual que las marcas que deja la viruela en la piel humana. La cárcel se había quedado sin prisioneros.

En la plaza de armas, había algunos cuerpos, todo el mundo quería evitar ese lugar. Por mi parte, vi los cuerpos de tres chinos y varios perros... Los voluntarios federales en la torre de la iglesia se habían hecho sin duda algunas bromitas.

Por último, fui hasta una fila en las oficinas municipales situadas detrás de la iglesia, y allí me encontré con que Orozco se había instalado en la oficina del jefe político.

§ Me adentré al cuartel, donde habían dado su última batalla los federales. Vi un montón de fusiles y pistolas y a soldados federales que esperaban en la fila para rendir sus armas. Varios de los «pelones»

tenían lágrimas en sus mejillas, lágrimas de alivio y alegría. Allí estaba el general Navarro. El viejo todavía estaba tieso como una estaca, pero tenía una triste mirada infinitamente patética. Orozco, con su pistola en la mano, estaba allí de pie frente a él y en sus ojos había una mirada de odio infinito...

Garibaldi se acercó a Navarro, sabía qué hacer. Se quitó el sombrero y, en su español italianizado, cortésmente, se presentó y le pidió al general Navarro su espada. El viejo general parecía aliviado de que alguien supiera las cortesías de la guerra. Le entregó su espada a Garibaldi, quien dijo que la tomaba en el nombre del Señor Madero. Los maderistas habían tomado Juárez.

«ROQUE ESTRADA»

«VERSIÓN»— *Sinónimos*. Exposición, anécdota, escrito. Por ejemplo: Un hombre es una versión de la verdad, ésta es el anecdotario que lo justifica y lo hace memorable.

«He aquí uno que viene a plaza conquistada».

En pésimo inglés pedí cuarto en el Alberta Hotel y en mal castellano me contestó la encargada en la Administración que no había. Veo salir luego por la derecha a los señores Venustiano Carranza —kaki amarillo— y al Lic. José María Pino Suárez —flux claro, bombín y bastón—. Nos saludamos, afectuosos.

La señora me indica que por la noche estará desocupado un cuarto del frente; el señor Carranza me dice que es el de Sánchez Azcona. ¡Ah! Me introduzco en confianza con todo y equipaje. Dentro tropiezo con Onésimo Espinosa, le tiendo la mano, y un pensamiento rápido me asalta: «He aquí uno que viene a plaza conquistada». Pero este pensamiento tornóse de rechazo en contra mía igual podían pensar de mí. Quizá a ninguno de los dos era aplicable la suposición. Me anuncia Espinosa que ese mismo día se alojarán en Ciudad Juárez. Aprovecho el tiempo para asearme.

Sánchez Azcona aparece —kaki plomo, polainas amarillas y sombrero texano— insurrecto. Un efusivo abrazo. Le expliqué que iba yo a definir mi situación y la conducta del señor Madero. En sus palabras encontré sinceridad y afecto y un algo penoso que me indicaba que las gestiones que le encomendara no habían surtido el efecto por él mismo deseado. Ya no me causó ninguna contrariedad aquello: la costumbre quita lo penoso a las mismas penas. Como a las nueve de la mañana salimos del hotel. Azcona y Espinosa iban a almorzar. Me invitaron; pero por haberlo hecho yo ya, únicamente les acompañaría. En el costado del Sheldon encontramos a Elías de los Ríos. Dimos con nuestras cuatro personas en un restaurant inmediato servido por chi-

nos. Salimos. Yo con la intención de un tranvía. Pero no sin cierta sorpresa miro que Azcona ocupa un flamante automóvil de alquiler. No andaba mal, de seguro, nuestro Gobierno. Ya garbosos en el auto, Azcona me explica: no pasaban tranvías a Juárez y se andaban haciendo las gestiones para reanudar el tráfico. Partimos.

Bonita impresión la que me causaron en el extremo mexicano del puente internacional los guardias: insurrectos —kaki, sombrero texano con listón tricolor, cananas en cintura y hombros atravesadas sobre el pecho—. Observo curioso muchas huellas de proyectiles en las paredes y uno que otro edificio maltrecho o derruido. Azcona me dice ser aquella la región más perjudicada en el asalto. Y me parecieron de fábula las descripciones de la prensa sobre efectos de la dinamita, incendio, desolación y una ciudad casi en ruinas. Por una de esas extrañas ligas mentales, evoqué lo que leyerá yo de la expedición napoleónica a Rusia, del colosal incendio de Moscú y de sus ruinas desoladas y humeantes...

Paramos frente a un edificio: la Aduana. El edificio y sus alrededores sin huellas ningunas de combate. Grupos de insurrectos aquí y allá. La puerta guardada por dos centinelas. Sánchez Azcona pagó al chofer icuatro *dollars!* A tres o cuatro metros de la puerta y hacia la derecha, insurgentes con cornetas y tambores. Los centinelas nos dejaron pasar sin tropiezo. El Presidente no había llegado. Dentro saludé a algunas personas, entre ellas a Alberto Fuentes D., y me presentaron a otras. Por indicación de Azcona me coloqué cerca de una puerta de la izquierda; asumiendo una actitud de extraño —de solicitante si se quiere, sin aire ninguno de confianza, porque bien extraño debía aparecer yo ahora ante el C. Presidente provisional— ¡Tá! itá! itá! itáaa! Atención: el C. Presidente. Aparece en la puerta —delgado traje bayo, calzado amarillo 5', sombrero panameño. — Leo en sus ojos la sorpresa de verme. Un abrazo, y siento que en la efusión hay mucho de fingido por ambas partes. Sigue de frente. Sánchez Azcona se acerca a mí y me dice que va a anunciar luego al señor Presidente mi deseo de hablarle.

Pasan algunos instantes y a mis espaldas oigo el deslizarse de una puerta y alguien que en voz baja me invita a pasar —el señor Fuentes U—. Lo que sorprende no deja de sorprenderme —una imprudencia de Fuentes, de seguro—: hacia la pared izquierda estaba sentado el señor Madero ante un escritorio; ponía atención, con muestras de profundo desagrado en el rostro, a lo que Azcona le decía al oído. Era indudable que se trataba de mi persona, por lo que Azcona me dijera hacía unos momentos; y esta seguridad se me hizo plena en la halagüeña sonrisa que a la sorpresa de verme ostentara el señor Madero. Se confirmaba mi observación anterior sobre la poca o ninguna sinceridad de muchos de sus «abrazos y sonrisas». Me invitó a acercarme, ofreciéndome una silla a su lado, y me acerqué con una sonrisa de igual calidad a la suya.

—¡Qué gusto, licenciado! Pensaba llamarle.

—Gracias, señor Madero. Los últimos acontecimientos me han obligado a venir, para ver si son útiles mis servicios.

—¡Cómo no! Nos será usted muy útil; en algo lo ocuparé.

§ Poco después, en un salón de la derecha se reunía el C. Presidente provisional con sus consejeros de Estado. El señor Madero me hizo el honor de invitarme a escuchar. Empezaba el consejo cuando apareció en el salón el ya general Orozco —camisa con cuello pegado marinero y corbata, pantalón a fondo claro y rayas oscuras, corte americano y sombrero texano sin listón tricolor—. Me pareció simpático, y con cierto aire de respeto en su rostro exageradamente serio. No era el de facciones vulgares que exhibía el fotograbado periodístico. Todos los ojos se volvieron hacia Orozco y el señor Madero dejó su asiento presidencial para adelantarse a recibirle; y la amabilidad del señor Madero me pareció, por su exageración y ciertas miradas, que no era tal y que obedecía la apariencia a algunas causas psicológicas.

Orozco llegó acompañado de un señor trigueño, de baja estatura y duras y acentuadas facciones: su padre, según supe luego. Puso éste una como carta en manos del señor Presidente, manifestándole que

deseaban hablarle y que le esperarían afuera. El Presidente les invitó a sentarse a su derecha; pero el general Orozco rehusó. «Siéntese, general, nos ilustrará con su opinión», insistió el Presidente. Accedieron.

A la una y minutos de la tarde salimos de la Aduana. Todos miraban y saludaban cariñosos al C. Presidente de la República; no pocas miradas se dirigieron a uno de sus acompañantes —yo— y sentí rápida impresión de superioridad al ostentarme acompañante del admirado en aureolas bélicas; pero esta impresión tornóse luego irónica ante la conciencia de mi propia vanidad...

§ Por el trayecto seguía observando yo huellas de proyectiles y en algunas bocacalles gruesas vigas de madera que antes habían servido de trincheras federales. El Presidente ordenó a Urquidí que hiciera saber al consejero o secretario de Obras Públicas el estado de aquellos lugares, para remediarlo. Una larga y terrosa calzada y al fin se detuvo el carruaje ante una amplia y confortable residencia, relativamente a las circunstancias. Penetramos, y al hacerlo pude ver al frente, en una silla recargado sobre un tronco de árbol, a un señor al parecer alto, grueso y fornido, totalmente rasurado, pelo cano y corto en cepillo, kaki y polainas —coronel José de la Luz Blanco—. Su aspecto de hombre serio, bondadoso y prudente me atrajo.

Muchas personas llegaban a tratar con el C. Presidente y hasta en la hora de comer fue acompañado por el general Viljoen. Quizá me equivoque, pero creí notar que el señor Madero no deseaba hablar conmigo. No lo pudimos hacer en toda aquella tarde. Y pasaron así el siguiente día y otro, en pretendidas hábiles y bondadosas esquivas de Madero. Por algo sería.

§ Aproveché el tiempo para recoger el mayor número de datos sobre lo que hasta entonces había pasado.

Los insurrectos habían desalojado de algunas de sus posiciones inmediatas a los federales y ya no quisieron retroceder, para no perder lo ganado. Sin embargo, no con pocos esfuerzos se logró la suspensión

del ataque, pero no la retirada de los insurgentes ya comprometidos. El silencio se hizo entre asaltantes y asaltados. El señor Madero, impotente, en aquellas circunstancias críticas para hacer ejecutar sus propias órdenes, pretendió entonces convencer a los jefes insurrectos, y en estos esfuerzos se pasó todo aquel día. Pero las palabras del Supremo Jefe se estrellaron ante la decisiva y enérgica actitud de las fuerzas insurgentes. El asalto de Ciudad Juárez era inevitable; así lo comprendió el señor Madero, y en aquellas apremiantísimas circunstancias, sin autoridad efectiva, ante el dilema de faltar a los compromisos contraídos o de quedar desconocido y nulificado ante las fuerzas insurgentes, se resolvió a ordenar el ataque general de la plaza, no sin antes expedir un manifiesto en donde explicó a su manera las causas del ataque y su determinación final, exponiendo como fundamento el efecto causado en las filas insurgentes por la vaguedad del manifiesto del señor general Díaz.

Se combatió todo el día 9 y parte de la noche, se reanudó el combate como a las 12 y media de la madrugada del 10, y ese mismo día, entre 10 y 11 de la mañana, el general Navarro se rindió con cerca de cuatrocientos hombres y más de trescientos mil cartuchos, ante la decidida actitud de sus subordinados quienes se resistieron a seguir defendiendo la plaza. Desde la madrugada del día 9 los insurgentes cortaron el agua; así es que los sitiados tenían más de treinta horas sin beber. Yo creo que esta fue la causa de su resistencia a seguir defendiéndose.

§ No es el caso detallar aquí el asalto y toma de la plaza, pero juzgo de justicia anotar algunos incidentes de importancia, aparte del valor de ambos combatientes.

§ Una de las causas emotivas de la toma de Ciudad Juárez fue, según se afirmó, la actitud provocadora del coronel Tamborrel, quien murió heroicamente en la defensa; el valor y el arrojo de algunos jefes insurgentes, como Pascual José Orozco y Juan Dozal; la prudente y decisiva

va cooperación de la «reserva», mandada por José de la Luz Blanco y, según se afirmó en las filas insurgentes, la dudosa actitud de ciertos jefes, quienes en uno de los momentos más álgidos de la lucha permanecieron medrosamente ocultos bajo el puente internacional.

§ Falta la versión que creo más acertada; pero aunque haya divergencias en detalles de más o menos importancia, se destaca esta innegable conclusión: *La toma de ciudad Juárez fue la consecuencia de una insubordinación.* ¿Y el origen de esa insubordinación? Difícil es conjeturarlo con fuertes probabilidades de certeza...

§ Los sucesos inaugurales de la campaña de Chihuahua, como Las Escobas, Cerro Prieto y El Fresno, pudieron revelar las sanguinarias intenciones del Gobierno de Díaz, y su ejecutor, el general Navarro, se hizo el objeto del odio intenso de los chihuahuenses, principalmente de Pascual Orozco, porque, según se afirmaba, por orden del mismo Navarro fueron inmolados con crueldad algunos parientes de aquél. Parece que uno de los más grandes deseos del joven y audaz cabecilla chihuahuense era el de perseguir y capturar al general Navarro y vengar en él la sangre de sus deudos inmolados. Afirmóse también que al presentarse Pascual Orozco esta segunda vez ante Ciudad Juárez, defensor Navarro ahora de la plaza, protestó y juró no retirarse sin realizar sus deseos. Es indudable que a los cabecillas y a los propios insurgentes no les pareciera muy digno retirarse sin atacar Ciudad Juárez y lanzarse nuevamente en correrías de no muy palpables resultados, como hasta entonces. El asalto de Ciudad Juárez era quizá cuestión de honor.

§ Ya en aquel entonces era preciso la toma de alguna ciudad de importancia, para conservar y avivar el ánimo insurrecto. Después de la rendición de la ciudad, el señor Presidente invitó al general Navarro y oficiales prisioneros a comer con él y estando a la mesa les manifestó que podían quedar libres «bajo palabra de honor», dentro del recinto

de la ciudad. Accedieron. Las fuerzas insurgentes esperaban con más o menos justificación que el general Navarro fuese pasado por las armas, como consecuencia de los hechos relatados arriba. Yo mismo juzgué conveniente e inevitable la ejecución de aquel alto jefe, no solamente por los motivos expuestos, sino también porque así lo imponía el Plan de San Luis, como puede verse en el inciso C, transitorio, cuya parte conducente textualizo: «Serán fusiladas dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles o militares al servicio del general Díaz, que una vez estallada la revolución hayan ordenado, dispuesto en cualquier forma, trasmitido la orden, fusilado a algunos de nuestros soldados». La extrema humanidad que comenzaba a revelar el señor Madero produjo en las filas insurgentes profundo desagrado, que fue manifestándose de una manera gradual y progresiva...

§ Se rumoró también que al general Orozco no le eran gratas las personas que integraban el Consejo Presidencial y, especialmente, la del Consejero en Guerra. Por fin, el descontento provocado por aquella extrema humanidad del C. Presidente provisional tuvo sus graves exteriorizaciones; siendo una de ellas la petición que en masa y por medio de gritos hicieron los insurgentes de la cabeza del general Navarro. Éste se encontraba en muy crítica situación y se creía como casi seguro que sería ejecutado por los tumultuosos. Madero se resolvió a salvar la vida de aquel general y con relativo peligro de su persona fue él mismo a sacarlo de su alojamiento la noche del 11 ó 12 de mayo, para llevarlo a la margen del Bravo, en donde se despidieron Presidente y general, pasando luego éste último el río a nado con dirección a territorio americano.

§ El 13 de mayo debía conmovirse Ciudad Juárez con la actitud asumida por algunos de los principales jefes de la insurrección. Se trataba de un golpe de Estado. También en este caso, a raíz de los acontecimientos nadie estaba de acuerdo con nadie y las versiones eran incoherentes y contradictorias.

El C. Presidente Provisional me hizo el honor de relatarme lo siguiente:

Se encontraba él en el edificio de la Comandancia (oficinas de la Presidencia Provisional) en compañía de sus consejeros. Intempestivamente se presentó el general Orozco y le dijo en tono autoritario: «Está usted preso, señor Madero». «Eso, jamás —le contestó—, primero muerto. Queda usted destituido». Orozco insistió en su orden y como el señor Madero pretendiera salir, le sujetó por los hombros. Madero logra desasirse y sale. Ya afuera de la Comandancia, unas manos le sujetan agresivamente por la solapa del saco: Francisco Villa; pero el señor Madero logra desasirse nuevamente después de una breve lucha, e inmediatamente dirige la palabra a un grupo de insurgentes que permanecía en formación frente al edificio. Después de algunas palabras dichas fogosamente, concluyó por preguntar que a quien obedecían: a Orozco ó a él; y la contestación le fue favorable entre vivas al Presidente provisional. Incontinenti ordenó la aprehensión de Villa y su fusilamiento. Villa fue detenido por paisanos y gente de tropa y conducido a la cárcel.

§ El señor Abraham González me hizo el honor de relatarme lo siguiente:

Orozco se presentó en el salón del Consejo e intimó a Madero a que se diese por preso. Madero logra salir del salón a pesar del obstáculo que Orozco le ponía con su propia persona, pero no de una manera agresiva. Con Orozco penetraron algunos de los oficiales, quienes sujetaron bruscamente a algunos de los consejeros que pretendieron desbandarse ante aquella amenazante sorpresa. Solamente Gustavo Madero se encaró a Orozco pistola en mano, y Orozco sacó hasta entonces su revólver amenazadoramente. Abraham González se abraza a Orozco y logra imposibilitar sus movimientos. Regresó el señor Madero y por influencias del señor González y de algunas otras personas la calma se restableció y Madero y Orozco cruzan algunas palabras y concluyen por abrazarse.

§ Con los datos anteriores y con otros que pude recoger, expongo en seguida la versión que juzgo más aproximada a la verdad:

Por los motivos ya explicados, el descontento de la tropa insurgente y de sus jefes era incontenible. Pascual Orozco y Francisco Villa se pusieron de acuerdo para llevar a cabo el golpe de Estado y el proyecto lo comunicaron sin duda alguna a varios de sus oficiales, entre ellos Juan Dozal. Orozco o Villa ordenan a ciento cincuenta de sus hombres colocarse en formación frente a la Comandancia, pero sin decirles el objeto, puesto que en caso contrario al señor Madero no le hubiera sido tan fácil conquistar y conmover a dichos hombres. Llegan a la Comandancia Orozco, Villa, Dozal y cuatro o cinco oficiales; Villa permanece afuera, en observación quizá de los hombres de tropa. Ya en el salón del Consejo, Orozco se dirige a Madero y cruzan entre ambos las frases que el mismo señor Madero me refirió, mientras los demás compañeros de Orozco caen sobre algunos de los Consejeros en desbandada.

Madero pretende salir del salón y Orozco le estorba con su cuerpo y con algunos movimientos de sus brazos, pero con la clara intención de no hacerle daño, como pretendiendo más bien evitarle de caer en algún otro peligro: en manos de Francisco Villa, quizá. La actitud de Orozco no fue suficiente para detener a Madero y éste logra salir, y pasa entonces afuera lo que el mismo señor Madero me comunicó. Entretanto, en el interior, ante Orozco permanece firme Gustavo Madero, y yo creo que sin arma de ninguna clase. Interviene entonces el señor Abraham González en el sentido por él mismo indicado. El señor Madero regresa al salón. Ante la actitud de la tropa y las no muy agresivas intenciones de Orozco, ambos, Madero y Orozco, se sienten quizá temerosos de las consecuencias de llevar adelante sus intenciones, y esto y la intervención de los demás facilitan una explicación que termina en reconciliación y en abrazo.

Por todos los detalles anteriores y por los motivos de disgusto que ya hemos expuesto en calidad de versiones, parece que la intención de Orozco era únicamente separar al señor Madero de sus consejeros,

a quienes culpaba de lo que él creía desacierto en los actos del Gobierno. Es indudable que las intenciones de Orozco no eran macabras, porque en su mano estuvo el haberlas realizado sin grave peligro.

§ Visité una tarde el cuartel del Gral. Orozco, junto a la Aduana. Me recibió con muestras de afecto, y apenas entramos en conversación pude descubrir en el fondo de su naturaleza al hombre sensible y honrado, dotado de grandes energías. Es un poco duro al mandar. Llegó el coronel Villa y todo su aspecto me pareció raro: saco largo y pantalón negros, polainas amarillas y sombrero tejano; sus pupilas café oscuras oscilantes, como sorprendidas o como hurgando. Apenas si pudo fijar un poco su vista en mí. Orozco nos presentó, le tendí la mano francamente y me la estrechó efusivo, con aire de respeto y amabilidad.

Le trató Villa a Orozco sobre un insurgente enfermo de la gente del último, que quería pasarse a la del primero, y Villa le pedía que lo sacara de la cárcel, lo mandara al hospital y luego a su cuartel, porque afirmaba Villa: «Es buen muchacho, es entrón.» «Tú no lo conoces —contestó Orozco— es un gallina.» Orozco ordenó que trajeran al individuo a su presencia. Apareció: bajo, flacucho, como de 35 años, la mano en cabestrillo y el pecho ceñido con una venda. Dos heridas. Orozco le preguntó que qué quería y la respuesta fue, pasarse a la gente de Villa. Orozco le dijo que pasara al hospital a curarse y después verían. El herido lanzó con cierta inocencia algunas palabras que disgustaron al general y éste ordenó su reencarcelación. «Pos qué modo —objetó el herido— no nos decía usted que peliábamos por la libertad, y cada rato a la cárcel, pos qué modo».

§ Otra vez acompañé al C. Presidente y a su esposa en visita a los hospitales. En el de La Cruz Blanca vi en una sala a varios heridos. Me acerqué a uno de la izquierda, federal, le saludé bondadoso y con la intención del consuelo le dije que quizá pronto terminaría la lucha, para que todos nos viésemos luego como hermanos. «Ojalá, señor».

Me acerqué a uno de la derecha, insurrecto, y con la misma intención le dije la misma cosa. «O que siga; le entramos».

...En el de La Cruz Roja pude observar al pie de una ventana las quizá aún existentes huellas de la sangre de Tamborrel. Allí, en la acera misma de su casa cayó agonizante por las balas insurrectas.

§ La noche del 21 de mayo se verificó una velada en el Teatro Juárez, siendo invitado de honor el Presidente provisional. Fui invitado para hablar y en verdad que admití, a pesar de esta impresión: apenas si se me consideraba capaz de desempeñar el papel del papagayo. El 22 de mayo fui a la casa del señor Madero, con el objeto de saber algo definitivo sobre la misión ofrecida por Madero. Desde la parte lateral del patio de la casa vi a varias personas, entre otras a los señores Francisco y Francisco I. Madero y esposas y Lic. Rafael Hernández. Todos me vieron y pocos me saludaron; alguno con frialdad, como el señor Francisco Madero, quizá por la dureza de mi propio semblante. Yo permanecía afuera, esperando el momento oportuno; pero vi luego a la puerta de la casa a la guardia del ex-Presidente provisional.

Nadie me invitó a pasar. Un reportero de «El País» (Señor Malvárez) y yo platicábamos. Salió luego el señor Francisco I. Madero en traje de montar; saludó al señor Malvárez de mano y a mí de caravana y se fue con su guardia. Malvárez me indicó que había una fiesta ante la estatua de Juárez y me invitó a acompañarle. Rehusé. Partieron luego en automóvil todas las demás personas y nadie se preocupó de invitarme siquiera en galantería, ni al verme solo, si es que se dignaron verme. Fue una fuerte impresión de vergüenza para mí. Y emprendí a pie el largo y terroso trayecto hasta el centro de Ciudad Juárez....

«FRANCISCO VÁZQUEZ GÓMEZ»

«*VERSIÓN*»— *Sinónimos*. Punto de vista, opinión, perspectiva. Por ejemplo: Opino que la verdad es un montón de espejos rotos.



Grupo de revolucionarios afuera de otro fortín conquistado, la cárcel pública.

Entretanto se cruzaban estas comunicaciones [cartas entre maderistas y el Gobierno], comenzó el ataque a Ciudad Juárez, originado por los acontecimientos siguientes, según la versión que entonces recogí de algunos de los mismos combatientes, aunque no han faltado escritores que den una versión distinta.

§ [Día 8 de mayo]: En un canal que sale del río, y en el mismo río, estaban bañándose algunos de los soldados revolucionarios, y un poco más abajo algunos soldados federales. Estos empezaron a insultar a los primeros, diciéndoles, entre otras cosas, que por miedo no habían atacado la plaza. De los insultos pasaron a hacer uso de las armas por ambas partes, lo cual llamó la atención de sus respectivos compañeros, quienes acudieron a la defensa; y así, sin órdenes del señor Francisco I. Madero, se inició y generalizó el ataque. Cuando el general Orozco se presentó en el campamento y recibió órdenes de suspender el ataque, contestó diciendo: «Es imposible, porque nuestros soldados han tomado ya algunas posiciones al enemigo: lo mejor será continuar.» El señor Madero insistió en que ordenara dicha suspensión, y Orozco se limitó a decir: «Voy a ver.» Se fue el general Orozco, y el ataque continuó. Esto sucedía como a las doce del día.

En la tarde, como a las cinco, el señor licenciado Esquivel Obregón, se empeñó en que se suspendiera el ataque, exponiendo varias razones; y como se le dijera que era imposible hacer llegar la orden correspondiente, él mismo se ofreció a llevarla: montó en un caballo y se fue, sin que yo haya sabido si llegó o no al lugar en que transmitiría la orden, según su ofrecimiento; pues nosotros, Carranza y yo, nos ocupábamos en convencer al señor Madero de que debíamos dejar que las cosas, por lo que se refiere al ataque, siguieran su curso.

El señor Madero logró ponerse en comunicación telefónica con el general Navarro, a quien preguntó si era cierto que los soldados revolucionarios habían tomado cinco posiciones, pues éstas eran las noticias que nos llegaban. El general Navarro, como era natural, contestó que no. Entonces el señor Madero reiteró las órdenes de que se suspendiese el fuego por parte de los revolucionarios, amenazándolos con que los mandaría fusilar si no lo hacían.

El señor Carranza y yo, junto al teléfono, insistíamos en que los dejara obrar, porque de insistir en la orden de suspensión, se volverían contra nosotros mismos, y tal vez con razón. Por fin, repentinamente, el señor Madero dejó el teléfono, me tomó de un brazo, me llevó fuera del cuarto, y me dijo:

—¿Cómo quiere usted que no insista en mandar suspender el ataque, no ve que estamos dentro del armisticio?

—Nada de eso —le contesté—, el armisticio terminó ya.

—Pero, ¿cómo lo sabe usted? —agregó.

—Porque me consta —repuse— y porque soy yo quien se ocupa de esas cosas. Vea usted —proseguí—: aquí está la carta del señor Carvajal, en la cual sólo habla de las negociaciones, pero no dice una palabra respecto del armisticio.

—¡Vaya! —exclamó el señor Madero—, entonces nada tienen que reprocharnos: estoy tranquilo... Vámonos a acostar —continuó—, que le lleven un catre para el lugar donde duermo.

Eran cerca de las nueve de la noche.

—No —le dije—, yo no me acuesto; váyase usted.

Al fin me quedé, a pesar de las instancias para que me fuera a dormir.

Una vez que el señor Madero hubo salido, mandé un recado verbal al general Navarro con don Roque González Garza, diciéndole que, como nuestros soldados habían tomado ya varias posiciones, era inútil que persistiera en defender una plaza que, en mi concepto, estaba perdida. El señor González Garza desempeñó valientemente su comisión, y al cabo de una hora o más, volvió y me dijo:

—Dice el general que todavía tiene elementos para luchar y que no se rinde.

En el cuarto o Gray House, como le decían, por ser de adobe, nos quedamos Carranza y yo. El primero se acostó en el mismo cuarto, y se durmió a poco. Instantes después, entró el señor don Manuel Urquidí y me dijo:

—Acuéstese, doctor, yo me quedo a velar.

—No —le dije—, no me acuesto, hágalo usted; porque están llamando al teléfono a cada momento.

El señor Urquidí se sentó entonces, recargándose en la única mesa que había en el cuarto y a las dos de la mañana estaba dormido. Así, pues, me quedé solo.

Acabo de decir que a cada momento llamaban al teléfono, y es la verdad. Los revolucionarios habían tomado una buena parte de la ciudad, en donde había teléfonos y de allí hablaban al campamento, dando cuenta de los progresos que hacían: unas veces, que habían tomado la plaza de toros y otras, que se las habían quitado, pues esta posición cambió de manos varias veces. En algunas ocasiones avisaban que no había bombas que mucho necesitaban, e invariablemente les contestaba que era Cástulo Herrera el encargado de proporcionarlas, que a él se las pidieran. Así pasé la noche, yo solo, con mis dos compañeros, durmiendo.

Como a las tres de la mañana, aproximadamente, oí voces en la dirección del río; esto es, detrás del campamento; eran cuatro hombres que a poco pasaban frente a la puerta donde yo estaba. Les pregunté a dónde iban y me contestaron que a ayudar a los revolucionarios.

—No —les dije—, esas fogatas que ven ustedes allí, son las fuerzas de reserva (eran las de José de la Luz Blanco) y tienen orden de hacer fuego sobre todo aquel que se aproxime y no conozca el santo y seña.

Mi sospecha fue que pudieran venir de parte del enemigo. Al fin, después de un momento de reflexión, se volvieron y tomaron rumbo al puente colgante, pasándose al lado americano.

§ [Día 9 de mayo]. Amaneció al fin. El ataque continuó toda la mañana sin incidente digno de mencionar; pero como a las doce del día, el señor licenciado González Garza me habló por teléfono de El Paso, diciéndome:

—Quién sabe qué sucedió en el cañón grande: se vio un fogonazo y se vieron bultos rodar por uno y otro lado; mande usted averiguar.

De pronto creí que uno de los proyectiles de la artillería enemiga, que bombardeaba en aquellos instantes el sitio en que estaba emplazada nuestra pieza de artillería, había hecho blanco en dicho cañón, que era el más grande que teníamos. La señora Pérez de Madero, que estaba en el campamento, me preguntó de qué se trataba y le referí lo que acababa de decirme el licenciado González Garza.

—Y Pancho anda por allí, con el general Viljoen —me dijo—, voy a ver si no le sucedió algo.

La convencí de que era inútil que fuera, que estaba lejos y que sabríamos más pronto lo que hubiese pasado con el enviado que yo iba a mandar en esos momentos. Me disponía a mandar dicho enviado cuando se vio venir un hombre corriendo a quien, apenas llegó a donde yo estaba, le pregunté:

—¿Qué sucedió en el cañón grande?

—Nada —me dijo— este cierre no ajusta bien y al hacer explosión la pólvora, el humo y la llamarada salieron por detrás.

—¿No hubo alguna desgracia?

—No, señor —y agregó—: voy a la fundición a ver si me lo componen o hacen uno nuevo.

Y se fue corriendo.

Después de comer, y sabiendo la señora de Madero que yo no había dormido en toda la noche, me instó a que fuera a dormir un rato en casa de un vecino, prometiéndome que si algo se ofrecía me mandaría llamar. Así lo hice; pero apenas me acababa de recostar, cuando llegó un enviado diciéndome que fuera inmediatamente porque se había recibido una nota del jefe de la guarnición americana de El Paso. Me fui en el acto y leí con ansiedad la comunicación, en la cual se parti-

cipaba al jefe de la Revolución que las balas de los combatientes estaban causando desgracias en los habitantes de El Paso, y que debía ponerse un remedio inmediato. En el acto contesté la nota, diciendo que lamentaba sinceramente lo ocurrido y que ya se daban órdenes estrictas, con el carácter de urgentes, para evitar la repetición de los accidentes motivo de su comunicación.

No encuentro la nota del jefe americano entre mis papeles; no creo que se me haya extraviado, sino que, probablemente, quedó formando parte del archivo del señor Madero. En cuanto a la contestación, que tuve que firmar, estoy seguro de que no hice copia, no sólo porque urgía una contestación inmediata, sino porque no estábamos en el campamento muy provistos de útiles de escritorio.

En la noche de ese día, mandé otro recado al general Navarro con el mismo señor don Roque González Garza. En él le decía que como a los defensores no les quedaban sino la parroquia y el cuartel, consideraba inútil toda defensa. El general Navarro contestó en los mismos términos que la noche anterior, esto es: que no se rendía.

El día 10, entre cuatro y cinco de la mañana, entraron en acción las fuerzas de reserva del general José de la Luz Blanco, hombre sereno y valiente. Desde luego dirigieron su acción sobre la parroquia, defendida por rurales igualmente valientes y decididos, y después de batallar toda la mañana, al fin tomaron la posición cerca de las doce del día. No quedaba más que el cuartel a los defensores, noticia que recibí por teléfono.

—¿Le ponemos un cañón? —me preguntaron.

—Sí —les contesté—, pero el chico, porque el grande está descomuesto; apunten al zaguán.

No sé ni puedo decir si lo hicieron, porque muy poco después me decían, por teléfono también:

—Ponen bandera blanca.

A lo que repuse:

—Tengan mucho cuidado, porque ayer también pusieron bandera blanca y al acercarse nuestras fuerzas, las recibieron con el fuego de una ametralladora.

Pocos momentos después volvió a llamar el teléfono:

—Ya echamos abajo al de la bandera blanca, pero ahora ponen otra más grande.

Aconsejé se pusieran al habla para inquirir si habían de respetar la bandera blanca que ponían. Instantes después me decían:

—Están rendidos.

En contestación les advertí que no hicieran mal a ningún prisionero. Esto sucedía cerca de la una de la tarde del 10 de mayo.

Aquí terminó mi intervención en estos asuntos, que por mera casualidad tuve que conocer, pues yo no tenía qué hacer con las operaciones militares, cuyas otras peripecias no conocí y por eso no las refiero.

§ En la tarde del mismo día 10 de mayo entró el señor Madero en procesión triunfal a Ciudad Juárez. Yo no quise concurrir: primero, porque estaba muy desvelado y necesitaba dormir, y segundo, porque no soy muy afecto a las fiestas. Hasta el día siguiente en la mañana fui a Ciudad Juárez.

§ El día 13 de mayo en la mañana estaba yo con el señor Carranza en el edificio de la Aduana, viendo probar una ametralladora que se había quitado al enemigo, y poco después, estando parado en la puerta vi pasar al entonces coronel Villa a la cabeza de sus fuerzas, rumbo a la Jefatura Política, con las armas terciadas y al parecer, en actitud hostil. Momentos después llegó un soldado y le pregunté qué pasaba en la jefatura.

Orozco y Villa quisieron aprehender al señor Madero —me dijo—; pero ya pasó todo, porque después de hablarles el señor Madero a los soldados, subido en un automóvil, acabaron por vitorearlo.

Este incidente y la noticia de que Ciudad Juárez había sido atacada contra las órdenes del señor Madero, causó muy mala impresión en Washington...

§ Respecto a la rebelión o insubordinación de Orozco, creí que bastaban mis telegramas para satisfacer la opinión [extranjera], sin hacer grande el asunto; pero el señor Madero insistió en que se publicaran las cartas que escribieron tanto él como el general Orozco, en las cuales desmentían las versiones que, fundadas en hechos públicos, circulaban, y se manifestaban mutuo aprecio, y el segundo decía que continuaría fiel a la Revolución.

En cuanto a las causas de la rebelión de Villa y Orozco, hubo en aquella época dos versiones, sin que yo pueda decir cuál es la verdadera. En una se decía que los jefes revolucionarios no estaban conformes con que se hubiera encargado al señor don Venustiano Carranza del Departamento de Guerra, y en otra, que los señores Braniff y Esquivel Obregón, con objeto de dividir la revolución, habían insinuado a los jefes la idea de desconocer al señor Madero. Daba alguna fuerza a esta última suposición el hecho de que, como se supo, Orozco había tomado como sus consejeros a los señores Esquivel Obregón y Braniff, a quienes consultó también el acto de la insubordinación momentos antes de ejecutarlo, según se dijo entonces. Esto parece inexplicable, como también lo es que los agentes del señor Limantour hubieran facilitado dinero a la Revolución antes de las negociaciones de paz frente a Ciudad Juárez.

El otro hecho, no menos importante, que daba fuerza a esta versión, fue que en México el gobierno, o sea el señor Limantour, había tratado de arreglar un armisticio, sin conocimiento del jefe de la Revolución, con las fuerzas del sur, comandadas por los generales Emiliano Zapata y Ambrosio Figueroa, que estaban en el Ajusco amenazando la capital. También daba fuerza a esta suposición el hecho de que el señor licenciado Esquivel Obregón, con el asentimiento del señor Madero, hubiera tratado de convencer a los jefes revolucionarios en armas, de que no continuaran las hostilidades.

El general Navarro y su estado mayor estaban presos en un cuarto de la Jefatura Política. Supe que, con motivo de unos fusilamientos que habían ordenado y ejecutado en las serranías del Estado de

Chihuahua, los jefes revolucionarios pedían que se les aplicara igual pena, a lo cual no asentía el señor Madero. Esta fue otra de las versiones que se decía habían sido motivo de la rebelión de Orozco. Como quiera que sea, estaba yo en la casa en que se hospedaba el señor Madero, cuando llegó éste todo sudoroso y pidiendo agua para beber.

—¿De dónde viene usted tan agitado? —le pregunté.

—Vengo —me dijo— de llevar al general Navarro y a su estado mayor a la orilla del río, pues querían fusilarlos, y como creí que no debe hacerse esto, me los llevé en un automóvil basta la margen del Bravo y de allí pasaron al otro lado.

Esta acción, que algunos pueden calificar de infantil, enaltece mucho al señor Madero como hombre bueno y de un valor verdaderamente notable, supuesto que, apenas salido del trance de la aprehensión, gracias a su entereza y valor civil, realiza otro acto sin medir las consecuencias que pudieran sobrevenir.

Antes de pasar adelante, creo mi deber hacer constar que el general Navarro no se vendió ni entregó la plaza que defendía, como han dicho los del antiguo régimen. Me consta por el hecho de haberle mandado decir dos veces que se rindiera, habiéndome contestado que todavía tenía elementos para seguir la defensa.

Según se ha visto en el curso de esta narración, el cuartel resistió menos tiempo de lo que yo me esperaba. ¿Por qué? Voy a decir mi opinión, como la dije apenas llegamos a México, al señor licenciado don Victoriano Agüeros, director de El Tiempo, relación que estuvo a punto de costarme la vida en 1913 después del cuartelazo de Huerta.

Andábamos el señor Carranza y yo examinando el interior del cuartel, cuando el primero se fijó en unas cajas que estaban amontonadas en la esquina de un cuarto, y preguntó a un soldado:

—Y esto ¿qué es?

—Parque —respondió el federal.

—Pero las cajas no tienen traza de haber sido movidas —insistió Carranza.

—Este parque no explota —respondió el soldado.

Examinando el cuartel, encontramos que el techo era de lámina, la cual, con el calor de mayo, se ponía como lumbre y hacía imposible que un hombre permaneciera allí pecho a tierra más de unos cuantos minutos, y si se paraba, ofrecía un blanco seguro a las balas del enemigo, porque el pretil no ofrecía ningún elemento de protección al soldado, pues sólo tenía de alto unos veinticinco centímetros en toda su extensión; y si a esto se agrega que desde el segundo día del ataque los insurgentes habían cortado el agua que proveía a la población y al cuartel, se vendrá al conocimiento de que los pobres soldados estaban, como se dice, muertos de sed. El cuartel carecía, pues, de toda disposición de defensa, lo cual es muy censurable en cualquiera parte, pero mucho más en una frontera. Obra seguramente de los negociantes que siempre engañan a los gobiernos que, por otro lado, se dejan engañar fácilmente.

«VERSIÓN»— Es la perspectiva personal que nos acerca a la verdad.

Los comisionados se reunieron todos los días para negociar la paz. Díaz renunciaría si Madero depusiera las armas. Éste, exigía la renuncia inmediata de Díaz. Así pues, las negociaciones se atoraban, día tras día y semana tras semana; tres semanas se habían consumido en la oratoria inútil. Aunque no salió nada de la reunión de la comisión, la demora causada por las deliberaciones fue de beneficio incalculable para el ejército insurrecto. Se dio tiempo para obtener un montón de municiones y muchos reclutas. El ejército nunca había sido tan bien provisionado y armado.

En la mañana del domingo (7 de mayo de 1911), *El Paso Morning Times* publicó la noticia de que la Comisión había sido un fracaso. Madero había renunciado a la idea de atacar a Juárez, las noticias continuaron en este tenor; se decía que a la mañana siguiente se iniciaba el retorno de su ejército al sur. El coronel Tamborel, comandante de la guarnición de Ciudad Juárez, también fue citado por los diarios, diciendo que los insurrectos iban hacia el sur, porque eran unos cobardes que tenían miedo de atacar Juárez. (Esta declaración le costó la vida al fiero coronelito; unos días más tarde, durante la batalla que siguió fue asesinado por un francotirador rebelde mientras miraba por la ventana del cuartel militar. Cayó en el alféizar de la ventana y quedó en esa posición).

§ Esa tarde, pasando por el campamento de la Legión Extranjera, vi a los hombres ocupados llenando sus cartucheras. Comenté al respecto al capitán Linderfelt. Me miró a los ojos y dijo: «¡Doctor, venimos aquí para pelear!».

Cerca del campamento del ejército insurrecto había una compuerta para la acequia de agua de riego. La acequia corría paralela con el río



A lo largo de las vías, los revolucionarios intentan la invención de una vida nueva.

Bravo por casi una milla. Luego iba por la ciudad y hacia el valle. Los federales habían dejado sin fortificación el espacio entre la acequia y el río. Además, siglos de tormentas de primavera habían erosionado la acequia, creando un gran banco de tierra ribereña; eso constituía una inmejorable ventaja a los invasores.

§ El lunes, desde temprano, estaba en el hospital, preparándome para recibir a más pacientes. Estaba esperando que sucediera algo. Alrededor de las once oímos la aguda detonación de un rifle de alto poder (el primer disparo de esta batalla fue hecho por un rebelde que vestía una camisa roja. Posteriormente fue herido y llevado al hospital, donde lo trataron como a un gran héroe). Luego del primer disparo, siguieron otras detonaciones y otras más, como si fueran cohetes chinos.

Corrí a la parte superior de un edificio y miré: una delgada línea de rebeldes avanzaban por la acequia. Los federales habían abandonado su trinchera y corrían al centro del pueblo.

La batalla de Juárez había comenzado. Se inició contra las órdenes de Madero, y sin oficiales que la dirigieran...

§ Vi a un subalterno de Madero, iba montado en su caballo llevando una bandera blanca rumbo a la línea de fuego. Llevaba instrucciones de poner un alto al combate, pero cuando llegó a la vista de los federales, éstos le abrieron fuego. Tuvo que retirarse a toda prisa. Ahora, se veían muchos rebeldes entrando en Juárez. Con rapidez aprovechaban cualquier parapeto que encontraban y así se iban sumando otros más que venían del campamento.

Ya entrada la tarde, Pancho Villa tenía a sus hombres en espera; le comunicó a Madero que la lucha había ido demasiado lejos para ser detenida y le aconsejaba que ordenara el asalto general. En un improvisado consejo de guerra, se decidió dejar a Villa atacar con su regimiento a la ciudad. José Blanco fue a tomar posiciones al oeste de la ciudad y estar preparado ya sea para ayudar a la victoria final o a cubrir la retirada. Dos cañones federales bombardearon su posición

durante dos horas, pero fueron tan mal dirigidos que no le causaron el menor daño. Los rebeldes lograron matar a los artilleros federales, y así las dos piezas de artillería quedaron fuera de acción. La guerra se generalizó. Los rebeldes avanzaron de casa en casa, hasta que invadir el centro de la ciudad. Se veía media docena de incendios en diferentes partes; las casas, construidas de adobe, se quemaron rápidamente y no propagaron el fuego. Los dos cañones rebeldes entraron en acción bombardeando el cuartel y a la plaza de toros. Uno de los cañones se averió del cierre de cámara y quedó inutilizado. Al otro se le acercó para abrir fuego sobre la antigua misión que estaba siendo utilizada como punto de resistencia federal. Un obús derribó cuatro o cinco toneladas de adobe, y los federales se retiraron al cuartel.

Los rebeldes atacaron la plaza de toros con granadas de mano y echaron de allí a los federales. Éstos se reorganizaron y la volvieron a recuperar.

Por consenso tácito a las nueve de la noche terminó la batalla. Los rebeldes pudieron descansar.

A la mañana siguiente se reinició el furioso combate. Las dos semanas de armisticio sirvieron para alimentar un gran odio entre los enemigos que ahora luchaban en forma más violenta. Ciudad Juárez, convertida en la frontera más importante de la guerra, era el objetivo que Madero buscaba. Su captura significó el acceso a un puerto de entrada y, posiblemente, el derecho de importar armas y municiones de los Estados Unidos. Los hombres de Madero estaban peleando como perros de presa para tomar la ciudad. De casa en casa los rebeldes avanzaban, usando granadas de mano para ir expulsando a los federales de sus posiciones.

El segundo día de la batalla terminó con una clara ventaja para los insurrectos. Tenían toda la ciudad, con excepción de tres puntos: la plaza de toros, el cuartel, y la iglesia. Madero estaba seguro de capturar la ciudad al día siguiente. Llamó al general Navarro por teléfono, le dijo que se rindiera para evitar así más derramamiento de sangre. Navarro pidió una entrevista personal. Madero envió a dos miembros de la Junta Revolucionaria, pero nada se resolvió.

§ Juárez estaba lleno de heridos. Todos los camilleros iban de los puentes internacionales a mi hospital. Otros heridos fueron llevados a casas abandonadas para atenderlos lo mejor posible. El hospital de El Paso pronto se llenó. En uno de sus patios ordené tiendas de campaña para atender a los que iban llegando. Las tiendas tenían camas plegables, duplicando así la capacidad del hospital.

Todo el segundo día estuve frente a la mesa de operaciones, atendiendo a los heridos, llegada la noche, agotado, decidí retirarme a descansar temprano.

Justo después de la medianoche, Alberto Fuentes y uno de los Legionarios llegaron al hotel donde yo vivía y me dijeron que habían estado en Juárez, hablando con Navarro. De regreso, pasaron por una casa donde había muchos rebeldes heridos que no habían tenido la atención médica. Llené una bolsa con apósitos necesarios, me fajé mis dos revólveres y llamé a un taxi. Me di cuenta de que estaba violando una de las reglas de la guerra al ir armado a un campo de batalla, pero bien había aprendido la lección en Bauche, ya no quería correr riesgos. Mis dos revólveres, «Tom» y «Jerry», y el cinturón de cartuchos oculto bajo el abrigo, me dio una sensación de seguridad.

Al llegar al puente internacional, fui detenido por un militar borracho. (Este oficial del ejército asumió una autoridad que no tenía cuando trató de impedir que cruzara a México). Me dijo que no podía ir a Juárez. Pero el oficial aduanero que estaba con él era mi amigo; guiándome un ojo, sacó una botella de licor y se la pasó al militar. El borracho bebió, cuando la botella se la había empujado la tercera vez, el capitán estaba tan borracho que no sabía si estaba en México o en los Estados Unidos...

Crucé a México y pronto encontré la casa donde estaban los heridos. Les curé sus heridas, y tomé un trago de café con esa media docena de rebeldes que estaban cocinando y comiendo mientras esperaban la luz del día. De ellos supe la ubicación de todas nuestras tropas, yo estaba contento. Me aseguraron que tomaríamos la ciudad antes del mediodía. Cuando salí, me sorprendió un débil rayo de luz en el

este. En ese momento, todo era tranquilidad en el «Río Grande»; sabía que poco faltaba para que el infierno se desatara largo y tendido, así que decidí llegar lo más pronto a la parte norteamericana.

Apenas puse un pie en la calle cuando de una esquina opuesta vinieron hacia mí cuatro hombres, uno de ellos gritando retadoramente: «¿Quién vive?». Llevaban sombreros, los soldados federales usaban cachuchas, y además, en la oscuridad, pensé que eran rebeldes.

—¡Viva Madero! —Le contesté al hombre.

No había terminado de hablar, cuando me di cuenta de que había cometido un error: los hombres era rurales, que luchaban del lado de los federales. Me había identificado como rebelde. En el instante en que me apuntaron con sus armas, yo me tiré al suelo. Una ráfaga de balas pasó por encima de mí. Me quedé inmóvil; no hubo más disparos, creyeron que me habían matado. En la conmoción del momento me olvidé de los amigos que acababa de dejar, venían corriendo en mi auxilio; fui testigo de uno de los combates más bonitos que he visto de toda la Revolución. Los combatientes estaban tan cerca unos de otros que parecían tocarse los destellos salidos de sus rifles. Sin la oscuridad, los heridos hubieran sido muchos.

Pensé en ese momento que debía ayudar; me puse de rodillas y abrí fuego con mis dos pistolas. Los rurales huyeron. Disparé mi última carga cuando ya habían desaparecido por una de las esquinas de un edificio. Uno de ellos se quejó, vaciló dándose contra una pared, luego se enderezó y siguió en su carrera. Yo sabía que había dado en el blanco, me sentía extrañamente eufórico. Esos fueron los únicos disparos que di en la revolución.

Esa escaramuza callejera había dado otros resultados. A uno 125 metros, los federales habían construido una barricada de sacos de arena y troncos, y habían colocado una ametralladora. Desde esa barricada abrieron fuego contra una de las casas ocupada por los rebeldes. En pocos minutos, la lucha se generalizó.

A toda prisa me dirigí al puente para cruzar al lado americano. Las balas barrían el puente, llegaban a El Paso.

¿Qué hay del otro lado de las vías?



La esperanza de una vida mejor.

«FRANCISCO I. MADERO»

Lo que ocurre en el pasado vuelve a ser vivido en la memoria. —John Dewey

Campamento del Ejército Libertador —Márgenes del Bravo, frente a Ciudad Juárez. —A 9 de mayo de 1911. — Señores Oscar Braniff y Lic. Toribio Esquivel Obregón. —El Paso, Texas.

Apreciables amigos: Contesto su grata del 9 del actual, manifestándoles que no tengo ningún motivo para cerrar a ustedes la puerta a nuevas negociaciones, y pueden ustedes venir a verme a mí y a los míos con la misma confianza de siempre.

He enterado de su mensaje al señor Limantour. No puedo hacerles observaciones largas, por falta de tiempo. Únicamente les manifestaré que desde el momento en que el señor Lic. Carvajal, al contestar mi carta, en que le dije que estaba conforme con reanudar las negociaciones y en suspender las hostilidades, sólo se refirió al primer punto, me consideré desligado de mi propósito.

El texto del manifiesto del general Díaz no lo he visto sino hoy en la mañana, y no ayer como ustedes suponen.

Lo que recibí ayer en la tarde fueron varios telegramas de México en los que me decían que el general Díaz, según su manifiesto, no pensaba retirarse, lo que nos hizo suponer que se trataba de un nuevo ardid para ganar tiempo. En vista de estas circunstancias y de que los nuestros tenían ya posiciones muy importantes de la población, di el orden de ataque, pero hasta que no lo hube avisado al primero de ustedes y al general Navarro.

Por estas razones es injustificada la pretensión del señor licenciado Carvajal —(de que los revolucionarios volvieran a sus posiciones anteriores al ataque)—, pues desde el momento en que no dio su conformidad a la suspensión de hostilidades, me sentía desligado de ese compromiso.

Casi toda la plaza está en nuestras manos y hemos desalojado a los federales de todas sus posiciones.

El doctor Vázquez Gómez, en nombre del Gobierno, mandó decir a Navarro que si deseaba capitular, le concederíamos las condiciones más honrosas. Por mi parte, ratifico esa posición y pueden ustedes dar parte en ese sentido, pues en los actuales momentos es el único modo de suspender la encarnizada lucha que se lleva en Ciudad Juárez.

Otra observación que quiero hacer a su telegrama al señor Limantour, es que la gente que entró en la mañana fue un grupo insignificante, que fue engrosando después de que los federales hicieron fuego sobre la bandera blanca, y que, sobre todo, fueron engrosando considerablemente por simpatizadores que se encontraban dentro de Ciudad Juárez. Además, la orden que yo daba a los soldados para que se retiraran era en la inteligencia que sólo estaban debajo del puente, pues de allí era muy fácil retirarlos; pero, desgraciadamente, los informes que me dieron eran inexactos, y se encontraban en muchas casas, lo cual cambiaba diametralmente la situación.

Por tal motivo, es inexacto que algunos de mis jefes me hayan desobedecido, pues no atacaron sino cuando recibieron orden mía, y lo hicieron hoy en la madrugada.

Sin otro particular, soy de ustedes amigo *Afmo. y Atto. S.S.*
—(firmado)— *Francisco I. Madero.*

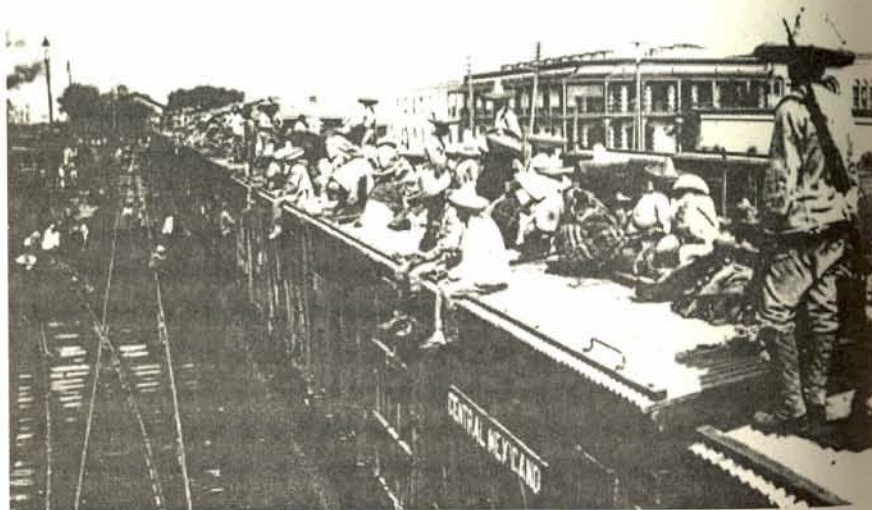
§ Ciudad Juárez, 15 de Mayo de 1911. —Señor general Pascual Orozco, hijo. —Presente.

Muy apreciable amigo: Refiriéndome a los acontecimientos que tuvieron lugar en esta el día 13 del actual y a los cuales la fantasía popular y nuestros adversarios han dado proporciones que no tienen, con objeto de propalar la especie de que estamos desunidos, me es muy grato hacer constar por la presente, que si bien es cierto que por cuestiones administrativas tuvimos una discusión relativamente acalorada, muy lejos estuvimos de abrigar la idea de desunirnos y dejar de

dirigir todos nuestros esfuerzos hacia el triunfo de la santa causa por la cual hemos luchado con tan buen éxito hasta ahora.

Quiero asimismo hacer constar que nunca he puesto en duda su lealtad a mi Gobierno, ni su amistad personal hacia mí, lo cual se demuestra en el estrecho abrazo que nos dimos en público, y que aun en el caso de que algo hubiere pasado, fue más que suficiente para borrarlo y hacer que desapareciese tanto del corazón de usted como del mío, el más ligero resentimiento, pues tanto usted como yo luchamos por ideales y nunca seremos desviados de nuestros propósitos por ningún sentimiento personal, tanto más cuanto que en los actuales momentos no lo existe; porque, lo repito, ni por un solo momento dudo de su amistad hacia mí, y sabe usted que como siempre lo aprecia de veras y lo estima *su afmo., amigo y atto. S. S.*— *Francisco I. Madero.*

Villistas Llegando a Ciudad Juárez



FRANCISCO VILLA

(Según Martín Luis Guzmán)

Somos engañados por la apariencia de la verdad.

—Quinto Horacio Flaco.

En varias juntas que habíamos tenido los principales jefes de la Revolución, y las cuales presidía el señor Madero, se había estado mirando la posibilidad o la imposibilidad de tomar la plaza de Ciudad Juárez. El señor Madero opinaba siempre que aquel intento era muy arriesgado, y se sometía siempre al parecer de un general *boero*, de apellido Viljoen, según el cual resultaba imposible para cualquier ejército la toma de aquella plaza, por sus muchas y muy grandes fortificaciones. Es decir, que no obstante que Pascual Orozco y yo insistimos muchas veces en que, al menos por dignidad, deberíamos arriesgar el asalto, pues era vergonzoso retirarse sin siquiera intentarlo, el señor Presidente no dejaba de manifestarnos su oposición en aquel negocio de tan grandes consecuencias.

En eso estábamos cuando el mismo día que desarmé yo al Garibaldi y le devolví sus armas, Pascual Orozco me vino a buscar.

Me dijo él:

—¿Qué piensa, compañero, que debemos hacer tocante a la toma de Ciudad Juárez? Ya usted ve que el señor Presidente es de la opinión que no atacemos la plaza y que nos vayamos para Sonora.

Le contesté yo:

—Pues según yo pienso, compañero, debemos lanzarnos al ataque, porque la verdad es que toda la gente nos tacharía de cobardes al considerar que nosotros, después de tantos días de permanecer aquí con un propósito, nos retirábamos sin hacer nada. Creo que por dignidad de hombres revolucionarios debemos arriesgarnos al ataque, y soy de opinión que mandemos algunos hombres de la gente de José Orozco a que se acerquen a provocar las avanzadas federales, lo que las obligará a tirotarse con ellos. Nosotros, al oír el tiroteo, haciendo como que

...más cerca del aire, la reverberación y el humo que de las vías del tren.

no sabemos nada, destacamos una poca de gente con el pretexto de ver qué es lo que pasa, pero con la consigna de ayudar a los nuestros. Entonces los federales tendrán que mandar refuerzos a los suyos. Y de esta manera, paso a paso, iremos encendiendo la mecha hasta que ya no sea posible contener nuestra gente, que, como usted sabe, anda ardorosa y propuesta a la toma de Ciudad Juárez. Una vez los ánimos en ese estado, ¿qué podemos hacer nosotros, compañero? Manifestamos al señor Presidente que la cosa ya no tiene remedio, y que no hay más que organizar nuestras fuerzas y proceder de modo decidido al asalto y toma de la población para alcanzar al final la victoria o la muerte. Entonces él, viendo las circunstancias expuestas de esa manera, no tendrá otra opción que acceder a nuestros deseos. ¿Qué le parece, compañero?

Pascual Orozco me contestó:

—Me parece bien.

Y entre los dos quedó convenido que al pardear la tarde se comunicarían a José Orozco, con muy grande reserva, nuestras primeras providencias. Es decir, que él tenía que mandar quince hombres que fueran bajando la corriente del río hasta provocar a los federales, pero sin internarse en la población, sino más bien procurando atraérselos fuera de las casas.

Para que no se sospechara que nosotros éramos los autores de la estratagema, Pascual Orozco y yo atravesamos esa tarde el río por la parte de la Esmelda, una fundición que así se nombra, y nos fuimos a quedar la noche en El Paso.

Tal como lo quería nuestra orden, así se cumplió. Otro día siguiente, a la hora indicada, oímos el tiroteo que según nuestro conocimiento tenía que ocurrir. Preguntando, como quien nada sabe, que qué sucedía, nos dijeron:

—Pues que ya los suyos y los federales se están agarrando, Pascual y yo tomamos entonces un automóvil cada uno y dimos orden de que a grande velocidad nos llevaran hasta la Esmelda. Allí llegamos los dos al mismo tiempo, y los dos nos apeamos junto al puente colgante del

ferrocarril que llaman de *Rokail*, por donde pasamos juntos y con mucha prisa.

Ya en nuestro terreno encontramos allí con que el señor Presidente nos sale al paso. Nosotros seguíamos con el fingimiento de no saber nada, por lo que le preguntamos cuál era la causa de aquel suceso. Nos dice él:

—¡Qué ha de pasar, hombre! Que ya algunos de nuestros muchachos se están tiroteando con los federales. Vayan inmediatamente, vayan a retirar esa tropa de allí.

Le contestamos Pascual Orozco y yo:

—Está muy bien, señor Presidente.

Y los dos nos retiramos, pero no con intenciones de alejar la fuerza que andaba en el tiroteo. Antes es la verdad que en seguida mandamos cincuenta hombres más que ayudaran en su pelea a los otros quince.

Se nos aparece de allí a poco el señor Madero y nos dice:

—¿Qué sucede con esa gente? ¿No han conseguido retirarla?

Nosotros le respondemos:

—No, señor. Nos comunican que aquellos hombres andan muy dispersos y que no los han podido juntar por lo muy fuerte del tiroteo.

Él nos repite:

—Pues a ver qué hacen, pero inmediatamente hay que retirar esa fuerza de allí.

A lo que le contestamos los dos:

—Está muy bien, señor Presidente. Mandaremos más fuerza, a ver si se consigue reunirlos.

Y así lo hicimos, sólo que aquella otra gente iba también con la consigna de avivar todavía más la mecha, que ya estaba ardiendo.

Empezaba a oscurecer cuando el señor Madero vuelve a presentársenos. Nos habla entonces con acentos de contrariedad; nos expresa las siguientes palabras:

—¿Qué sucede, por fin? ¿Retiran o no retiran esa gente?

Y allí fue el contestar nosotros según de antes estaba previsto. Le dijimos los dos:

—Señor Presidente, esa retirada es ya imposible. Los ánimos andan muy exaltados. La gente toda ya no quiere más que pelear, y en estas condiciones nos resulta muy difícil, y creemos nosotros que de mucho riesgo, el tratar de contenerla. No hay, pues, más remedio que disponer en forma el ataque de la población, o dejar morir uno a uno los hombres que ya están peleando y granjeamos de ese modo la malquerencia de todas las tropas, que verán en nuestros actos señales de cobardía y anticipos de ruina para la causa.

Yo comprendí entonces, según el señor Madero escuchaba lo que le decíamos, que si vacilaba él ante el ataque a Ciudad Juárez no era por falta de fe. Era por sentir mucho su responsabilidad de jefe de la Revolución. Nosotros, en nuestro ardor de hombres militares, atendíamos por encima de todo al mero azar de la guerra. Como hombre civil, y como responsable del futuro revolucionario, él esperaba, en favor de la Revolución, la alianza de los acontecimientos políticos que van produciéndose con el correr del tiempo. Y yo no niego que la razón podía estar con él; pero la verdad es que, según yo creo, entonces estuvo con nosotros.

El señor Madero nos contestó:

—Pues si es así, ¡qué le vamos a hacer!

Orozco y yo, que sólo esa orden esperábamos para determinar lo más conveniente, concertamos en pocos minutos todo el plan de aquel ataque. Nuestras disposiciones fueron así: que él entraría por el río con quinientos hombres hasta tomar la Aduana; que José Orozco, con doscientos hombres más, avanzaría por donde ya estaban agarrados los federales y los nuestros, y por último, que yo atacaría por la parte sur, o sea, por donde se encuentra la estación del Ferrocarril Central.

Dadas nuestras órdenes y tomadas nuestras mejores providencias, ambos jefes, Pascual Orozco y yo, Pancho Villa, dispusimos en muy buen orden nuestra gente, y siguiendo los derroteros que tuvimos por más favorables, emprendimos nuestra marcha hacia los puntos que nos habíamos asignado para comenzar el ataque.

§ Aquel día, 8 de mayo de 1911, no se debiera olvidar entre los hombres revolucionarios. Porque Orozco y yo, que éramos en verdad los jefes directos de las tropas de la Revolución, habíamos conseguido trabar los hechos de manera propia para nuestra acción. A espaldas del señor Madero, que era el Presidente de nuestra República, pero no hombre militar, nosotros estábamos poniendo los medios de alcanzar una gran victoria, o de morir en el combate. Así lo manda a veces el deber de la guerra. A un jefe civil puede ocultársele lo que más abajo ven los ojos militares de sus subordinados, y si lo que se juega entonces es todo el bien de una campaña, cuanto más de una Revolución, el subordinado, si es de veras hombre militar, debe desde su puesto de obediencia dar oído a su deber; o sea, debe recobrar él con maña la dirección de las cosas militares.

§ Para el ataque a Ciudad Juárez, yo hice mi derrotero por el lomerío que va a dar al panteón. Estuve toda la noche cerca del dicho panteón, metido con mis fuerzas en uno de los arroyos que por allí pasan.

En aquel sitio me puse a meditar cómo haría yo lo más conveniente para poder entrar bien en lucha con el enemigo a las cuatro de la mañana. Pascual Orozco y yo habíamos resuelto aquel ataque menospreciando la opinión del señor Madero. Era mucha y muy grande nuestra responsabilidad. Considerando, además, las buenas fortificaciones de los federales, los riesgos que aguardaban a nuestras tropas podían acrecentarse si no poníamos acierto en cualquiera de nuestras providencias. Y más lo pensaba yo así sintiendo quedo en las sombras de la noche el campamento de mis soldados junto al camposanto. El jefe militar que siente dormir sus fuerzas la víspera de un combate que él prepara, no logra acallar, si es jefe que quiere a sus soldados, el rumor que la muerte hace en cada uno de sus hombres dormidos.

Yo formé mi plan. Y lo que sucedió fue que a la dicha hora, es decir, a las cuatro de la mañana del 9 de mayo de 1911, logré llegar con mi gente hasta cerca de las bodegas de *Kételsen*, un comercio que así se llama, y allí rompí el fuego.

Porque conforme nos sintieron por aquella parte, nos, gritaron el «¡quién vive!» desde la escuela que está frente a las dichas bodegas. Allí había una ametralladora que me causó algunas bajas y me desbarató un poco mis filas. Yo entonces traté de seguir. Pero como luego viera que estaba flanqueado; pues en el corralón que nombran de los *Cow-boys* había, fortificada, tropa de caballería que me hacía fuego, y desde la bocacalle inmediata, afortunada con vigas y costalera de arena, me mandaban también descargas cerradas, que en combinación con las otras me embarazaban cualquier movimiento, decidí sin más replegarme hasta la estación del Ferrocarril Central.

En el patio de aquella estación había muchos durmientes apilados. Con ellos me atrincheré. Y fuerte ya detrás de aquel abrigo, pude con calma desarrollar mi ataque contra la escuela y demás fortificaciones que he indicado. Di mi preferencia al asedio del primer punto, porque ése era por su poder, que nombran estratégico, de grande valor, para lo cual no consentí que el enemigo llevara allá ningún refuerzo, ni que se surtiera de bastimentos de boca, ni que renovara su parque. De ese modo logré que el dicho punto fuera desalojado y que, ya de noche, quedara en poder de diez de mis hombres, los cuales pudieron entonces dirigir desde aquella nueva posición certeros disparos sobre el corralón de los *Cow-boys* y los parapetos de la calle inmediata.

Los federales, mirándose cogidos así a dos fuegos, procedieron a replegarse en dirección de su cuartel general. Nosotros avanzamos entonces por el interior de las casas, que nos servían de disimulo y nos amparaban. Conforme progresaba nuestro avance, nosotros íbamos horadando pared a pared para pasar de una casa a la otra. Aquella fue muy larga y muy dura pelea nocturna, con la que amanecemos y continuamos, luego a la luz del alba, hasta que nos alumbró el sol y empezaron a correr las horas de la mañana. O sea, que era ya otro día siguiente, 10 de mayo de 1911, muy cerca de las diez, cuando los federales, ahora en franco repliegue hacia su cuartel general, me dejaron todos los heridos y prisioneros que me habían hecho la madrugada del día 9 en mi avance hacia las bodegas de *Kételsen*.

Mirándolos irse, y creyéndolos abatidos en su ánimo, empezamos nosotros a tomar las posiciones que nos abandonaban. Pero entonces vimos que de la plaza del mercado se desprendía una fuerte columna. Estaba compuesta, al parecer, de sesenta infantes, unos cien dragones, dos morteros y una batería de ametralladoras; marchaba sobre nosotros con muy grande resolución, como para romper el cerco por aquella parte. Dicha columna venía mandada por el general en jefe de las fuerzas federales, Juan Navarro.

Pero es lo cierto que no consiguieron su propósito, pues al descubrirlos nosotros en aquella actitud, los recibimos con descargas nutridas, y aunque su artillería hacía grandes estragos en las casas abriendo boquetes en las paredes, ni aquello ni nada desanimaba a mi gente.

Según antes he indicado, nosotros teníamos ya minas abiertas por entre todo el caserío, y así podíamos atacarlos a ellos por diferentes rumbos, y muchas veces a muy corta distancia de sus filas. Al fin, esa fue la razón de que el valiente defensor de la plaza, mirando la imposibilidad de consumir su intento de salida, tocara reunión y dispusiera un ordenado replegamiento hacia su cuartel general.

Mi gente, más animosa a la vista de aquello, se precipitó entonces con muy grandes bríos sobre los federales. Ellos siguieron retrocediendo, pero siempre con mucho orden y batiéndose en valerosa retirada. Conforme mandaba yo el combate, veía al general Navarro arrendando a su gente, y animándola, y dirigiéndola. Y es la verdad que no les amedrentaba el nutrido fuego que nosotros hacíamos sobre él y todos los suyos, y que así lograron retroceder hasta su cuartel general.

Después de aquella retirada, costosa para el enemigo, no obstante su valor, el general Navarro apreció serle imposible una salida. Y como también fuera aquello grande indicio de la superioridad de ánimo de nosotros los revolucionarios, decidió al fin tocar parlamento, considerando sin duda que iba a resultarle inútil continuar en su resistencia.

A la luz de mi juicio, yo creo que el general Navarro hizo bien. Los revolucionarios estábamos propuestos a tomar aquella plaza. Nues-

tras providencias, o sea, las que ordenamos Pascual Orozco y yo, Pancho Villa, estaban calculadas para consumir el triunfo, y así, de nada les hubiera aprovechado a ellos resistir, cuantimás que las tropas federales sólo estaban cumpliendo con su deber militar, por ser ellas las que desde mucho tiempo antes pagaba de su peculio el Gobierno de la tiranía. Mas el ejército nuestro, nombrado por eso el Ejército Libertador, se movía dentro de los impulsos del pueblo, y obrando con los dichos impulsos tenía que resultar invencible.

Creo por esto que el general Navarro hizo bien en abreviar los padecimientos de Ciudad Juárez y en limitar a tiempo el quebranto de sus tropas. Un hombre militar debe doblegarse, en su hora justa, ante las derrotas que le guarda su destino.

§ La rendición de Ciudad Juárez se efectuó a las tres de la tarde del día 10 de mayo de 1911. De los jefes sitiadores, el primero en entrar al cuartel donde estaba el general Navarro fue el teniente coronel Félix Terrazas, de mis fuerzas, con una parte de la gente mía. Yo vi, al llegar a dicho cuartel, cómo él y mis hombres recibían de manos del general Navarro la espada que él les estaba entregando.

Mirándome entrar Félix Terrazas, él me dice:

—¿Qué hacemos, mi coronel?

Le contesto yo:

—Junta usted toda la oficialidad rendida y le pone una fuerte escolta; manda formar los soldados prisioneros; recoge las armas y municiones, y conforme esté efectuado todo esto, ordena el desfile de esos soldados hacia la cárcel, donde han de quedar a merced del jefe de la Revolución.

Y dictadas por mí aquellas providencias, quebré mi caballo y salí a media rienda, seguido sólo de mi asistente, a dar al señor Presidente de la República cuenta de que la plaza de Ciudad Juárez había caído en nuestro poder, no obstante la honorable opinión del señor general Viljoen.

Cuando oyó mis palabras, el señor Madero se quedó dudoso de lo que yo le decía. Me preguntó él:

—¿Qué dices, Pancho?

Le contesté yo:

—Que nos vayamos para Ciudad Juárez, señor Presidente; que la plaza es nuestra; que al general Navarro lo acabo de dejar preso bajo la custodia del teniente coronel Félix Terrazas. O sea, que el Ejército Libertador ha triunfado, pues con la toma de esta plaza la situación, en lo futuro, seguirá a nuestro favor.

Entonces él, dándome un cariñoso abrazo, me expresó las siguientes palabras:

—Lo haremos en este momento. ¿Tú dices que en seguida te vuelves para organizar tu gente? Pues creo que harás bien. Pancho, procura que los soldados no roben ni tomen bebidas embriagantes. Así evitaremos cualquier dificultad.

Y yo monté de nuevo en mi caballo y me regresé para Ciudad Juárez, tal y como había venido.

Llegué allá. Di a la oficialidad orden de que sin pérdida de tiempo me reunieran toda la gente para acuartelarla. Así se hizo. Y a las cinco de la tarde todos nuestros hombres estaban acuartelados en el edificio de la escuela y en las quintas inmediatas.

En seguida envié diez hombres al camposanto para que abrieran una fosa donde sepultar todos los muertos que los federales le habían hecho a mi fuerza. Mientras ellos cavaban, yo, con otros quince hombres, me ocupé de recoger los cadáveres y ponerlos en unos carros que los llevaran a recibir su sepultura.

Terminada aquella operación me dediqué a lo principal. Me dirigí a la panadería de José Muñiz. Le ordené que pusiera todos sus panaderos a labrar la mayor cantidad de pan posible, lo cual hizo él en el acto. Y como me dijera que para las cuatro de la mañana podía yo disponer de pan caliente, a la dicha hora me presenté a recibirlo, lo encostalé en costalera de malva, y me lo llevé.

A las cinco de la mañana penetraba yo a la cárcel. Ahí repartí diez costales de pan entre los soldados federales, más algunos barriles de agua que hice meter para ellos, pues por el momento no había otras provisiones preparadas. Esto lo hice yo comprendiendo que mis fuerzas se encontraban en iguales circunstancias de hambre, cuando no peores, que los soldados federales, pero creyendo también que mi deber de vencedor era procurar primero alimento a los vencidos.

Porque en la guerra el hombre vencedor sobrelleva con buen ánimo la más grande necesidad, mientras que el vencido y más si sobre vencido es prisionero, renueva a cada una de sus privaciones toda la amargura de su derrota, que es lo más amargo que hay. Por eso el vencido, si para él su causa es buena, merece la misericordia del vencedor, el cual no debe agravar el castigo de la derrota. Solamente los desleales, o más bien, los traidores, y los jefes crueles que se ensañan con las poblaciones civiles, y se vengan en los parientes, de sus enemigos militares, y matan sin motivo los prisioneros que cogen, no tienen en la guerra ningún derecho a la compasión de los hombres guerreros que los vencen, porque la guerra es así.

Digo, pues, que al verme entrar llevando bastimento, los federales presos en la cárcel me aclamaron con muy grande gratitud.

De allí me fui a realizar con mis soldados la misma operación. Mas como no alcanzara el pan para todos, organicé desde luego varias escoltas al mando de sus respectivos oficiales y clases y les di orden de salir en busca de alimentos y regresar pronto a sus cuarteles.

Así se hizo.

§ Fueron muchos mis deberes de aquel día. Tomadas las anteriores providencias, me dirigí al Cuartel General, donde estaban los oficiales prisioneros y el general Navarro. Le di un abrazo al dicho general, pues aunque yo sabía que antes nos había hecho muy grande daño, no quería dejar libres mis instintos justicieros tocante a ninguna persona. La victoria, que había sido hermosa y de grande provecho, no se debía empañar.

Luego le dije:

—Señor general, voy a llevarme a El Paso, a comer conmigo, a nueve de sus oficiales, pues aquí estamos ahora en la miseria.

Y él me contestó:

—Está en su mano. Son sus prisioneros, coronel.

Yo invité entonces a nueve oficiales, de nombres que no recuerdo, a subir en dos automóviles que con ese objeto había andado traer de El Paso, y con ellos me trasladé a la dicha ciudad. En un hotel llamado *Hotel Zieger*, que allá había, comimos todos en convite de amistad muy cariñosa. Tan amable era el trato suyo y el trato mío, que mirándonos cualquiera, no se hubiese imaginado que aquellos oficiales eran mis prisioneros y yo su vencedor.

A la hora de pagar, algunos de ellos intentaron hacerlo. Yo les dije:

—No, señores. A ustedes los he invitado yo, y conforme a eso yo soy quien debe pagar. Así pues, como estimo en ustedes muy grande caballerosidad, espero que no me ofenderán tratando de usurparme mi derecho.

Luego, según acabábamos de beber una cerveza, yo les añadí:

—Señores, agradezco a ustedes que hayan aceptado mi invitación. Ahora, si no tienen inconveniente, regresaremos a Ciudad Juárez.

Entonces uno de ellos preguntó a otro:

—¿No te agradecería ahora quedarte en El Paso, Texas?

Yo pienso que tal vez expresó él aquellas palabras con sólo la intención de bromear. Cuando así no fuera, es lo cierto que antes que yo pudiera observar nada, uno de los capitanes lo atajó, diciéndole:

—¡Cómo, señores! Este caballero nos ha invitado a comer. Somos sus prisioneros. Al traernos se ha fiado de nuestro honor. Por lo tanto estamos obligados a no comprometerlo y a regresar con él a Ciudad Juárez, para permanecer allí mientras no se determine otra cosa, sin olvidar jamás la noble acción que ha tenido con nosotros. Señores, Pancho Villa es un caballero y nosotros también. Debemos acompañarlo.

Así se hizo. Todos se pusieron en pie. Subimos a los automóviles y

regresamos a Ciudad Juárez. Y como allí se decía ya por algunos de mis compañeros que los oficiales federales no regresarían más, causó grande admiración el ver cómo todos volvían conmigo.

Hice yo aquel acto para demostrar que los hombres revolucionarios éramos generosos y de buena civilización. Y la verdad es que los nueve oficiales también demostraron que en las tropas de la Federación había hombres de honor. Pudieron ellos haberse aprovechado de mi conducta generosa para quedarse en El Paso, de donde yo no hubiera podido traerlos; pero no quisieron abusar de mi confianza. Además de eso, se portaron tan señores, que en dichos oficiales nada tuve que censurar, menos la pregunta antes indicada. Aunque aquella pregunta, que mi parecer fue de broma, sólo sirvió para que luciera más claro el buen comportamiento de todos.

§ La tarde de ese día, como a las cinco, Pascual Orozco se presentó en mi cuartel y manifestó al oficial de guardia deseos de hablar conmigo. El oficial me mandó el recado. Yo salí en el acto; llegué al lado de Pascual y lo saludé.

Me dijo él entonces:

—Compañero, vengo a molestarlo porque tengo que tratar con usted un asunto de mucha gravedad.

Le contesté yo:

—Pues pase usted.

Pero me respondió él:

—No, compañero. Yo lo esperaré a usted en mi cuartel. Es muy grave el negocio, y por delicadeza debemos tratarlo los dos solos; sus consecuencias pueden ser muchas. Como le digo, mejor yo lo espero allá.

Delante del misterio de sus palabras, yo le ofrecí ir en seguida. Él picó espuelas y se marchó.

Y como lo dije, lo hice. A pie me fui, aunque sin perder ni un momento, al cuartel de Pascual Orozco. Él salió a recibirme tan pronto como le avisaron que yo allí estaba, y me introdujo en sus habitaciones. Según estuvimos solos los dos, empezó a tratarme aquel asunto

que él consideraba de tan grande delicadeza. Sus palabras contenían esto:

—Compañero, no se habrá borrado de su memoria que a usted y a mí el general Navarro nos fusiló algunos miembros de nuestras familias. Por eso lo cito a usted: para consultarle si es de parecer que nosotros lo fusilemos a él ahora, y para ver si usted opina como yo: que en el caso de que el señor Presidente nos estorbe la ejecución, nosotros rehusemos obedecer y ejecutemos a Navarro.

Y era verdad que Navarro había cometido aquellos excesos, y que, sin considerarlo yo, me había olvidado, saboreando gozoso la victoria, de volver su imperio a la justicia. Porque era de justicia castigar a Navarro por cuanto él se había ensañado con los nuestros, según veía a proponerme Pascual Orozco.

Le hablé yo así mis palabras:

—Sí, señor. Oigo buenas sus razones. Yo y mis hombres lo apoyaremos a usted para conseguir la ejecución del general Navarro.

Él me dijo entonces:

—Bueno, pues para eso quería hablarle a solas. Y puesto que está usted de acuerdo conmigo, lo resuelto se consumará mañana a las diez. Veremos al señor Presidente en el cuartel general, le expresaremos esto que deseamos, y en vista de su contestación obraremos según convenga, pero siempre dentro de lo dicho. ¿No, compañero?

Yo le respondí:

—Sí, compañero.

Y dando por terminada aquella plática nuestra, me fui para mi cuartel.

Otro día, a la hora indicada, me presenté en el cuartel general con cincuenta hombres míos. Ya Orozco estaba allí con toda su gente. Llegando yo, fui a saludar al señor Madero, y entonces Orozco me llama aparte para hablarme a solas. Me dice él:

—Voy a pedir ahora mismo que nos entreguen a Navarro para fusilarlo. Si me contestan que no, usted desarma en seguida la guardia del señor Presidente.

Yo le respondí:

—Está bien.

Y Pascual regresó al lado del señor Madero.

Después de un momento, asomándose por la puerta, me grita:

—¡Desármelos!

O sea, que yo comprendí que el señor Madero se oponía al fusilamiento de Navarro, y, según lo convenido, no tuve ningún reparo en cumplir mi palabra: sin más, ordené el desarme de la guardia del señor Presidente, y así se hizo.

Acabando apenas mi gente de consumir aquella operación, salí precipitadamente el señor Madero y se enteró de mi actitud.

Me dijo él:

—¡Cómo, Pancho! ¿También tú estás en mi contra?

Yo no contesté, pues esperaba que Orozco, por ser iniciador de aquel fusilamiento, diera sus órdenes para ejecutarlas yo en seguida. Pero lo que sucedió fue que entonces lo vi salir a él detrás del señor Presidente, al cual le decía estas palabras:

—No, señor; vámonos entendiendo.

Y siguieron hablando los dos, aunque sin poder yo oír lo que trataban, pues era mucho el murmullo de la tropa. Vi que terminaron por darse un abrazo, y aunque aquello, como es natural, me sorprendió al principio, luego me hizo comprender que una de dos cosas tenía que haber pasado: o a Orozco le había faltado el valor para llevar adelante el fusilamiento de Navarro oponiéndose el señor Presidente, o el señor Madero, con muy poderosas razones, había convencido a Orozco de que al referido jefe no se le debía fusilar. Y como tanto en un caso como en otro Orozco tendría que darme una explicación, armé de nuevo la guardia y luego me retiré hacia mi cuartel.

Allí permanecí aguardando a Pascual, de quien esperaba la explicación que antes indico, mas mi espera me resultó inútil: ni Pascual Orozco se presentó a verme, ni mandó siquiera alguien que me hablara.

Y aconteció después que como yo he tenido siempre buenos amigos en todas partes, al tercer día de estar yo aguardando en mi cuartel, supe por gente de mi confianza las más negras verdades de aquel su-

ceso. Me dijeron a mí que Pascual Orozco, esperando recibir cierto dinero de algunas personas enviadas por don Porfirio para tratar de la paz, se había comprometido con ellas a consumir el asesinato del señor Presidente; y que deseoso de estar en condiciones de realizar aquel intento suyo, había tramado venir en mi busca y exigir junto conmigo el fusilamiento de Navarro, pues sabiendo él que el señor Madero jamás lo consentiría, estimaba ése el mejor camino para desconocer al Presidente y para tenerme a mí propicio al desarrollarse los hechos.

Porque en verdad que era desconocer al señor Madero no acatar una orden suya. Y si yo, no habiéndola acatado, quedaba ya de parte de quienes lo desconocían, luego tendría que imitar la conducta de los demás, o tropezaría al menos con grandes embarazos para proceder de otro modo, cosa que entonces comprendí.

Me dijeron también lo siguiente: que a Orozco le faltó a última hora valor para cumplir en persona su compromiso, o para cumplirlo en todas sus partes, y que conociendo mi carácter arrebatado, y cuanto de mi carácter se puede esperar, concibió que hiciera yo el desarme de la guardia para que el señor Madero se imaginara que yo era el principal promotor del fusilamiento, y para que yo, mirando que nos negaba nuestros deseos y que venía a enfrentarse conmigo, disparara sobre él, con lo cual se consumiría su muerte, y todo quedaría hecho. Pascual Orozco, de ese modo, saldría limpio de toda culpa, y yo, Pancho Villa, aparecería como el verdadero y único asesino.

Fue aquella una trama muy perversa y muy sombría. Pero es lo cierto que Orozco se engañó en cuanto a mi persona. Ignorante yo de todo, no iba más que a pedir el fusilamiento de Navarro, y como según mi conciencia de hombre militar sólo manda bien el que obedece bien, yo iba obedeciendo órdenes de Pascual Orozco, que había asumido la jefatura de aquel acto nuestro. Por eso, mirando cómo él no me mandaba nada al encararse conmigo el señor Madero, ni daba paso para que el fusilamiento de Navarro se realizara, volví a armar la guardia del Presidente, no obstante que yo no tenía allí más que cincuenta hombres, y Pascual Orozco todas sus fuerzas; y me retiré a mi cuartel

sin que saliera una sola palabra de mi boca. Y pienso yo que acaso por esto se frustró del todo el atentado de Orozco contra el señor Presidente.

Según es mi memoria, la existencia de aquel negro complot fue luego cosa pública, y bien sabida, y muy notoria en Ciudad Juárez. Pero los hechos son como antes he indicado, y conforme a ellos ha de juzgárenos a cada uno y se ha de apreciar en cada uno nuestra responsabilidad. De lo que yo deba responder no me justifico. Es lo cierto que al lograrse nuestra victoria de Ciudad Juárez, que fue hermosa y grande, yo no sentía en mi ánimo los impulsos de la venganza, ni quería oscurecer el triunfo con castigos sanguinarios. Pero es la verdad que Orozco prendió en mí el justo deseo de proceder con Navarro como él había procedido con la gente nuestra, y que olvidándome yo de que ya había dado al referido jefe federal un cariñoso abrazo de concordia, no perseveraré en mi actitud de perdón y me dispuse a exigir su muerte. Y es también verdad que me sentí sumiso a la invitación de Pascual Orozco, y fui, al lado de él, propuesto a obtener del señor Madero que aquella muerte se nos concediera. Pero también digo que esto último fue creyendo yo que podíamos obligar al señor Madero a que nos otorgara lo que le pedíamos sin dejar por eso de seguir mirándolo como nuestro Presidente y como jefe de nuestra Revolución, ya triunfadora. Comprendo que en eso me engañé, o más bien, que dejé que la invitación de Orozco me engañara. Mas mi ánimo no cobija duda de que para mí el señor Madero era intocable, o sea, que yo desarmé su guardia pensando que así no tendría él fuerza para impedir el fusilamiento, mas no para atentar contra su persona, ni menos para consentir que nadie atentara. Según es mi parecer, al reflexionar ahora sobre aquel suceso, creo también esto más: si llevando nosotros adelante nuestro plan, es decir, el plan de que yo tenía noticia, no el complot de Orozco, el señor Madero llega a interponerse entre Navarro y mi fuerza, o entre Navarro y las fuerzas de Orozco, yo, Pancho Villa, a la cabeza de toda mi gente, me hubiera puesto al lado del señor Madero llegada la hora de decidir.

Aquella fue la verdad de cuanto entonces sucedió.

§ Tres días después de nuestra insubordinación, Raúl Madero, hermano del señor Presidente, se presentó en el cuartel de mis tropas.

Él me dijo:

—¿Qué sucede con usted? ¿Por qué no se ha aparecido por donde está Pancho?

Diciendo «Pancho» se refería a su hermano, el señor Presidente. Yo le contesté:

—¡Cómo por qué! Pues porque yo sí soy hombre de sentimientos y de vergüenza. ¿No sabe usted el crimen que iba a cometer Pascual Orozco, y cómo yo, inocentemente, anduve muy cerca de consumarlo con él?

El me respondió:

—Sí, pero todo eso lo hemos aclarado, y ya nadie duda de cómo hay en usted muy grande inocencia.

Entonces nos abrazamos, y así abrazados nos pusimos a llorar, yo mojándolo a él con mis lágrimas, y él mojándome a mí con las suyas.

Pasado aquello me expresó lo siguiente:

—Vámonos a la Aduana. Ahorita mismo le hablo yo a mi hermano Pancho.

Así lo hicimos. Nos dirigimos en seguida al referido edificio, que era donde posaba el señor Madero, y allí esperé que Raúl hablara con él. Cuando salió, sin tardar mucho, me dijo que el señor Presidente me esperaba.

Al entrar yo al salón donde se encontraba el señor Madero, él, levantándose de su asiento, vino a recibirme. Me cogió del brazo, como lo había hecho meses antes para pedirme el desarme de Salazar. Me dijo estas palabras:

—¿Tienes algo que decirme, Pancho? Ven y hablaremos a solas.

Sin soltarme del brazo me llevó con él. Le dije yo entonces:

—Señor Presidente, yo quiero entregar a usted todo lo que se halla a mi cargo, porque yo soy hombre de sentimientos y de vergüenza.

Y él me contestó:

—Bueno, Pancho, bueno. ¿Te parece que dejemos a Raúl al frente de tus tropas?

Estas fueron mis palabras:

—Sí, señor: lo que usted ordene. Pero con el fin de que mis tropas queden contentas y acepten y respeten a Raúl como jefe, deben ignorar que me separo de ellas para siempre. Si usted me autoriza les diré que me ordena usted salir al desempeño de una comisión, y que mientras yo esté ausente las mandará Raúl.

Él me añadió:

—Está bien, Pancho. Hazlo así. Dispondré que te den veinticinco mil pesos para que te pongas a trabajar.

Mas como yo le respondiera que no había defendido la causa por interés de dinero, sino sólo para conseguir con el triunfo las garantías que nos negaban a los pobres, o sea, que yo me retiraba a vivir de mi trabajo si las dichas garantías me las ofrecía él, puesto que la Revolución ya había triunfado, desde luego me las prometió.

Él me dijo:

—Pancho, esas garantías las tendrás tú, como va a tenerlas todo el pueblo. Yo te las prometo y yo te las cumpliré. Pero si no quieres tomar todo el dinero que te ofrezco, acepta a lo menos una pequeña cantidad. Voy a darte una orden para que te entreguen diez mil pesos.

Yo, resistiéndome todavía le indiqué que mejor me diera una carta orden para cobrar ese dinero de allí a dos meses, la cual me hizo él en el acto, toda de su puño y letra. En seguida llamó a Raúl y le dijo estas palabras:

—Ponle a Pancho el tren que quiere para irse. Recibe las tropas que estaban a su mando y haz que le entreguen diez mil pesos. Ve tú mismo a dejarlo a la estación.

Como también quería el señor Presidente que me llevara una escolta, le manifesté que sólo tomaría cinco hombres que me acompañaran y me despedí de él.

Saliendo de allí Raúl y yo, fuimos a que me entregaran el dinero, que decidí cobrar desde luego en obediencia a las últimas palabras del señor Presidente, y luego nos dirigimos al cuartel. Allí di a recono-

cer a Raúl ante mis fuerzas. Les dije a mis soldados que la comisión que el señor Presidente me confiaba duraría de quince a veinte días, y que mientras volvía yo, respetaran y obedecieran a Raúl Madero como jefe de ellos.

Me prometieron hacerlo así. Tomé los cinco hombres que habían de acompañarme. Nos dirigimos a la estación, con armas, caballos, monturas, y dotación de setecientos cartuchos cada uno. Como el tren ya estaba dispuesto, nos subimos a él. Y conforme me despedí de Raúl, salí por la vía de Casas Grandes hacia Pierson.

De aquel punto marchamos por tierra rumbo a Las Varas. De allí continué mi viaje a San Andrés, en otro tren que me dieron. En San Andrés, al saberse mi llegada, se me presentaron muchas esposas y viudas de soldados míos que me habían seguido en toda la campaña. Y como dichas mujeres no tenían qué comer, siendo de aquel pueblo, donde los vecinos habían dado todo lo suyo a nosotros los hombres revolucionarios, en el mismo tren mandé traer mil quinientos hectólitros de maíz de la hacienda que se nombra Hacienda de Ojos Azules y los repartí entre todos los pobladores.

De aquella distribución de bastimento di cuenta al señor Gobernador del Estado, don Abraham González, con lo cual terminó mi campaña de 1910 a 1911, pues a partir de ese día me dediqué sin interrupción a mis negocios particulares.



El asalto a la ciudad desde la ribera de El Bravo.

«JUAN NAVARRO»

«VERSIÓN»— Es la perspectiva personal que nos acerca a la mentira.

General Secretario de Guerra y Marina:

Tengo la honra de participar a usted lo ocurrido en el asalto de la Plaza de Ciudad Juárez por las fuerzas revolucionarias del C. Francisco I. Madero durante los días 8, 9 y 10 de mayo [de 1911] próximo pasado.

§ El efectivo con que se defendía la Plaza consistía en 875 hombres entre federales y auxiliares, pues aunque los documentos rendidos por las distintas corporaciones que tomaron parte en la defensa se desprende que había mayor personal, hay que deducir de éste los heridos de los combates de Bauche y del de Casas Grandes así como los enfermos que se encontraban en el Hospital y que ascendían a 186 hombres. El enemigo según datos proporcionados por el servicio de exploración y por otras fuentes, ascendía a 3 500 hombres al comenzar la acción; pero informes posteriores indican que durante el asedio, estuvo recibiendo refuerzos. Para mayor claridad me permito acompañar un croquis (*ver los mapas*) en que constan detalladamente las distintas fases del combate y las posiciones ocupadas por las fuerzas contendientes.

§ El día 8 de mayo a las 10:30 a.m. las avanzadas rebeldes situadas frente a las posiciones de la Plaza marcadas en el croquis con el número 1 [Mapa Zona «A»: junto a la «Acequia Madre»] rompieron sus fuegos contra un pequeño puesto avanzado situado sobre la margen derecha del Río Bravo. El fuego fue contestado por dicho puesto que se replegó sobre un molino situado en el flanco derecho de la mencionada posición número 1, que la ocupaban 50 hombres del 20avo batallón a las órdenes del capitán 1ero Agustín Estrada. Las avanzadas

rebeldes fueron reforzadas y dirigieron sus fuegos contra la fuerza del capitán Estrada, que con fuegos certeros contuvo el avance del enemigo durante una hora.

Mientras esto sucedía llegaron a la plaza el licenciado Toribio Esquivel Obregón y Oscar J. Braniff llevando una carta del señor Francisco I. Madero para el suscrito en que manifestaba que el ataque emprendido por sus fuerzas no había sido ordenado por él, sino que por el contrario ya lo mandaba suspender y me invitaba para que hiciera otro tanto con mis tropas; y esto mismo me lo confirmó el propio señor Madero por teléfono, en una conferencia que tuvimos. Accediendo a las invitaciones del señor Madero cuya buena fe era manifiesta, y atendiendo a razones de patriotismo por tener graves dificultades internacionales pues al mismo tiempo recibía una perentoria excitativa del coronel Steveer Comandante de las fuerzas americanas en El Paso, advirtiéndome en nombre del Gobierno del Presidente de los Estados Unidos que ya habían pasado varios proyectiles al territorio americano y pidiéndome no se repitiera el caso, convine en mandar suspender mis fuegos, habiendo obrado en igual manera el citado señor Madero, quien destacó de su campamento al C. Cástulo Herrera con bandera blanca para que cruzara a través de las líneas de fuego y comunicar a las órdenes respectivas en tanto que mis tropas suspendieron efectivamente los fuegos las del señor Madero no obedecieron sus órdenes sino que siguieron avanzando y sin ser hostilizadas, pudieron, aprovechando siempre la margen derecha del Río y los accidentes del terreno, flanquear a cubierto la mencionada posición número 1 pudieron los rebeldes ocupar la parte norte de la ciudad y posesionarse de ella, avanzando hacia el sur tuve necesidad de reanudar el fuego ante el avance amenazante del enemigo y con tal fin ordené que uno de los morteros ocupara la posición número 3 [Mapa Zona «C»: junto al «Cuartel Federal»] mientras el otro trató de flanquear el Río por el Noreste de la población, llevando ambos sus respectivas escoltas. El primero despejó el frente de su posición obligando al enemigo a retirarse al norte. El segundo logró desalojarlo de algunas casas del norte, teniendo él que replegarse hacia el centro, con

bajas en personal y ganado, por haber sido atacado rudamente por numerosas fuerzas.

Fue también rechazado el enemigo en un asalto que emprendió contra las posiciones 5, 6 [Mapa Zona «D»: junto al «Ferrocarril Central Norte de México»] y hacia el sur de la ciudad. Debo hacer notar que desde que se inició el ataque, de todas partes de la ciudad se estuvieron oyendo disparos y después he podido comprobar que desde varios días antes contaban los revolucionarios con más de 400 simpatizantes dentro de la población que había ofrecido hospitalizarlos tan luego como se rompiera el fuego. Los disparos a los que me refiero eran seguramente de dichos simpatizadores. También creo de gran importancia hacer constar que desde el día siete, cortó el enemigo el agua de las acequias que cruzan la ciudad y que al empezar el día ocho el fuego, quedaron cortados los hilos conductores de energía eléctrica y sin movimiento el motor de la bomba que surte de agua a la población; así pues desde el primer día de combate se careció completamente de agua. Toda la tarde y toda la noche de ese día se estuvo combatiendo habiendo conservado nuestras posiciones. A las 12 de la noche recibí al señor Roque González Garza, quien como parlamentario debidamente autorizado, me proponía una capitulación que no acepté.

§ A las 4 a.m. del día 9 el enemigo intentó un nuevo y vigoroso asalto contra las posiciones 5, 6 y «h» [Mapa Zona «D»: «Escuela 29»] pero fue rechazado con grandes pérdidas por la ametralladora y la infantería que ocupaba dichas posiciones. Desde ese momento el fuego se hizo general en toda la línea de defensa; a las 10 a.m. el ataque se recrudeció contra las posiciones. Pero fue también rechazado con grandes pérdidas para el enemigo que fue perseguido por el fuego de un mortero hasta gran distancia. A la vez, el enemigo que se había posesionado de las casas vecinas a las posiciones «b», «c», «d» [Mapa Zona «C»: «b: Jefatura de Armas». Y Zona «B»: «c: Teatro Juárez», «d: Cuartel 14º Regimiento» respectivamente] y 7 [Mapa Zona «D»: junto al «Cuartel General»] nos hostilizaba tenazmente con fuego de fusilería y bombas de dinamita. El fuego activo y eficaz de un mortero

hizo grandes destrozos en dichas casas ocasionando al enemigo terribles pérdidas; pero careciendo de personal necesario para ocupar las posiciones de que era rechazado el contrario, al cabo de poco tiempo volvían nuevos enemigos a reocuparlas. La iglesia, la cárcel y la jefatura política, fueron también terriblemente asediadas por el fuego del enemigo desde las casas vecinas, fueron bombardeadas dichas casas y el enemigo fue obligado varias veces a evacuarlas con grandes pérdidas. Nuevos y numerosos esfuerzos venían a ocupar los lugares batidos, haciéndose más difícil conservar nuestras posiciones que sin auxilio ninguno eran sostenidas por nuestras tropas a las cuales hostilizaba un fuego cada vez más nutrido.

Durante todo el día se combatió sin descanso por todas partes teniendo necesidad de separar los dos morteros con que contaba para acudir a las distintas posiciones conforme eran más duramente atacadas. Entre tanto habían transcurrido dos días y ninguno de los defensores había comido ni bebido y la situación se hacía más difícil a cada momento. La tarde de este día, murieron en el combate el coronel Manuel Tamborel y el capitán 1ero José L. Guerra. La noche se pasó combatiendo tenazmente.

§ Amaneció el día 10, el Cuartel del 14eavo Regimiento había sido abandonado en la imposibilidad de poderse sostener pues estaba completamente rodeado por fuerzas contrarias y dominado por sus fuegos. La posición 7, es objeto de un fuerte ataque, retirándose la fuerza que la defendía, así como la que ocupaba las posiciones «b» [Mapa Zona «B»: «Jefatura de Armas»] y «c» en vista de la gran superioridad numérica del asaltante. Las tropas que ocupaban la posición 7 se replegaron al Cuartel General pues recibían fuegos hasta por la retaguardia, de las casas atrás de ellas que ya estaban ocupadas por el enemigo. Todo el ataque de este lado se concentró en el Cuartel General, que era abatido por todas partes. El ataque de todas estas posiciones fue ventajosamente ayudado por el uso de bombas de dinamita, que el enemigo constantemente arrojaba sobre ellas. Para impedir que cortaran mis fuerzas y más fácilmente las batieran en detalle, las

concentré en el Cuartel Federal [Mapa Zona «C»] pues la situación se agravaba por momentos y ahí tenía el depósito principal de municiones y existía un pozo asolvado que se creyó pudiera dar alguna agua escarbándolo, aunque no fue así. La concentración tuvo lugar a las 9 a.m. la gente estaba ya agotada por el cansancio, el hambre y la sed. La posición estaba rodeada por los asaltantes. El número diez veces mayor que mis efectivos de combate; hacia el norte, quedaba la frontera americana y por los demás puntos el desierto; además la mulada de artillería y de transportes que estaban en un corral cercano al cuartel, habían caído en poder del enemigo, una retirada era imposible.

Las fuerzas que combatían en las posiciones «i», «j», «q» [Mapa Zona «C»: «i: Iglesia» / Mapa Zona «A»: «j: Cárcel pública» / Mapa Zona «C»: «q: Jefatura Política», respectivamente] se concentraron igualmente en esta última posición habiéndose defendido hasta última hora a las inmediatas órdenes del jefe político de la población C. coronel Rafael García Martínez, que combatió con denuedo durante los días del combate. El ataque llevado a cabo por todos los grupos, y auxiliados por nuevas fuerzas era cada momento más tenaz, por nuestra parte los soldados faltos de fuerza física y moral, hacían los últimos esfuerzos de que eran capaces; ante tan tremenda situación, sólo quedaba el sacrificio de mi persona y a las 2:30 p.m. me rendí a discreción para evitar el sacrificio inútil de mi gente.

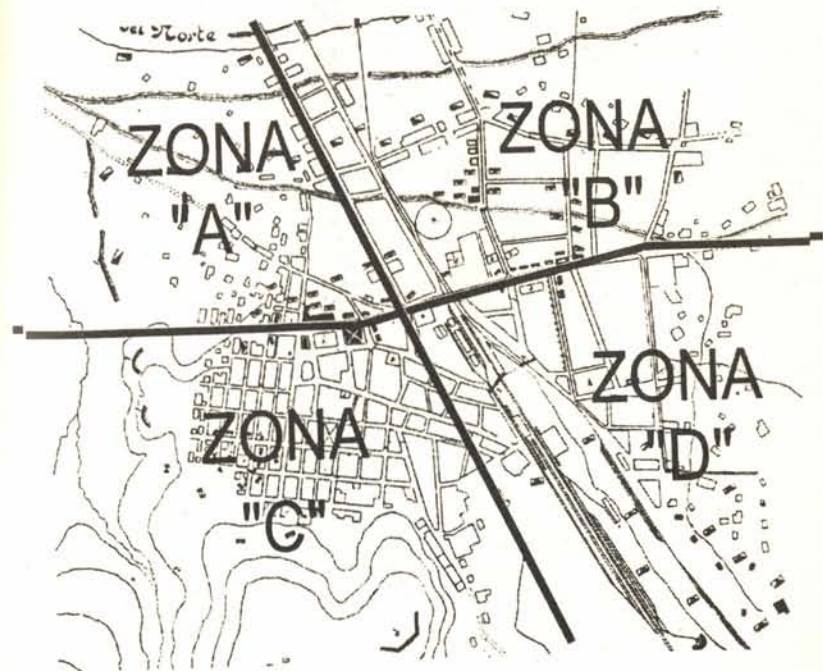
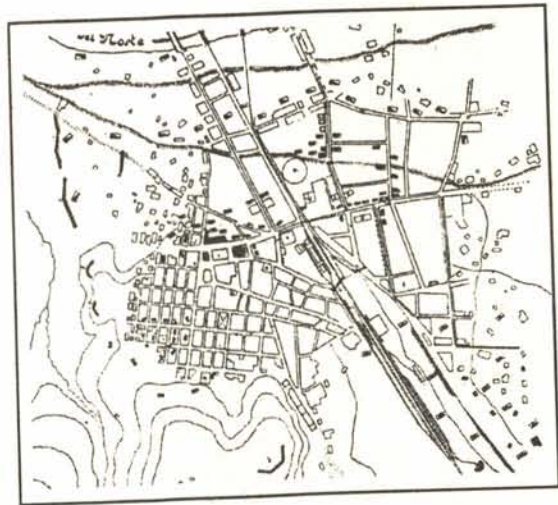
Todos los jefes, oficiales y tropa cumplieron con su deber batiéndose bizarramente hasta los últimos momentos.

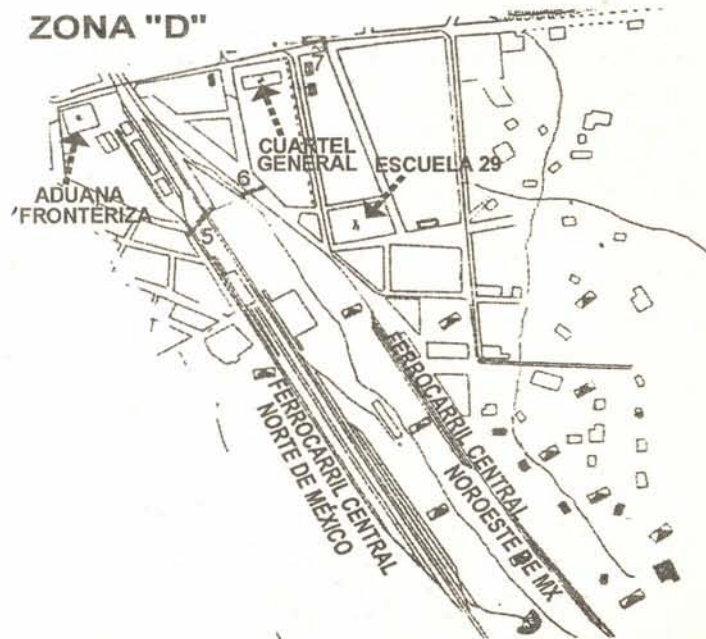
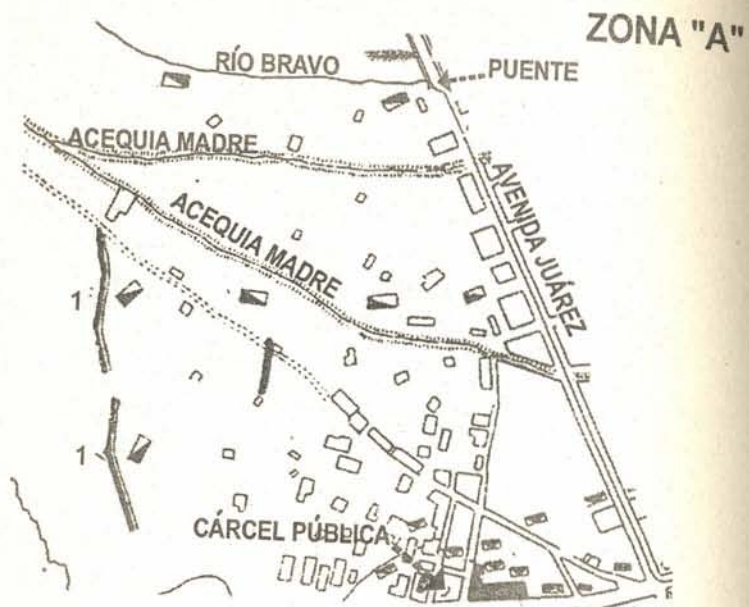
Las pérdidas de mis tropas son las que constan en la documentación adjunta, siendo de advertir que sólo se han hecho constar como muertos, aquellos de que se pudo tomar nota exacta, siendo de creerse que haya habido muchos más. Las pérdidas del enemigo según datos de distintas fuentes ascienden a más de 400 muertes y de 200 heridos.

Tengo el honor, mi general, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.

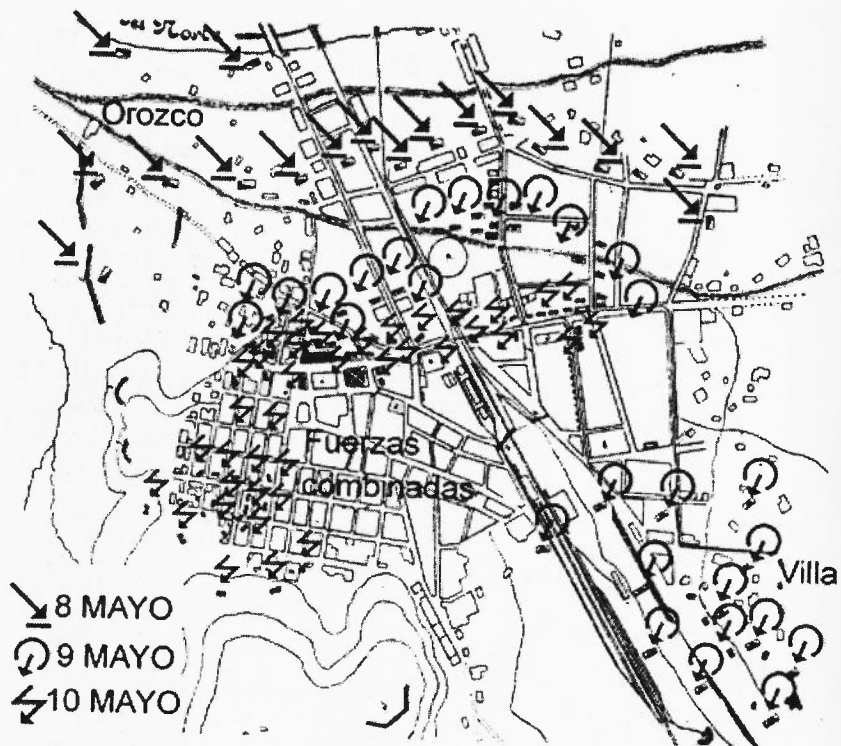
Libertad y Constitución, El Paso, Texas, 8 de junio de 1911.

La toma de Ciudad Juárez en mapas





El ataque revolucionario por días



«RAFAEL AGUILAR»

El olvido es el verdadero sudario de los muertos.
—George Sand

El día 6 de mayo a las 12 expira el plazo del prolongado armisticio que celebraron don Francisco I. Madero y el general Navarro. El representante oficial del Gobierno de México, señor Carvajal, contesta al señor Vázquez Gómez que no es posible acceder cerca de Chihuahua, sin resolverse a atacar, y que tuvieron que retirarse después, pasando por Casas Grandes, que tomaron ahora con gran facilidad, por no haber fuerza federal, dirigiéndose en seguida sobre Ciudad Juárez, donde comenzaron a iniciarse las negociaciones de paz. Las fuerzas de Madero venían ahora con artillería: dos cañones; uno de manufactura netamente nacional y otro con sus pretensiones de extranjero. Según confesión de los señores Benjamín Aranda y Rafael Rembao, que trabajaron en el primer cañón, ellos tuvieron la idea de construirlo marchando a los talleres de Madera, con la autorización respectiva. Una vez que iniciaron sus trabajos, el señor Garibaldi llegó con una legión de americanos y con Raúl Madero, comenzando a construir otro cañón y siguiendo el mismo camino que antes indicara el mecánico Aranda. Aun suponiendo que el señor Garibaldi no hubiera seguido en la construcción del cañón el camino que antes hubiera marcado el maestro Aranda, el hecho de haberse construido dicha pieza bajo un plan enteramente distinto, prueba que don José Garibaldi desconoce el arma en la que dice ser perito, pues era complicar demasiado el servicio de la artillería tener dos piezas que diferían tanto en sus construcciones balísticas. La obra del modesto mecánico Aranda es digna de todo elogio, porque revela el empeño que este señor tuvo siempre por el triunfo de la causa, aunque su trabajo no estuviera ajustado a las reglas técnicas de construcción, que por otra parte no tenía por qué conocer el señor Aranda, pues su trabajo siempre había sido bien distinto.

§ El lugar escogido por el señor Madero para establecer su vivac fue el mismo en que estuviera Orozco dos meses antes. Sitio bastante árido, carente de toda clase de elementos; lo que implicaba un gasto enorme para la manutención de las tropas que se consumían allí casi sin necesidad de empeñar ningún encuentro con el enemigo. El armisticio celebrado entre don Francisco I. Madero y el general Navarro, permite la entrada libre de los elementos necesarios para el sostenimiento de las fuerzas rebeldes. Las negociaciones de paz se llevan a cabo en la intimidad de la familia Madero de los representantes tanto oficiales y officiosos de ambas partes, y de algunos jefes revolucionarios, a pesar de la impaciente ansiedad pública por reconocer de modo oficial las exigencias del señor Madero, que debían ser las mismas que la nación deseara. Entre tanto las fuerzas rebeldes vivaqueaban en el árido lomerío que se extiende al oeste de Ciudad Juárez, a orillas del río Bravo, presentándose a la curiosidad y crítica del pueblo americano, ávido de escudriñarlo todo. El vivac, que constituía para el soldado rebelde un motivo de desesperación y de fastidio, dada la alternabilidad climática y la inacción en que se encontraba, era un sitio de solaz para las familias americanas de El Paso, al grado de parecer, mejor que un campo de operaciones militares, una romería de algún santo milagroso. Durante esta romería se tomaron vistas de diferentes grupos de rebeldes; trabajo que constituyó un negocio para el insaciable mercantilismo yanqui...

§ El tiempo para las negociaciones de la paz se alargaba con gran descontento público. El señor Madero estrechó la solidaridad que entre él y sus segundos debía existir, afirmándolos en sus posiciones militares. Con este fin se verificó una ceremonia en la que fueron ascendidos Pascual Orozco a general de Brigadier, sin méritos que justificaran este ascenso, después de habersele hecho coronel al retirarse de Ciudad Juárez, desobedeciendo la orden del mismo señor Madero, para que reconociera como jefe al señor de la Luz Soto; José Garibaldi a coronel por la parte que le correspondía en la derrota de Casas Gran-

des; Eduardo Hay a teniente coronel, por la misma causa; a mayores sin más trámites, Raúl Madero y Roque González Garza. Hubo otros nombramientos que, dadas las condiciones de los que se acaban de señalar, aparecen con más fundamento.

§ En la noche de este día el ex-capitán Cárcamo del Ejército Federal, propone atacar Ciudad Juárez, manifestando estar de acuerdo con su primo Donaciano González, oficial del 20 Batallón, quien se pasaría con su gente a las filas maderistas, siendo este hecho el inicial del asalto, el señor Madero accede a los deseos del capitán Cárcamo, pero el señor Pascual Orozco se opone, y el plan fracasa. El día 7 de mayo se sucede en aparente absoluta calma. El señor Madero convencido de la inutilidad del ataque a Ciudad Juárez, decide hacer una marcha triunfal al interior de la República hasta llegar a la ciudad de México; pero esta vez su palabra no logra convencer a sus valientes soldados, quienes preocupados con, el fracaso que su retirada implicaba, y sintiendo un principio de honor militar, manifiestan su intención de efectuar el ataque aun sin la orden del señor Madero. A tal grado llegó la insistencia de la tropa, que don Francisco accedió a sus deseos, y a las 10 p.m., se tomaban en el campo rebelde las medidas necesarias para efectuar el asalto. Una edición del *Morning Times*, anunciando que el Presidente Díaz estaba dispuesto a retirarse, tan pronto, como la paz se restableciera, hizo que el señor Madero ordenara la suspensión del ataque sobre Ciudad Juárez, y entró de nuevo en negociaciones de paz, manifestando su acuerdo en celebrar un nuevo armisticio con el general Navarro.

Inesperadamente se rompió el fuego entre pequeños grupos de rebeldes que avanzaban sobre Ciudad Juárez, y los defensores de la plaza, la mañana del 8 de Mayo. El señor Madero telefoneó al general Navarro para que no hiciera fuego sobre esos pequeños grupos que sin su orden iniciaban el asalto de la ciudad, pero cada vez aumentaban los asaltantes, y no hubo fuerza capaz de contenerlos. Quizá, quizá los comandantes de la defensa de Juárez comprendieron que el asal-

to no se continuaría, suponiendo que el señor Madero era capaz de someter a su gente. Se equivocaron: más de 300 hombres se abalanzaron sobre la ciudad, justamente sorprendida, y tomaron posesión de algunas casas. Entonces comenzó la fuerza federal a rechazar el ataque. El señor Madero no pudo contener a su gente, a pesar de haber ordenado que fusilaran a los que no lo obedecieran. Vaciló varias veces antes de decidirse a hacer un ataque general. Sus principales ayudantes le aconsejaban que atacara, en vista de estar comprometidos muchos de sus hombres, y el ataque general se inició en la madrugada del día 9 de mayo.

Entre tanto, la situación de la defensa era crítica, un capitán, faltando al honor militar, abandona su puesto y queda una entrada libre para los rebeldes. El coronel Tamborrel hace esfuerzos heroicos para rechazar el asalto, pero las condiciones son cada vez peores. El ilustre fortificador mexicano, fiado quizá en la fidelidad de la tropa, no hace sino una defensa, que en verdad, era suficiente contando con ese factor. Por desgracia los soldados y aún algunos oficiales, descontentos con su jefe el general Navarro, no estaban dispuestos a combatir. La sentida muerte del maestro Tamborrel quita a la defensa lo que pudiera llamarse su alma, y el general Navarro se muestra incompetente para continuar las operaciones. Aglomera a sus soldados en el cuartel, desoye la súplica de sus oficiales que le aconsejaban evacuar la plaza ante la insistencia de la tropa de no hacer fuego.

El día se pasa en especulación. Por fortuna para la defensa, la artillería rebelde no es temible. El notable cañón que construyera Garibaldi, se inutiliza volando el cierre después de unos cuantos disparos, y el del mecánico Aranda, aunque funcionó bien, no estaba en condiciones balísticas que aseguraran su tiro.

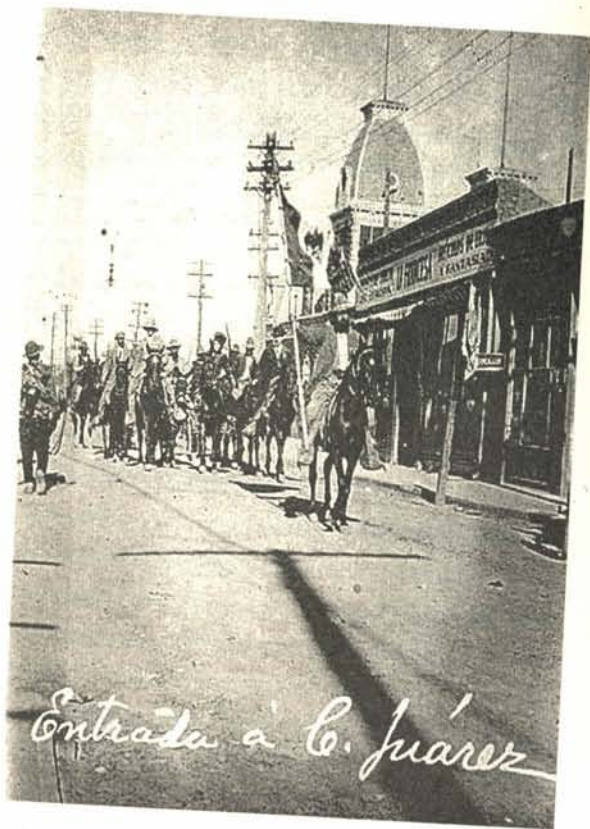
Con gran sorpresa se sabe el miércoles 10 a la 1.52, que el general Navarro se ha rendido con su Estado Mayor y 400 soldados, entregando al enemigo el armamento intacto y una enorme cantidad de cartuchos. Apenas puede creerse la noticia de la caída de Juárez, y la única causa que resalta evidente es la ineptitud completa del general

Navarro; ahí está como precioso testimonio, el grupo de oficiales, que con lágrimas de sangre; le pedían a su jefe que no se rindiera, que se retiraran 24 horas antes.

La caída de Ciudad Juárez no puede considerarse sino como un triunfo moral y material para la Revolución; bajo ningún concepto puede ser un triunfo militar. Muchos factores deben tenerse en cuenta para poder juzgar y comprender un hecho, que en verdad llama la atención, pues nadie, excepto los ignorantes, creía que pudiera tomarse con una fuerza de 1,500 hombres indisciplinados, una plaza defendida por una guarnición de más de 700 hombres, contando con un perito en defensa de plazas, el extinto coronel Tamborrel, y con artillería y teniendo una vasta existencia de parque.

Al día siguiente de la toma de Ciudad Juárez, los aparadores de las casas de comercio de El Paso, lucían como adorno, lo que nunca debió haber permitido el señor Madero que saliera del territorio nacional: armas, insignias, kepiés, etc., etc., objetos todos pertenecientes al Ejército de la República, propiedad de la Nación, que debían conservarse como reliquias sagradas, o en último caso destruirse, si en algo se estima a nuestro glorioso ejército.

La Revolución Mexicana llega por el norte



El 10 de mayo de 1911 los rebeldes toman una plaza primigenia y trascendente en los procesos de la Revolución, luego de una batalla intensa y cruenta.

GIUSEPPE GARIBALDI

Pronto lo olvidarás todo, pronto serás olvidado.
—Marco Aurelio

Hablando en términos generales, el Ejército Insurgente es un cuerpo de pobres soldados, en el sentido estricto de la palabra; pero ofrece un ejemplo notable de la iniciativa individual. Ellos mismos se proporcionan sus caballos y armas y no reciben ni piden sueldo alguno. Están dispuestos a comer cualquier cosa que puedan conseguir, y generalmente se han alimentado de carne fresca obtenida con la matanza de reses en el campo, frijoles y tortillas. En las marchas, siguiendo a sus capitanes, se forman naturalmente de dos en dos, formando así compañías; y esos grupos o compañías, que van unas en pos de otras, constituyen una columna.

En el cumplimiento de sus deberes, que les asignan sus jefes, cada uno puede obrar por su propia cuenta, según lo juzgue mejor, y la fidelidad con que cumplen estos deberes individuales es lo que hace tan eficaces los combates. No hay ebrios entre ellos, y el juego no se conoce en sus filas.

Si el plan de ataque, adoptado al principio por los jefes, se hubiese llevado a cabo, sin la interrupción ocasionada por las negociaciones de paz que se interpusieron; la captura de Ciudad Juárez por esta fuerza desorganizada habría sido un notabilísimo hecho militar. Por la tardanza de las negociaciones de paz el comisario no estaba preparado para afrontar las necesidades del ejército, y la ociosidad de la vida de campamento desorganizó rápidamente a la gente, y cuando llegó la suprema prueba de obediencia, la orden del general Madero, de abandonar el ataque sin dejar que los hombres fuesen sacrificados en la ciudad, se dio la orden de avanzar.

§ En la mañana del lunes 8 de mayo, la primera línea de las trincheras enemigas, situada cerca de la ribera del río, arriba de la ciudad y la

mitad del camino del bosque en donde se celebraron las conferencias de la paz, fue rota por un grupo de hombres que prefirieron desobedecer las órdenes del general, de retirarse de Ciudad Juárez y continuar la campaña más al sur, en donde no hubiese peligro de complicaciones con los Estados Unidos por hechos de guerra que pusiesen en peligro a los ciudadanos americanos. Estos hombres, entre quienes había algunos pertenecientes a la legión americana, ocuparon en las afueras de la población, posiciones que no podían abandonar sin exponerse a un fuego mortífero del enemigo.

El plan de ataque que había sido adoptado por los jefes antes de la orden de abandonar el asalto, consistía en entrar en la ciudad por el oriente y por el poniente, a lo largo de la ribera del río, dividiendo, al mismo tiempo, la atención de las fuerzas del general Navarro por un ataque simultáneo por el sur de la ciudad. Este plan tuvo que ser modificado cuando estos combatientes independientes siguiendo unos tras otros en pequeños grupos, penetraron a la población a lo largo de la ribera del río, de poniente a oriente, y se posesionaron de los abrigos que allí había, tales como los extremos del puente, los terraplenes del ferrocarril, las fosas del riego y las pequeñas chozas de adobe que estaban cerca del río.

Comprendiendo la inutilidad de los esfuerzos para retirar esos hombres después de haber avanzado tanto, sin los oficiales que los mandaban, los jefes militares discutían en el campamento un plan general de ataque inmediato; pero los consejeros del general Madero deseaban que llamase a su gente y continuasen las negociaciones de paz. El consejo de sus hombres de combate prevaleció al fin, y a las ocho de la noche, cuando llegaron noticias desconsoladoras de la ciudad de México, acerca de Díaz para interpretar el anuncio de su renuncia, el general Madero nos dio la orden final de atacar. Al frente de aquéllos de mi columna, que no estaban ya en las afueras de la población, y con la gente de Pascual Orozco, avanzamos con unos seiscientos hombres hacia arriba de la ribera del río, siguiendo la línea que habían tomado los que se habían abierto paso durante el día y a las once de la noche

del lunes estábamos en posesión de 3 ó 4 cuadras de la antigua ciudad. Al mismo tiempo Francisco Villa con su gente atacaba la ciudad por el sur.

Bajo el punto de vista militar, la ciudad de Juárez no puede sostenerse contra un enemigo que tenga el mismo número de fuerzas, aun haciendo a un lado el hecho de que el jefe federal, general Juan Navarro, no podía tener en sus hombres la confianza que nosotros podíamos tener en los nuestros. Navarro por lo tanto, tenía que conservar a sus hombres en cuerpos compactos, en vez de destacarlos en pequeñas unidades eficaces para hacer frente a los métodos de ataque que podíamos seguir nosotros gracias al entusiasmo, fidelidad e iniciativa de nuestros hombres.

El general Navarro había construido barricadas en los extremos de las calles principales, formando así una línea continua de antrinchamientos alrededor de la parte principal de la ciudad; pero no contaba con la facilidad con que pudimos obligarlo a retirarse al circo de toros, al parque Cow Boy, la iglesia y los cuarteles en donde podían mantener a sus hombres unidos en grupos compactos.

En unión del general Pascual Orozco me pasé la noche del lunes estudiando las posiciones enemigas, y con él me dirigí hacia el ala izquierda de nuestras fuerzas, situada directamente en frente del cuartel general del coronel Tamborrell, quien tenía perfectamente atrinchado el circo de toros, el parque Cow Boy y su cuartel. Observando que nuestros soldados estaban rodeando gradualmente estas posiciones desde nuestra extrema izquierda, mandada por el mayor José Orozco, de mi columna, yo en unión del mayor Raúl Madero y de mi Estado Mayor, me dirigí al centro de nuestras líneas. Nuestra gente había avanzado mucho en esta línea, y encabezada por la compañía americana que se portó con extremado valor, estaban progresando gradualmente abriéndose paso a través de los edificios en una oblicua a nuestro centro hacia nuestra derecha, cerrando así alrededor de las principales posiciones del general Navarro, la iglesia y la prisión.

Este avance por el centro de la ciudad se efectuó, no exponiendo a nuestros hombres a fuego descubierto, sino abriéndonos paso con barretas a través de las paredes de adobe y trabajando gradualmente hacia adelante, casa por casa y cuadra por cuadra. Para la toma de la Ciudad Juárez nos habíamos proporcionado 300 barretas, de dos y medio pies de largo, de acero, de tres cuartos de pulgada, terminadas en punta por uno de sus extremos, y en forma de cuña por el otro, para escarbar y horadar las paredes de lodo seco, de 12 a 18 pulgadas de espesor.

Cada uno de los destacamentos llevaba, además de sus armas y municiones, una cantidad de barretas y de granadas de mano fabricadas aquí. Mientras algunos ocupaban los techos y disponían de los tiradores federales desde los edificios contiguos, otros abrían agujeros en las paredes de adobe y los demás fumaban cigarros, comían lo que se podían encontrar, o divertían a los que trabajaban, proporcionándoles música de guitarra, de fonógrafos, de pianos automáticos o de cualquier otra clase de instrumentos que pudieran encontrar en las casas. Nunca el peligro pareció estar presente para ninguno de estos hombres intrépidos.

§ El martes fue un día de preparación tomando posiciones muy avanzadas para el asalto final. El rudo ataque sostenido por nuestra izquierda contra las posiciones del coronel Tamborrell, obligó a éste a abandonar el circo de toros y el parque Cow-Boy. Yo no presencié la muerte del coronel Tamborrell, que ocurrió durante la retirada de su gente hacia su cuartel general; pero me informaron que murió combatiendo, después de saltar de una ventana para conducir a su gente a posiciones más seguras.

En el acercamiento de nuestra gente a la iglesia se colocaron de tales condiciones que creyeron que podían obligar a los federales, que ocupaban la iglesia y la cárcel, a retirarse, sacándolos por medio de fuego —en su forma ordinaria— y en la tarde, el martes, la oficina de correos, al otro lado de la calle en que está la iglesia, fue incendiada

con petróleo y granadas de mano. Varios fuegos iluminaron la ciudad durante toda la noche del martes: unos producidos por los federales en su retirada, y otros, producidos por nuestra gente en su avance.

Debo aquí observar algo que no pasa en ningún ejército. Como nuestra gente no estaba provista como debiera, por el comisario, de agua y alimentos, se vio obligada, después de ocho o diez horas de combate, a marchar al campamento, distante unas dos millas, para tomar un bocado y algunas horas de descanso; pero esto se hacía con tal regularidad y en tan pequeños grupos, y tan constantemente, que la línea de tiradores no se resentía por la ausencia de estos hombres.

El ala derecha bajo las órdenes del valiente mayor Amaya, de la columna del coronel Blanco, y el capitán Terrazas, penetraron a lo largo del flanco derecho, con lento pero acompasado movimiento, en armonía con el movimiento general de nuestra línea de combate; pero no consiguieron cortar la línea de comunicación de la iglesia y la cárcel con el cuartel principal, en donde se verificó finalmente la rendición. Pero sí consiguieron rodear de poniente a norte estas dos posiciones; y cuando el centro avanzó en su movimiento oblicuo hacia la derecha, la iglesia y la cárcel fueron completamente rodeadas por el sur, oriente y norte, dejando libre la única posible retirada de los federales al cuartel principal a donde el general Navarro, con el resto de sus fuerzas, se había retirado más temprano en el mediodía del miércoles.

En este último movimiento pudimos notar la diferencia en la conducta de los diversos cuerpos que formaban las fuerzas federales. Los soldados regulares se batían con apatía, obedeciendo estrictamente las órdenes: pero sin poner en juego su iniciativa personal. Los otros, voluntarios y rurales fueron los que nos dieron más quehacer, siendo de hecho la misma clase de hombres que nosotros teníamos. Cuando los regulares abandonaban una posición estos voluntarios la sostenían hasta el fin, y el chasquido de los automáticos siempre nos recordaba que no era un soldado regular el que allí se batía, sino un voluntario.

No puedo hacer una relación clara de la acción de la columna del coronel Villa, que atacaba por el sur. Me informaron que después de reunirse con nuestro flanco derecho su gente apoyó la ventaja obtenida por nuestro centro y se unieron en el avance al rodear la iglesia y despejarla de federales en la mañana del miércoles.

Después del abandono de la iglesia hubo un silencio de una hora y circuló el rumor de que Navarro se había ido a las montañas con todas sus fuerzas. Cuando tratábamos de comprobar esta versión fuimos recibidos por el fuego de su gente, situada en los últimos cuarteles. Tomando a los hombres que pude reunir, y creo que la mayor parte de ellos pertenecía a todas nuestras fuerzas, pero eran mucho más de 300, nos abrimos paso, gradualmente a través de las 4 ó 5 cuadras que había entre la iglesia y el cuartel y nos apoderamos de los edificios que están a ambos lados. Poco antes del mediodía teníamos en nuestro poder todos los edificios que enfrentaban directamente con el cuartel y nuestro ataque fue auxiliado por el más pequeño de nuestros dos cañones que lanzaba bombas de tres pulgadas en dirección del cuartel.

§ Una de las escenas de los tres días de combate fue la de los 40 indios tarahumares que se habían quitado sus ropas civilizadas para poder luchar con mayor eficacia, llevando cada uno además de su arco y su flecha un máuser. Vinieron a apoyar el cañón que fue puesto en posición a dos cuadras del cuartel. Teníamos ahora aspilleras que miraban al cuartel de tal modo que solamente la calle, entre los edificios de adobe, nos dividía de los federales y en este momento entró en juego la eficacia de las granadas. Estos mortales instrumentos —algunos de ellos hechos de cajas de hoja de lata envueltos en cuero y cargados de hierro viejo y de cartuchos de dinamita con minas de tres pulgadas— podían fácilmente tirarse desde el interior de los edificios que ocupábamos al interior del cuartel.

Mi cocinero que había estado presente en la batalla, desde su principio se ofreció a acercarse al exterior de las paredes del cuartel siem-

pre que cubriéramos su avance con el fuego de nuestros rifles, a fin de poder tirar las granadas dentro del cuartel. Este posible sacrificio no fue necesario porque, de repente, se escuchó el grito de nuestra gente que decía «bandera blanca», lo que hizo cesar el fuego, salió entonces de la puerta del cuartel un emisario, cubierto con una bandera blanca, quien me trajo una nota del general Navarro con la súplica de que la hiciera llegar a su destino. Esta nota estaba dirigida al Sr. Esquivel Obregón, uno de los comisionados de paz, pidiéndole urgentemente una entrevista. Considerando el momento importuno para la suspensión de hostilidades, y encontrándose el señor Obregón en El Paso envié al general una nota pidiéndole su inmediata rendición, prometiéndole que sería tratado con toda clase de consideraciones. Su mensaje se lo devolví con el mismo enviado informándole que sólo le daría cinco minutos antes de reanudar el combate. Pasaron los cinco minutos, no se recibió ninguna respuesta y nosotros reanudamos el ataque. El general Navarro aceptó las condiciones y dos veces trató de izar la bandera blanca, pero nuestros tiradores otras tantas veces cortaron la soga con balas, cuando aquélla comenzaba a subir. Por fin el trapo blanco apareció sobre el parapeto.

El general Navarro dijo después que cuando vio la imposibilidad de izar la bandera blanca, trató de buscar un voluntario que me trajese su respuesta, pero sus hombres se rehusaron. Cuando nuestro fuego se fue calmando al aparecer la bandera blanca al pie del asta bandera, se abrió la puerta principal y el mensajero salió corriendo con la respuesta del general federal. Yo tenía aún esta nota en las manos cuando apareció en la puerta el general Navarro acompañado de su Estado Mayor y, sin aguardar a leer su nota, acompañado de Raúl Madero que entró por otra calle, y que había estado lineando el cuartel por el lado de la esquina y algunos de mis oficiales, me apresuré a salir al encuentro del viejo guerrero, felicitándole por su espléndida defensa. Estrechándome la mano el general hizo la rendición.

«MÁXIMO CASTILLO»

«VERSIÓN»— Es la perspectiva personal que nos acerca al olvido.



Arrastrados por mulas y encimados unos sobre otros, aquellos que quisieron cambiar su mundo, a un paso de la morada final.

De la estación Bauche seguimos al rancho Flores por tierra. El día 21 fuimos al río y se formó el campamento en la orilla del río y la línea divisoria [de Ciudad Juárez] frente a la Esmelta.

Ahí permanecemos algunos días, conferenciando el señor Madero con los delegados de Porfirio Díaz. No habiendo tenido resultado las conferencias, el día 7 de mayo el señor Madero ordenó que nos retiráramos, que no le convenía atacar Ciudad Juárez porque podía provocar la intervención de Estados Unidos. Esto, Orozco, Villa y demás oficiales no lo vieron con agrado, todos protestaban contra la retirada, pero el señor Madero insistió en que nos retiráramos. Se movió el campo del señor Madero, pero ninguno de los demás campos hacía preparativos de salida.

Orozco y Villa se ocultaron, y al oscurecer Villa me habló que mandara al señor Madero custodiado con una poca de gente, y que apartara diez de mis hombres, de los que yo creyera mejores, para que le dieran la mano, que al amanecer iban a atacar Ciudad Juárez, que él y Orozco no se iban sin atacar. Quedé entendido. El señor Madero y yo seguimos buscando a Orozco y Villa para que movieran sus campamentos, pero fue inútil, los buscamos pero éstos permanecían ocultos.

A las ocho de la noche le llegó un telegrama al señor Madero, inventado por alguno de los jefes revolucionarios, en el que daba aviso que en aquellos momentos acababa de hacer renuncia Porfirio Díaz; con ese motivo no nos movimos del campamento.

A las siete de la mañana del día 8 se recibió un telegrama desmintiendo la renuncia de Díaz.

A las once de ese mismo día, al ver la gente la oposición del señor Madero, cuatro soldados rompieron fuego —contestando los federales—, luego le siguieron algunos más. Cuando el señor Madero supo que ya estaban atacando se indignó mucho y mandó ordenar que se suspendiera el fuego con orden de fusilamiento a los que no obedecieran. Mandó un hombre con bandera blanca que entrara a Juárez y le dijera a Navarro que suspendiera el fuego, que él iba a retirar a la gente; pero no fue posible que el de la bandera entrara a Juárez; tanto el enemigo como los compañeros le hacían fuego. El señor Madero trabajó mucho en persona para detener a la gente, pero ya fue imposible, por distintos rumbos entraban grandes grupos de revolucionarios.

A las tres de la tarde, viendo que era imposible detener la gente, dio orden de que siguieran atacando, que emplazaran los cañones y que se les dijera a Orozco y a Villa que dirigieran bien el ataque. Se combatió día y noche, hasta que el día 10 de mayo de 1911, a las dos de la tarde, se rindió la plaza.

Hubo como doscientos muertos de una parte y otra. Se hicieron seiscientos prisioneros, algunos cañones de montaña y ametralladoras. Al general Navarro y a todo su Estado Mayor se les detuvo en una pieza que habitaba el señor Madero; se me ordenó que me hiciera cargo de ellos y me advirtió que mi vigilancia a los presos era más con el fin de que no fuera alguno de nuestros compañeros a cometer algún abuso con ellos, que se les tratara con respeto y honor.

§ Pasaban los días. Fue un día, como a las diez, cuando llegué a la comandancia escoltando al señor Madero con diez hombres; allí tenía yo otros diez hombres para relevar los que iban conmigo. Observé al llegar que había algunos soldados armados y formados; y más llegaban de los cuarteles de Villa y Orozco. Creí que se trataba de alguna reunión.

El señor Madero entró a la comandancia, que servía de Palacio Presidencial, donde ya lo estaban esperando. Seguí yo dando órdenes a la guardia, cuando en esos momentos Villa me habló:

—Compañero, forme aquí con mi gente; lo necesito.

—Muy bien —le contesté.

Y se retiró. Luego entró a la comandancia; yo me acerqué a un oficial que tenía su tropa formada.

—¿De qué se trata aquí? —le pregunté.

—No sé señor; nos dieron orden de que formáramos aquí, no sé para qué.

Y agregó:

—De todos los cuarteles están llegando soldados armados y formados. Luego traté de entrar a la comandancia para saber qué contenía aquel movimiento, cuando en esos momentos observé que Villa traía al señor Madero estirándolo de un brazo y que el señor Madero se resistía. Luego corrí, abriendo la gente hacia donde Villa hacía esfuerzo para sacar de la puerta al señor Madero, al tiempo en que oí que Villa le decía:

—¡Camine! ¡Camine!

Y el señor Madero le contestaba:

—¿Por qué me llevas?

En esos momentos que yo llegaba, mi hermano Apolonio y Carlos Aguirre, que estaban de guardia en la puerta, uno cogió al señor Madero y otro a Villa, y los apartaron; luego que se vio libre de las garras de Villa, daba voces:

—¡Fusilen a Villa!

Villa corrió a su cuartel a traer más gente y el señor Madero se dirigió hacia donde estaba un automóvil. Observé que Orozco lo seguía, diciendo:

—Dese por preso.

Luego lo abracé con mi mano izquierda, y con mi pistola en la otra apuntando a Orozco, que nos seguía también con pistola en mano; el señor Madero montó el automóvil. Se paró arriba y Orozco montó por el lado del chofer. Yo me quedé en el estribo sin quitar la vista de los movimientos de Orozco y ordené a los veinte hombres que prepararan sus armas, listos a los movimientos de Orozco.

En esos momentos llegó Raúl Madero.

—¡Castillo! —me dijo—, no traigo arma.

—Tenga mi pistola —le dije.

Tomó mi pistola y se paró en el estribo del automóvil y fijó su vista a Orozco. Yo tomé mi rifle; todos dirigieron la vista a Orozco. El señor Madero, tan pronto como montó el auto, empezó a gritar a las tropas que estaban presentes.

—¿A quién obedecen ustedes, a mí o a Orozco?

Unos gritaban «¡a usted!»; otros, «¡a Orozco!»; y otros, «¡a los dos!».

Orozco y el señor Madero seguían averiguando. Orozco le decía:

—Dese usted por preso, Madero.

—No hagas uso de tu pistola —le decía el señor Madero.

—Si se hace necesario, sí hago —contestó Orozco.

—Hombre —contestó el señor Madero— dame un abrazo... todo está arreglado.

—No señor, dese por preso. Usted es un hombre inútil, inservible, no es capaz para dar de comer a la gente... ¿Cómo podrá ser Presidente? Es usted un embustero; usted miente que sus hermanos han gastado su capital en la Revolución... no han gastado ni un solo centavo.

Estas y otras injurias más le hacía Orozco; luego gritó el señor Madero a la tropa:

—Está arreglado todo, en estos momentos todos tendrán qué comer y qué vestir.

E insistía en que Orozco le estrechara la mano, a lo que al fin Orozco convino a fuerza de ruegos y súplicas de muchísima gente que le pedía que le estrechase la mano al señor Madero.

Cuando ya se estrecharon la mano, Orozco bajó del auto con sus ojos llenos de lágrimas. El señor Madero montó otro auto y corrió violentamente al lugar de los prisioneros, le habló al general Navarro, lo montó en el auto y lo llevó a la orilla del río.

Luego Navarro se pasó al otro lado, y al despedirse del señor Madero le dijo:

—Soy su prisionero de guerra, y si mañana me necesita para fusilarme estoy dispuesto a obedecer a la hora que usted me ordene.

El señor Madero volvió a la comandancia y tuvo otra fuerte discusión con Villa, pero pronto se arreglaron. Las tropas se habían reconcentrado en sus cuarteles.

En la tarde de ese mismo día, se reunieron en la casa del señor Madero todos sus hermanos y amigos, su papá, su mamá, licenciados, ingenieros; todos comentaban los acontecimientos que acababan de pasar; el gran peligro en que se vio el señor Madero. El ingeniero Manuel Urquidí relató a los padres del señor Madero la manera en que yo me había portado en esos momentos críticos. Les dijo:

—Yo vi todo. El señor Castillo se hallaba a media calle en el momento en que Villa sacaba al señor Madero a la puerta. Luego que vio la manera de cómo Villa llevaba al señor Madero, corrió abriendo a la gente, aventándola a uno y otro lado, que se afiguraba caballo golón, hasta que llegó donde estaba el señor Madero y lo abrazó; luego fueron al automóvil, lo llevaba abrazado con una mano y en la otra llevaba la pistola deteniendo a Orozco.

A estas observaciones se acercaron a mí el padre y la madre, me dieron mil agradecimientos y satisfacciones. La señora, con lágrimas en los ojos, me recomendaba a su hijo: que no me separara ni un momento de él, que un día tendría la recompensa de mi buen comportamiento. Les contesté que no había hecho más que cumplir con mi deber y que haría lo posible por seguir cumpliendo hasta donde mis fuerzas me alcanzaran.



Los fusiles y cañones dejan horadaciones y heridas profundas en las fachadas de las casas y en el cuerpo de la ciudad.

Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón.

J. L. Borges

El día 18 a las ocho de la mañana, por la escasez de agua que no teníamos ni para hacer una jarrilla de café, se dispuso salir para el rancho nombrado de Flores, que está en la orilla de la sierra cerca de Ciudad Juárez. Ese día los que nos fuimos con el cañón tuvimos que sufrir mucho por el hambre y la sed, caminando desesperadamente, comiendo pitallas y con las bestias llegamos ya poniéndose el sol, frente al puerto por donde pasa una vereda que sale del expresado Rancho de Flores para el llano, donde hicimos campo mandando las bestias al agua.

El mismo día 18 en la mañana, después de haber mandado el señor Presidente a los presos socialistas para C. Guerrero con el capitán José María Dozal, quien llegó a Pearson y en esa noche se le fugaron Inés Salazar y Lázaro Alaniz, emprendiendo la marcha con todo su ejército a Bauche, de donde se dirigió al expresado Rancho de Flores, llegando en la tarde de ese día.

El día 19 pasó por nuestro campo el cañón de los americanos que estaban componiendo en Pearson. El día 20 avanzamos con nuestro cañón hasta el referido Rancho de Flores.

El día 21 a las 7 de la mañana se dio orden de marcha a todo el campamento con dirección a la Smelting, llegando a las orillas del Bravo a las diez de la mañana el Ejército Libertador Chihuahuense, en espera de ataque formó sus reales cubrimientos todo el bajo que se encuentra frente a la fundición y avanzando hasta unas casitas que están cerca de la presa de Ciudad Juárez, donde le tocó al mayor José Orozco para vigilar los movimientos de Navarro.

El cuartel general se estableció en carpas en el bajo y al pie de unos barrancos del cerro alto que se ve al sur de dicha fundición y donde

ondeaba nuestro hermoso pabellón tricolor, y lo mismo que en muchos de los demás campos. El señor Presidente cambió su residencia a una de las casas que están junto al monumento de la línea internacional de México y los Estados Unidos de América, donde constantemente era visitado.

Por el Ferrocarril de Casas Grandes había llegado el señor Francisco Madero (p), quien se dijo traía comisión de paz, que en efecto fue cierto, estableciéndose negociaciones y en espera de don Francisco Carbajal, que era delegado de Porfirio Díaz para tal efecto. Con este motivo Navarro propuso un armisticio de cinco días, aceptado por el señor Presidente Madero. Después de pasarse el plazo del primer armisticio y concediéndose otro, llegó de México el delegado Carbajal quien desde luego entró en conferencias con los comisionados por el señor Presidente Madero.

Como he dicho, el señor Presidente Provisional de la República era visitado por una inmensidad de gente de ambos sexos y de distintas nacionalidades, quienes muchos con cámaras fotográficas tomaban su retrato y el de su padre, de toda su familia que había llegado, y el del gobernador provisional don Abraham González y don Venustiano Carranza, que con motivo de los tratados de paz habían concurrido; a sí mismo se tomaban fotografías de Pascual Orozco hijo, de los principales jefes y por último de los grupos de todo el campamento, que todos los días era visitado por millares de personas.

En todos esos días de armisticio nos ocupamos de hacernos de parque, el cual nos lo proporcionaban los mexicanos residentes en El Paso, Texas, quienes los primeros días en costales de Chile y con panes rellenos de cartuchos de distintos calibres, en pleno día nos lo pasaban por el río, ya después eran cargamentos los que pasaban nuestros mismos soldados, tanto que se pudo mandar alguno al coronel Agustín Estrada, que con motivo de la batalla que tuvo con la federación que iba de Casas Grandes en la boquilla del Ojo de La Laguna había quedado con muy poco.

En uno de esos días, en vista de que todo el ejército estaba formado

en la orilla del Bravo y de una inmensidad de gente que asistió, el señor Presidente, mencionando las batallas habidas, dio en mano las credenciales de general brigadier a Pascual Orozco hijo, de coroneles: a José Garibaldi, Raúl Madero, Francisco Villa, José de la Luz Blanco, Agustín Estrada y Marcelo Caraveo; de teniente coronel a Roque González Garza; de mayores a Abelardo Amaya y Juan Dozal. José Orozco no tuvo ascenso, se quedó con el grado de mayor que se le dio en la Hacienda del Carmen, propiedad de Terrazas; y yo con el de capitán 1º del ejército, que se me dio en las Varas de Babicora.

Pasó el señor Presidente Madero a El Paso, Texas, y de allá nos mandó unos fardos de forjas texanas, ropa hecha, botines y un cajón de choclos; y nos mandó decir que hiciéramos que se lavaran los tarahumaras de Nonoava, que se dieron de alta en Bustillos, que los capitaneaba Juan José; que después de lavarse, les mandáramos cortar el pelo, y enseguida les diéramos a cada uno un vestido de kaki amarillo no bajo, una forja texana, un par de camisas una de abajo y otra de encima, calzoncillos, calcetines y botines, que les dimos choclos; pero como les entraba mucha arena, porque estábamos en arenales, nos hicieron que les diéramos botines, una vez vestidos fueron otros aquellos hombres.

§ Se llegó el día 5 de Mayo, amaneciendo la casita presidencial engalanada con muchos tricolores. Comenzó a llegar la gente que no cabía en el perímetro que forma donde se encuentra dicha casa; se trajo una orquesta de música y las cámaras cinematográficas no paraban de sacar vistas de los movimientos del ejército, del jefe de la Revolución, de su familia, y demás jefes que se encontraban allí. A las 4 de la tarde se dio orden en el campamento, que se formara el ejército y marchar al cuartel general; cuando la columna iba bajando la vereda de la colina que está al sur oeste del expresado cuartel, el Presidente con su estado mayor y demás oficiales, acompañándolos las familias que se encontraban allí, se dirigieron a donde bajaba la columna, formando cuadro al pie de dicha colina; enfrentándose y subiendo un

poco a la falda y enarbolado el estandarte tricolor, tomó posesión la comitiva; comenzando desde luego los discursos por algunos oradores, sobresaliendo entre ellos, por su elocuencia el licenciado Juan Sánchez Azcona; haciendo más bien referencia de los nuevos acontecimientos, que de los que pasaron en tiempo de Zaragoza. Tocando el himno nacional y otras marchas, desfiló la comitiva presidencial y el ejército marchó a sus cuarteles. Siguiendo las conferencias de paz, ya se había pasado otro armisticio más y no se podía llegar a un arreglo conveniente.

El día 6 llegó a manos del general Orozco una hoja suelta firmada por el coronel Tamborrel, fortificador de Ciudad Juárez, en la cual nos insultaba de una manera indecente, tratándonos de bandidos cobardes que estábamos acostumbrados a tomar ranchitos para comer nos las gallinas, que a Juárez no entraríamos, porque ahí había hombres; y así miles de valentonadas insultantes. Al acabar de leerla, el general me dijo: esto no se puede aguantar, tenemos que entrar muy fuerte a Juárez. Y efectivamente aquel hombre, indecoroso al firmar aquella hoja y hacerla circular por nuestro campamento, había firmado su sentencia de muerte; porque aquellas injurias de que estaba llena, habían ofendido en alto grado nuestro amor propio.

El día 7 en la noche cuando ya se dormía en el campamento se presentó a caballo en todos los campamentos Raúl Madero, dando la noticia que ya había triunfado la Revolución; que por telégrafo se notificaba la renuncia del general Díaz. Dicho telegrama era falso; valiéndose de eso don Porfirio dio orden al general Luque que estaba en Ojinaga con quinientos a ochocientos hombres para que avanzara a Juárez, a darle auxilio a Navarro.

§ El día 8 desde muy de mañana, con motivo de la noticia de Raúl Madero, dada en la noche, comenzó alguna gente a concurrir al cuartel general creyendo habría alguna manifestación por aquello de la renuncia del general Díaz; que al no observar algo notable que llamara la atención, se regresó a sus cuarteles; al llegar las nueve de dicha

mañana, se comenzaron a oír por el lado de la presa de Juárez, detonaciones de disparos de rifles que se creía estuvieran tirando al blanco; pero como se repetían muy seguido, corrió a caballo mucha gente a desengañarse, trayendo la noticia que estaba peleando la federación con los nuestros, que cuatro hombres de los de José Orozco con motivo de la noticia de Raúl Madero y que estaban suspensas las hostilidades por los tratados de paz que se estaban celebrando, se habían bajado a unas hortalizas de chinos a llevar unas cebollas y verduras para su campo, cuando de un retén de federales que se encontraba en la ladrillera a orillas de la población, comenzaron a descargarles, y atacándolos ellos los desentrañaron a dichos federales que eran cien, llevándoselos por delante y matándoles algunos, seguían peleando con más gente que se había unido a ellos de los que se habían ido a desengañar, y en seguida la gente de José Orozco, dejándolo solo en su campo.

Luego mandó el señor Presidente comisiones con órdenes precisas para que suspendieran el ataque y se retiraran a sus cuarteles, por estar en esos momentos arreglándose la paz, las que no fueron posibles se atendieran. En seguida dispuso que el capitán segundo Rafael Campa fuera con otra comisión a penetrar hasta donde estaban los últimos, llevando en la mano una bandera blanca, que al acercarse tanto de un lado como de otro comenzaron a descargar tiros y volteando a violencia de caballo, logró salir sin novedad.

La gente que estaba desesperada en aquel campo ardoroso y lleno de corrupciones por los desperdicios de las reses que se sacrificaban en todo el campamento, no podían ya humanamente aguantar aquella atmósfera corrompida y la prolongación de los armisticios de paz, y por lo mismo, muchos sin órdenes de sus jefes, se iban al lugar del acontecimiento a aumentar el número de los combatientes.

A las cinco de la tarde, di orden el general Orozco que formáramos en columna de dos en fondo todo el Campamento y marcháramos al lugar del combate; y verificándolo, avanzamos llevando yo la vanguardia, y al llegar a la Alameda donde estaban las carpas que habían ser-

vido a las primeras conferencias de paz, se mandó hacer alto por orden del señor Presidente Madero, quien subiendo a la falda de la colina de enfrente, dio orden de que se fraccionara la columna y se arriaran los grupos; y tomando la palabra pronunció un discurso en que alababa el valor de nuestros soldados, pero aquel desmán que se había hecho, iba sin duda a perjudicar mucho, por los trabajos que se estaban verificando y que era posible hubiera alguna intervención extranjera. Estaba sin duda en medio de su discurso, cuando llegó uno de los vigías que yo había mandado adelante, diciendo: que había salido de la población una columna de caballería federal y que avanzaba violentamente por donde estábamos nosotros; luego todos subimos a la cima encargando él que no fuéramos a hacerles fuego a la expresada columna; quizá tenía todavía esperanzas de que se suspendiera la batalla, pero era imposible; a esas horas que eran las seis de la tarde se batían con la federación más de cien hombres, y habían tomado posesiones bastante adentro de la población; muchos volvían trayendo cargados sus caballos con máusers de los federales que habían muerto.

Habiendo subido a la cima de la colina y desengañándose que no era cierto lo de la caballería federal, el señor Presidente Madero con su estado mayor y el general Orozco, se fueron por el cordón rumbo al cuartel y como la demás gente no recibió orden ninguna y ya se estaba obscureciendo, se volvieron también a sus campos a cenar.

Yo con mi gente me bajé a explorar las colinas inmediatas a Juárez, encontrando en una de las primeras a los americanos de Garibaldi que acababan de subir con su cañón y ya estaban dando providencias, algunos de dormir y otros zapando la tierra para formar parapetos. Seguí caminando hasta las colinas inmediatas al cuartel de la jefatura y el que está al poniente en la orilla de la población donde se rindió Navarro; dicho lado estaba sin gente, toda la que se estaba batiendo dentro de la población, había entrado por el río. Puse mi gente en línea de fuego y nos pusimos a zapar la tierra para formar parapetos. En eso estábamos cuando pasó Francisco Villa y me dijo:

—¿Aquí estás tú?

—Sí —le contesté.

—Estás en muy buena parte, yo me paso al sur a tomar posesión en aquellas lomas; hay te dejo a Nico Mejía (muchacho que era de Bachíniva y hacía mucho tiempo vivía en Juárez) para si te ves apurado me mandas avisar para darte auxilio, él conoce bien todo esto.

De allí ya a bastante noche, nos bajamos a la acequia a tomar agua que la encontramos muy puerca, pero peor estaba la sed; tomamos, y al llegar al camino que conduce a Juárez, nos encontramos con algunos que venían de la batalla y que iban al campo a cenar para volver, diciéndonos que había como ciento cincuenta hombres, posesionados de muchas casas y sin jefes se batían; que Benjamín Aranda y su ayudante Rafael Rembao, habían avanzado ese día con su cañón, hasta el otro lado de la cordillera, poniéndose ya al tiro de la federación; que ahí cerca estaba José Orozco, me entrevisté con él y como a las diez de la noche nos fuimos a cenar, llevando nuestras caramañolas llenas de agua.

§ A las tres de la mañana del día 9 dio orden el general Orozco que se moviera toda la gente del campamento para entrar al combate; alistándose y provistos de caramañolas con agua, marcharon. El general entró con el grueso de la fuerza por el lado del río, penetrando a las últimas posesiones de los primeros, posesionándose del norte y del oriente de la población; el capitán Vicente R. Urías, uno de mis soldados, con una guerrilla de diez hombres entró por el mismo; el jefe Ramón Rivera y su segundo Juan Marrufo, soldados también de mi compañía, con treinta hombres, entraron por donde mismo; Francisco Villa con doscientos hombres por el lado del sur de la expresada población; y yo por el poniente con cien hombres, tomé las colinas inmediatas, dominándoles los cuarteles expresados de la jefatura y donde se rindió Navarro; los cuales tenían sus trincheras de costales de arena en los pretiles para el lado del oriente, quedando reducida la federación a un completo sitio.

Una vez puesta mi línea de tiradores, encargándoles a todos que anduvieran con mucho cuidado; que fijaran la vista, que sabíamos de cierto que ahí en esas colinas había minas de dinamita; porque el ingeniero artillero Jesús Cárcamo que se reunió con nosotros cuando estábamos en Bustillos, lo perseguían de Chihuahua porque era anti-reeleccionista; y éste era primo hermano del ingeniero artillero Donaciano González que andaba con Navarro y sabía muy bien la forma como estaba fortificada la población; le mandó decir a Cárcamo cuando estábamos en los armisticios, que al entrar cortáramos los alambres y conexiones de la planta eléctrica que estaban en las baterías con que iban a encender las minas; que en cada tapia había una y en las colinas al poniente frente al cuartel había una muy grande, y en las demás colinas inmediatas había otras, pero lo principal era cortar los alambres. Cárcamo comunicó a Orozco y éste a todos los jefes, que éstos a su vez lo comunicaron a sus soldados; de modo que los primeros que entraron fueron los de la operación. Cuando acabé de darles la información, comenzamos a fogear a los que subían a las azoteas de dichos cuarteles a posesionarse de las mencionadas trincheras para batir a los compañeros que avanzaban por el noreste de la plaza, pero como los tomábamos de espada, no podían hacer uso de ellas.

Comenzaron hacer tiros nuestros cañones; el de los americanos de Garibaldí por lo lejos que se encontraba de dichos cuarteles, cuando disparaba veíamos que las balas hacían polvareda muy atrás, frente a donde estábamos nosotros; así en esa posición estuvieron tirando como seis cañonazos y pararon. Vimos después que guarnecieron las mulas al cañón y se fueron; creyendo nosotros que irían a tomar otra posesión más inmediata. El señor Blanco que estaba a la retaguardia de dicho cañón bastante lejos, descubrimos también con el anteojo que se había retirado. A las doce del día uno de los correos que nos llegaban por aquel lado, llevó la noticia que el cañón de los americanos al disparar el último tiro se les había salido por la culata, habiendo trastocado el tornillo que sujetaba la carga; pero que por fortuna no había hecho desgracias, sino que se había incendiado la pólvora que

tenían atrás en el depósito; y que una vez inutilizado, se lo habían llevado para la alameda de la presa, en donde se encontraba el señor Blanco cuidándolo.

El cañón de Benjamín Aranda de otra posición que había tomado más adelante, dentro de la población, hacía disparos muy seguidos. Mis tiradores, toda la mañana estuvieron haciendo tiros a los cuarteles y a las casitas de la orilla de donde tiraban mucho los enemigos; a las cuatro de la tarde, uno de mis soldados vino corriendo diciéndome, que había encontrado la mina, que estaba muy cerca de nosotros; fui a desengañarme y efectivamente era un tubo de veinte pulgadas enterrado con su alambre tirado y medio metro salido de la tierra, que si ha hecho explosión, nos habíamos quedado todos sepultados, y ahí era donde dirigían los tiros los federales. Luego di la orden que cincuenta sostuvieran el fuego a la federación y los otros cincuenta en tiradores, lleváramos piedra para tapar el tubo, y en menos de tres minutos le hicimos una mojonera grande. Luego sin parar la fusilería, sacaron un cañón y comenzaron a tirarle granadas a la mojonera, pero con tan mala suerte que no le pegaron ni un tiro, nomás le rozaron por los lados; di la voz que todos le dirigieran al artillero, y a los seis cañonazos que tiró, cayó muerto llevándose para dentro del cuartel y se suspendió el fuego toda esa tarde. El que dirigía la batalla esa tarde contra nosotros, era el teniente Enrique C. Martínez, quien me dijo que habiendo caído muerto su artillero de un balazo en la frente y había suspendido el fuego por completo.

Ese día los que se batían por el centro habían tomado posesiones hasta la plaza. El coronel Tamborrel fortificador de Ciudad Juárez, había muerto en su cuartel con seis tiros que atravesaron su cuerpo, dejando estampadas sus manos con sangre en la pared del cuarto donde murió. El que atacó ese cuartel fue el capitán Juan Ortiz de Santo Tomás, distrito de Guerrero. Se llegó la noche y se veía la población envuelta en una nube de humo por los incendios verificados por orden de Navarro, en algunas casas a donde tirábamos bombas incendiarias, que con motivo del aire que hacía, parecía que esa noche iba a

quedar convertida en cenizas la ciudad; sin embargo, los combatientes del centro no cesaban el fuego, escuchándose muy seguido las detonaciones de las bombas. Mandé uno de mis soldados a informarse de las posesiones que por aquellos lados habían tomado los compañeros, trayéndome la noticia que el general Orozco había combinado muy bien la batalla y que los capitanes Juan Ortiz y Félix Terrazas se encontraban en posesión cerca de la iglesia y de la jefatura. Villa había avanzado también bastante por el lado del sur y todos se acercaban a los cuarteles principales.

§ Amaneció el día 10 y nosotros pendientes en nuestras posiciones. Los enemigos pretendían subir a apoderarse de las trincheras de costales de arena que tenían para el lado de la plaza, pero no se resolvían porque les hacíamos blanco por la espalda como le sucedió al primero que subió y quedó muerto ahí; a ese lo mató un viejito que no era de mi compañía, portaba un máuser largo, estaba junto de mí y me dijo: «Déjame», le tiró y lo mató. Los compañeros avanzaban en fuerte tiroteo y lanzando bombas atacan a la iglesia y a la jefatura; al apoderarse de la cárcel, echaron fuera la prisión y no pudieron resistir los de dicha jefatura, salían corriendo a reconcentrarse a donde estaba Navarro; tiroteándolos nosotros cuando atravesaban las calles que teníamos, por enfrente, vimos caer uno y otro que tiró el rifle.

Como a las diez de la mañana salió del cuartel una caballería de cincuenta hombres, era Navarro pretendiendo salir por el lado donde estaban nuestras posiciones; los tiroteamos y dando media vuelta, vimos caer dos soldados saliendo los caballos corriendo; los demás entraron sin detenerse por un portón de una huerta, y en violencia de carrera llevaban el rumbo del sur-este, cuando a poco les hicieron fuego nutrido los compañeros de Villa que avanzaban por aquel lado, volviéndose al cuartel, que al llegar a toda carrera les volvimos a hacer fuego. A las once del día, ya todos los compañeros habían avanzado tomando todas las cuadras contiguas al expresado cuartel, donde se batían con los contrarios por las claraboyas; y como éstas las hicieron

rectas, no se detenían las balas de nuestros tiradores, las que comenzaron a hacer calmar el fuego enemigo; y las bombas que caían muy cerca, haciendo explosión, lo suspendieron por completo; entonces vimos que subió uno corriendo a la azotea llevando una bandera blanca: era el ingeniero artillero Donacio González (según él me dijo en un Hotel en El Paso, que no quiso ningún soldado subir a ponerla, porque veían el muerto en la azotea; hasta que Donancio se resolvió a subir de ver lo fatigado que estaban queriendo sacar agua y no podían) di orden inmediatamente a mis soldados que no le hicieran fuego; notamos que nuestros compañeros habían suspendido también el tiroteo y era la señal de rendimiento de Navarro. Nos bajamos al cuartel y efectivamente, aquel *tigre* de Cerro Prieto y Pedernales, con todo su pertrecho de guerra, cañones, ametralladoras, máusers y un cuarto lleno hasta las vigas de cajas de parque, agobiado por las desveladas, el hambre y la sed, acababa de rendirse con todo su ejército, ante el Ejército Libertador Chihuahuense.

Luego asegurándose a dicho Navarro, se mandó formar la prisión de dos en fondo y resguardada por un lado y otro, se ordenó caminar con ella rumbo a la cárcel y al llegar a la espalda de la iglesia, se mandó hacer alto, porque de ella o de otra casa inmediata dirigían tiros; luego se dio orden fueran a atacar aquellos enemigos y resultó que era un viejo que llevaba el apellido de Mestas, quien sólo hacía fuego y no se quería rendir, pero cargándole la gente uno de los soldados de Namiquipa, Jesús Duarte, que andaba en compañía mía lo tomó prisionero, después de haber muerto a uno de los compañeros. Villa que llegaba en esos momentos con pistola en mano, le dio un balazo en la cabeza, del que murió inmediatamente. La prisión federal fue encerrada en la cárcel y la de voluntarios en un cuarto de la jefatura; inmediatamente me puse a averiguar las pérdidas que había sufrido mi compañía y resultó que de la guerrilla del capitán Vicente R. Arias, había muerto Luis Mendoza y de la de Ramón Rivera, Heliodoro González herido. El señor Blanco se dijo que en la mañana de ese día se había levantado de la Alameda, entrando a la población, poniendo guardias en todas las casas comerciales.

§ El día siguiente, 11 de mayo a casi todos los prisioneros federales y voluntarios se dieron en libertad. Con lo que terminó la batalla de la toma de Ciudad Juárez.

En el mismo día 11 de mayo a las ocho de la mañana, estando el señor Presidente Madero y don Abraham González, en la Jefatura todavía con Carbajal, tratando de la paz, se le presentaron a don Abraham, cuatro comerciantes de Juárez, manifestándole que todavía andaba la gente de Villa saqueando sus tiendas y como la población estaba ya por el Gobierno Provisional, le ponían la queja para que pusiera el remedio. Manda don Abraham a hablarle a Villa que se encontraba afuera con el general Orozco y algunos de nosotros. Se presenta Villa, don Abraham le dice:

—No está bueno ande haciendo eso su gente, que es una deshonra para el Gobierno y para usted mismo.

Villa le contesta que pondrá el orden a su gente y se despide.

Luego que sale fuera, se lleva a Orozco para espalda de la jefatura y yo le seguí hasta la esquina, cerca donde se puso Villa a platicarle a Orozco muy sentido, la reconvención que le dio don Abraham, que casi llorando le decía: «Que tanto que se exponía para encumbrarlos y no le agradecían», entonces Orozco le dijo que fueran allá a su cuartel a ver cómo arreglaban eso, y se fueron.

En esos días había venido de los Estados Unidos José Córdova, paisano de Orozco, y se la dio de Secretario, porque era inteligente.

A las seis de la tarde, fui al cuartel a recibir órdenes, porque todos los días íbamos; y me dijo el general Orozco: «Don Heliodoro, necesito treinta hombres de la mejor gente que tenga y usted; y va y le dice a José Orozco que necesito otros treinta hombres de la mejor gente que traiga y a él; y van mañana al salir el sol y se forman en dos hileras al pie de la puerta de la antesala de la jefatura.» Fui y le dije a José lo que quería Orozco, y me dijo: «Pues ¿para qué querrá gente Pascual?» y yo le contesté:

—Pues quién sabe, irá a salir para alguna parte el señor Presidente y necesita buena gente.

Otro día, 12 de mayo al salir el sol, fuimos y nos formamos al pie de la puerta de la antesala de la jefatura como se ordenó; yo con mi hilera para el lado del norte y junto al automóvil del delegado Francisco Carbajal y José Orozco para el lado del sur. Cuando estábamos formados, salió de la antesala Máximo Castillo, jefe de la escolta de honor del señor Presidente Madero, y me dijo:

—¿Pues a qué obedece esta formación compañero? —Y yo le contesté:

—Es orden del general Orozco; irá a salir para alguna parte el señor Madero y necesita buena gente—. Y él me dijo:

—Pues yo no sé nada.

—Pues entonces quién sabe qué será.

Y se fue a la antesala.

Al poco rato llegó el general Orozco con su estado mayor y se subió en una hilera a la banqueta a espalda de mi hilera; y como una hora después, llegó el coronel Francisco Villa, con sus doscientos hombres que traía y los formó de dos en fondo al pie de las dos hileras de nosotros; le hizo una indicación Orozco a Villa que iba a entrar y luego se fue Orozco con su estado mayor y entraron, Villa dio orden de marcha a su gente por la espalda de la hilera de José Orozco hasta llegar a la puerta y entró. La gente que se quedó fuera al ver este movimiento comenzó a reunirse, que en un momento ya no cabía en la plaza de la jefatura, comenzaron los alegatos acalorados dentro de la sala donde estaban tratando de la paz. Entre otras cosas Orozco se refirió el fusilamiento de Navarro. Comenzó a reclamarle al señor Madero, que nomás se ocupaba de estar tratando de la paz y no hacía caso del reclamo de que a la gente le faltaba provisión. Y el señor Madero le dijo a Orozco que nos tenía un proveedor general don Guadalupe González con provisiones suficientes, no sólo para el ejército, sino hasta para los menesterosos de Ciudad Juárez, y que si se había acabado la provisión, no era a él a quien debía ocurrir sino al proveedor general. Y de allí comenzaron los dichos unos con otros, a tal grado que al gobernador don Abraham González le dieron un empujón que lo tiraron junto a la pared de la sala; nosotros desde afuera oímos el murmullo

muy alarmados, tanto que le dimos orden a nuestra gente que prepararan sus armas. La gente de Villa gritaba: «¡Viva Pascual Orozco!». Y la de nosotros: «¡Viva el Presidente Madero!». Al poco rato sale el presidente Madero y Raúl, su hermano, quien traía en mano su pistola escuadra, siguiéndolos la escolta de honor, subieron ellos al automóvil de Carbajal que estaba con el capacete bajo, dando vista para donde estábamos nosotros y la escolta rodeó el automóvil, en seguida sale el general Orozco con su pistola escuadra en la mano, pero cuando ve todas las armas de la escolta de Raúl Madero y de nosotros, dirigidas a él, se pone cadavérico y tembloroso (sería de coraje), así subió al automóvil y entonces el señor Madero le dice: «Pero señor Orozco ¿por qué ha venido a cometer este atentado escandaloso en los momentos más sagrados para nuestra patria, cuando se trata de arreglar la paz?» Y Orozco le contesta: «Porque soy el jefe de la Revolución». Y el señor Madero sonriéndose le dice: «¿Pero qué jefe de la Revolución es usted? Yo la he hecho armada y políticamente, usted es mi soldado; traiga esa mano para arreglarnos, que pase esto como un sueño.» No quería darle la mano, José Orozco y yo lo obligamos a que se la diera.

Villa no salió de adentro, su gente se quedó sola allá afuera; pero el acontecimiento era tan terrible que no faltaba más que un tiro enemigo que hubiera salido de la multitud, para habernos hecho pedazos unos contra otros.

Una vez que pasó Villa por aquí estuve con él, le recordé el caso y me dijo:

—¡Ah, caray como estuvo feo ese caso! Y hasta a mí sin querer me metió ese ingrato, que después de haber recibido las glorias y el triunfo de la toma de Ciudad Juárez, las manchó infame en ese momento. Y efectivamente, era la traición científica que andaba acechando al señor Presidente Madero y al señor Gobernador González para matarlos, como sucedió al fin.

En ese mismo día en la tarde, dio en libertad el señor Madero a Navarro. José Orozco y yo que estábamos en el cuartel donde se rindió, en uno de los cuartos encontré cinco tomos de Libros de fortificación

del coronel Tamborrel y se los mandé al señor Madero, y Roque González Garza me los devuelve diciéndome que los conservara yo, y en seguida se los vuelvo a mandar diciéndole que sí los conservaría si estuvieran escrito en español, pero como estaban escritos en francés y yo no sabía el idioma, no me servían para nada.

Todo el ejército libertador se hizo de máuseres y mucho parque, y los tarahumares de Nonoava, aquellos veinticinco que los calzamos con calcetines y choclos, que nos hicieron enseguida que les diéramos botines porque les entraba mucha arena, ya eran unos pericos, y nos dijeron que ellos querían puros rifles 44 y se los acabamos de los que dejaron nuestros soldados, con dos cartucheras, cada uno, llenas de parque, que se las terciaron en el cuerpo y parecían unos soldados de Napoleón. Yo les dije: «Cuando vayan a su tierra, no los conocerán sus familias, porque ya van transformados». Y ellos me dijeron: «Nosotros los conocerán luego luego, pero poco a poco». En unos cuantos meses de roce con nosotros ya eran unos guacamayas.

En esos días antes de la batalla, les había llegado a la federación algunos fardos de vestidos negros de casimir, ropa de cambiar y capas con sus flecos colorados para la tropa, que no hicieron uso de ellos, nosotros los abrimos y a cada uno de nuestros soldados les dimos su vestido y su capa.

Se acabaron las conferencias de la paz, el señor Madero se fue para la ciudad de México y don Abraham González para la ciudad de Chihuahua.

Los cien "soldados de fortuna"



Un grupo variado de soldados de diferentes regiones del mundo llegan a México y participan en la toma de Ciudad Juárez. Si un cambio social estaba por llegar, ¿por qué no ir a encontrarse con el mismo?

«MARCELO CARAVEO»

Lo mejor del olvido es el recuerdo.
Gloria Fuertes

Fue a principios de mayo de 1911 cuando las huestes maderistas llegaron a la línea divisoria, por la serranía que está frente al distrito industrial de la metalurgia o Smelter, al poniente y a corta distancia de El Paso y Ciudad Juárez. Ya para esas fechas se hablaba con insistencia de un probable armisticio entre el gobierno porfirista y la Revolución.

En una modestísima casa de adobe que todavía existe cerca de las compuertas, frente a la barriada industrial de El Paso, Texas, a corta distancia de Ciudad Juárez, río arriba Madero instaló su cuartel general y las «oficinas» de la presidencia provisional de la República; tal vez nunca en la historia mexicana el poder ejecutivo de la nación había tenido presidencia más económica y humilde, y sin embargo, poco después ese «palacio presidencial» de adobe, en las riberas del río Bravo habría de colocarse en los convenios para el armisticio, a la misma altura que el palacio nacional de la ciudad de México y el castillo de Chapultepec.

La guarnición federal de Ciudad Juárez al mando del general Navarro, terminaba entre tanto los preparativos para la defensa de la plaza, construyendo trincheras y fortificaciones en las afueras de la población, en los sitios más estratégicos y en las azoteas de los edificios públicos.

Ordinariamente un lugar desierto, visitado si mucho en las noches por los contrabandistas, las compuertas se convirtieron en un lugar frecuentadísimo con el establecimiento allí del Cuartel General, de la Jefatura de la Revolución y de las oficinas de la Presidencia provisional de la República. Diariamente venían del lado americano los antireeleccionistas expatriados, entre ellos don Venustiano Carranza,

Juan Sánchez Azcona, Federico González Garza, José Vasconcelos, etcétera. A conferenciar con el Jefe de la Revolución, quien también era entrevistado por comisiones norteamericanas, que diciéndose pacifistas trabajaban por buscar un acuerdo o armisticio entre los revolucionarios y los federales, para evitar complicaciones internacionales.

Pero las huestes revolucionarias no quedaron conformes con las declaraciones pacifistas de Madero, venían victoriosos y con ganas de pelear, máxime cuando sabían que en la plaza estaba el general Navarro, fusilador en masa de muchos jóvenes revolucionarios que había tomado prisioneros en la batalla de Cerro Prieto.

Recuerda aquí el autor de este relato, que el señor Madero durante su estancia en Ciudad Guerrero prometió solemnemente al pueblo en discurso pronunciado en la plaza de armas, que el general Navarro tendría que pagar con su vida las fusilatas de revolucionarios prisioneros, hizo esta promesa al enterarse de que en toda la región de la Sierra especialmente en Guerrero y San Isidro, muchísimos hogares estaban enlutados con motivo de los fusilamientos por la federación, de la flor y nata de la juventud serrana.

§ Conociendo las promesas y propósitos pacifistas de Madero, los jefes Pascual Orozco, Francisco Villa y otros, tuvieron una junta privada en sus campamentos, en los lomeríos al poniente de Juárez y allí elaboraron un plan para hacer inevitable el ataque a la ciudad, consistía este plan en poner de acuerdo a unos cuarenta o cincuenta hombres de la gente de Orozco y de Villa, para que fingiéndose en estado de ebriedad se acercaran a las avanzadas federales provocándolas con gritos y disparos, así quedarían frustrados los planes pacifistas de los puritanos.

Poco después, el plan Orozco-Villa era ejecutado fielmente y grupos de maderistas avanzaban gritando y disparando sobre las primeras posiciones federales. [*Nota del redactor original*: «No obstante que los soldados y oficiales de la Federación anhelaban combatir, el fuego de los atacantes maderistas no era contestado, había una orden del

general Navarro prohibiendo terminantemente disparar sobre los revolucionarios, bajo pena de muerte. Apenas había comenzado la provocación de los sitiadores cuando los federales que defendían los puestos avanzados recibieron instrucciones de la superioridad, de replegarse hacia la ciudad.»]

El ataque a Ciudad Juárez se inició al fin en toda forma, más de mil maderistas enardecidos por sus recientes y repetidos triunfos se lanzaron sobre la plaza por diferentes rumbos. Pronto el combate se generalizó: Orozco dirigía el ataque por las riberas del río Bravo, Raúl Madero por los puentes internacionales, Villa par las huertas del Hipódromo, Caraveo por la estación de las Líneas Nacionales, etcétera.

Desde el primer día y gracias en buena parte a la ayuda de la población civil que casi totalmente simpatizaba con la Revolución, lograron penetrar en la ciudad posesionándose de diferentes partes. La guarnición federal formada por unos ochocientos hombres, teniendo como jefe al general Navarro, cuyo segundo era el coronel Tamborel, hacía una defensa valerosa, luchando contra un enemigo superior en número y hábilmente diseminado y escondido. [*Nota del redactor original*: «Montado en su caballo y acompañado de sus ayudantes el general Navarro recorría la ciudad serenamente mientras los tiradores maderistas enviaban sobre él lluvias de balas, y el coronel Tamborel, militar de la nueva generación, extraordinariamente bravo y pundonoroso presentaba una heroica resistencia a los atacantes que iban avanzando mediante horadaciones en las casas»].

Cuando la lucha era más encarnizada, en la estación de los Ferrocarriles Nacionales, un correo llegó hasta el jefe de los atacantes maderistas de ese sector, Marcelo Caraveo, portando una orden de Madero en que le mandaba que se dirigiera rápidamente a Estación Bouche para interceptar el paso de tropas federales mandadas por el coronel Rábago, que venían de Chihuahua en auxilio de la guarnición de Juárez.

Caraveo obedeció la orden y acompañado de Roque González, Pedro Sánchez y Melchor Vela, fue a encontrar a unos ochenta maderistas

que venían de Casas Grandes con los cuales se estacionó en Bauche, dispuesto a impedir la pasada de la columna federal de auxilio, la cual nunca llegó, pues fue detenida y obligada a regresarse en combate con fuerzas de Agustín Estrada, que había sido enviado a Moctezuma con ese objeto.

§ Al cabo de tres días con sus noches de encarnizadísimos combates, y cuando numerosos federales, entre ellos el bravo coronel Tamborrel habían muerto en las calles juarenses, el general Navarro mandó izar bandera blanca y se rindió incondicionalmente junto con sus tropas, entregando sus espadas al capitán Aranzubia, de las fuerzas de Caraveo, quién más tarde se le entregó al jefe revolucionario don Félix Terrazas. Aranzubia era al estallar la revolución dependiente en jefe de la tienda de raya de Madera, Chihuahua, donde se incorporó al movimiento armado.

Con numerosas bajas de ambas partes, el movimiento revolucionario había conquistado la población más importante en toda la frontera capturando un cuantioso botín de guerra.

§ Pero con la victoria siempre llegan los problemas y las responsabilidades graves: y apenas acababan de tomar a sangre y fuego la plaza fronteriza de mayor importancia cuando serios problemas se presentaron a las fuerzas victoriosas, el primer problema serio surgió después del triunfo de Ciudad Juárez, cuando una muchedumbre de revolucionarios poseídos de indignación furiosa, estuvo a punto de arrojar sobre el señor Madero, tratando de exigirle a viva fuerza que entregase al general Navarro, ya entonces prisionero de la Revolución, para matarlo en castigo por sus fusilamientos de prisioneros revolucionarios en Cerro Prieto y otros lugares.

—Señor Madero, acuérdesse que en Guerrero usted ofreció públicamente que Navarro pagaría con su vida las matanzas— gritaban los maderistas.

Pero los amotinados fueron calmados temporalmente por el Jefe de la Revolución, quien por naturaleza era enemigo de los fusilamientos

y derramamientos de sangre y les decía a los suyos: «Si matamos a Navarro después de nuestro triunfo, mancharemos innecesariamente la bandera de la Revolución.» Cuando aquella tormenta se hubo calmado un poco, el señor Madero logró sacar al general Navarro en automóvil y lo llevó rápidamente al lado americano, salvándolo así de una muerte segura.

Ante otro problema arduo se encontraron los revolucionarios: la falta de dinero, de víveres, etcétera. Hasta entonces operando en los campos o en las poblaciones de escasa importancia, los soldados de la revolución no habían recibido pagos regulares en dinero. Se habían podido sostener vestuario, pertrechos de guerra y víveres, especialmente ganado vacuno, de donde lo encontraron por la buena o por la mala.

Extendiendo recibos formales por todo lo tomado, que deberían pegarse «al triunfo de causa». Pero en una ciudad, a las mismas puertas de los Estados Unidos, cuyo gobierno y pueblo observaban atentamente los acontecimientos mexicanos, ya no era conveniente usar de la violencia para obtener recursos.

Así lo comprendió el jefe de la Revolución y dictó órdenes prohibiendo bajo pena severísima los saqueos, desórdenes, etcétera.

Casi al pie de la letra y con las excepciones explicables, estas órdenes fueron obedecidas, pero entonces la gente preguntaba: «¿Se nos prohíbe coger de donde haya? ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a ponernos?» Primero fueron nada más preguntas, pero a medida que los días pasaban, se convirtieron en demandas, en fuertes exigencias acompañadas de imprecaciones.

Y estas exigencias se hicieron más ásperas y amenazadoras cuando las fuerzas vieron que el señor Madero y su séquito de civiles, muchos de ellos revolucionarios de última hora que no habían olido la pólvora ni afrontado peligros, ni conocido las rudezas de la campaña, pasaban gran parte del tiempo en banquetes y festines que les obsequiaban.

§ Ante esta situación tan crítica que amenazaba resolverse en un saqueo general y tumultuoso de Ciudad Juárez, se formó una comisión encabezada por Pascual Orozco hijo, y Francisco Villa e integrada por

los principales jefes para que hablaran con el señor Madero. La comisión de jefes se presentó ante el jefe del Ejército Libertador cuando éste, rodeado de gran número de civiles, visitantes, etcétera, se encontraba en sus oficinas provisionales en la Aduana Fronteriza.

—Ya no es posible que nuestras fuerzas se sostengan por más tiempo sin dinero y sin qué comer ni qué vestir, mientras ustedes viven banqueteano, de modo que, o se nos dan recursos o los cogemos de donde se pueda y como sea preciso.

—Mañana mismo conseguiremos dinero para ustedes, no se irriten, tengan paciencia. ¿No ven que estoy muy atareadísimo?

Pero el día siguiente y a pesar de esta promesa del señor Madero, nada les fue entregado a las tropas, su paciencia se había agotado ya, y llevando al frente a sus principales jefes, una multitud de maderistas armados se presentó a Madero, que estaba en el edificio de la entonces Jefatura política y hoy Presidencia Municipal.

La demanda de dinero y víveres, esta vez fue terminante, enérgica, amenazadora. Una escena violentísima se registró entonces entre el jefe de la revolución y sus subordinados; don Abraham González salió en defensa del señor Madero, otros civiles trataron de hacer lo mismo, pero con resultados contraproducentes, pues Orozco y Villa mandaron arrojarlos de la estancia por Juan Dozal y otros. Haciendo grandes esfuerzos por imponerse a los jefes revolucionarios, Madero estaba nerviosísimo y lleno de indignación, y viendo que sus palabras vehementes no daban resultado, en un arranque dramático abrió los brazos mientras exclamaba:

—¡Aquí estoy, mátenme!

Tan tumultuosa escena, sin embargo, no tuvo mayores consecuencias, los jefes convinieron en esperar un poco y Madero inició desde luego gestiones activísimas para obtener dinero, lo cual pudo hacer al cabo de unas horas.

La armonía entre los jefes civiles y militares de la Revolución, quedó restablecida pronto, cuando miles [¿de pesos?], provisionalmente agenciados por el señor Madero fueron distribuidos entre las fuerzas victoriosas.

ARMANDO B. CHÁVEZ

La memoria es magnífica para olvidar.
R. L. Stevenson

Armando B. Chávez, nuestro historiador, anota lo siguiente de las fuerzas en pugna:

§ *Los oroquistas.*— A insistencia de Pascual Orozco y de Francisco Villa, se desprendió un grupo de revolucionarios del campamento general localizado en el lugar ya citado, sin la autorización, como queda dicho, del Presidente Provisional de la República, don Francisco I. Madero, con el fin de calcular y medir la fuerza del enemigo.

Dicho conjunto va al mando de José Orozco, quien avanza paralelo al Río Bravo, rebasando la compuerta de donde se desprende el canal de irrigación y después de varios sondeos, avistan a los federales parapetados en el lugar conocido con el nombre de El Molino, sobre dicho canal de irrigación y el actual bordo del Arroyo Colorado. Después de varias tentativas se rompe el fuego; el grupo de José Orozco ataca cerradamente. El Molino es defendido por hombres del 20 Batallón y la refriega se prolonga por algunos minutos. El oportuno aviso del defensor hace que le lleguen refuerzos, conteniendo así el avance de los maderistas.

Al oírse los disparos en la ciudad, el señor Madero envía al Cuartel General del defensor de la plaza, general Juan J. Navarro, a dos intermediarios: Toribio Esquivel Obregón y Oscar Braniff, a fin de concertar un armisticio, pues el coronel Steveer, Comandante de las fuerzas norteamericanas, le había hecho ver el peligro de que las balas pasaran a territorio extranjero, pudiendo dar motivo, como se había pensado, a una complicación internacional.

Así las cosas, el tiroteo se aviva y las fuerzas maderistas obligan a los federales a abandonar su refugio y retroceder, lo cual alienta grandemente a los hombres de Orozco que avanzan sin contenerse.

El capitán Reyes Robinson, alias «Camisa Colorada», con inaudito brío y carabina en mano, corre estrepitosamente bajo el fuego de los contendientes, gritando vivas a la Revolución, muchas veces, adelante del grupo orozquista, sin amedrentarlo el enemigo ni las balas que anunciaban ya a la ciudad, el ataque a la misma y la intención de los rebeldes por apoderarse de ella.

La gente de José Orozco blanquea a los federales y éstos se repliegan hacia el oriente, quedando la zona norte de la ciudad en manos de los revolucionarios, pues también Raúl Madero acometía por el rumbo de los puentes internacionales.

La retirada de los defensores se realiza ahora hacia el poniente, para llegar a la barricada que con toda anticipación habían levantado cercana a la Guarnición de la Plaza. No obstante que el general Navarro aceptó la tregua y mandó a cesar el fuego y que el propio Madero hizo lo mismo, ni uno ni otro fueron obedecidos. Las tropas combatientes convergieron por distintos rumbos a la céntrica Avenida Juárez, creciendo la expectación pública y la inquietud de los grupos en contienda. Después de haber sido batidas otras fortificaciones establecidas en dicho trayecto, se replegaron los federales y avanzando sobre ellos los revolucionarios, penetraron a la Avenida Ferrocarril para refugiarse en la trinchera improvisada que el general Navarro tenía establecida a un costado de la actual Plaza de Toros «Alberto Balderas».

Los maderistas con un sentido previsor enorme y con una dirección militar sorprendente, con rapidez se separaron en grupos estratégicos, para iniciar el ataque frontal de la aludida trinchera, recrudeciéndose la batalla que dejó varios muertos y heridos en el campo.

Mientras tanto, el señor Madero desde su Cuartel General había mandado, como ya se dijo, cesar el fuego, destacando a Cástulo Herrera con bandera blanca para que se cumplieran sus órdenes. Herrera realizó su cometido no obstante el peligro de la refriega, pero son que los disparos se suspendieran; sino al contrario, enfrascados los contendientes en una lucha a muerte, la infantería y la caballería revolucionarias, se dieron al asalto dramáticamente, al grado de que los federa-

les nuevamente tuvieron que replegarse por la calle Abraham González, hacia el oriente para tomar la Avenida Lerdo y preparar su retirada hacia la Guarnición de la Plaza, situada en el número 115 al norte de dicha arteria.

Al mismo tiempo que esto acontecía, el coronel Manuel Tamborrel, segundo en Jefe de la Plaza y el capitán Primero José L. Guerra, desde la citada Guarnición, espectadores impávidos en espera de noticias y dictando órdenes, tuvieron el desacierto de salir intempestivamente a atestiguar la retirada y siendo blanco certero de los fusiles rebeldes, cayeron muertos frente a la Guarnición de la Plaza, lo cual sembró el desconcierto. Los federales, huyendo sorprendentemente acosados por sus enemigos, tomaron el rumbo del Cuartel General, situado en la calle Constitución y la actual calle Galeana, en lo que ahora es la Escuela Número 28, lugar al que convergieron por la antigua calle del Comercio y arterias adyacentes, logrando así esquivar a los revolucionarios, encontrando refugio y evitando las bajas de sus contrincantes que sembraron de cadáveres y heridos el trayecto.

Los revolucionarios ante la fuerza defensiva de Navarro y sus contingentes acampados en el Cuartel General de la citada escuela, y quien ya estaba preparado, porque tenía conocimiento de los hechos y de la situación general, detuvieron su avance para fortificarse y buscar protección de las cerradas descargas de la fusilería y morteros que se disparaban contra ellos. Estos grupos maderistas a los que se sumaron revolucionarios regulares e irregulares y gente del pueblo, en todo el trayecto por el que vinieron combatiendo se hicieron fuertes en diversos puntos ubicados a la altura del actual mercado Juárez.

En muchas ocasiones en su avance hacia el sur, tuvieron que trepar paredes, brincar techos y horadar casas para lograr seguir replegando al enemigo, venciendo su resistencia siempre amenazadora y distraer a sus contingentes, conquistando los cinco reductos gobiernistas a los que se enfrentaron en su trayecto desde El Molino hasta el Mercado Juárez. Cabe decir que tanto en la trinchera de la Ferrocarril y Abraham González como en la Guarnición de la Plaza de la Avenida Lerdo,

estaban apostadas ametralladoras e infantería, habiendo sido los lugares donde más se generalizó el tiroteo.

Por otra parte, la ciudad ya se encontraba hostilizada por todos los rumbos, apareciendo los franco-tiradores al servicio de los revolucionarios, con sus listones tricolores en sus sombreros, quienes empezaron a avanzar por distintas rutas al mando de Pascual Orozco y de Francisco Villa, unos, y de J. de la Luz Blanco y Lázaro Alanís, otros.

Por su parte, los federales también con gente adicta, se atrinchero en el Palacio Municipal, en las azoteas de la Misión de Guadalupe, y en las del edificio «La Fama» de la esquina de las calles de Comercio y actual Noche Triste, en pleno corazón de la ciudad.

Pascual Orozco y Francisco Villa se habían desprendido juntos del Cuartel General maderista: los guiaba el deseo de apoderarse de Ciudad Juárez para dar el triunfo a sus armas y tener en su poder al general Juan Navarro, para llamarle a cuentas por los sucesos de Cerro Prieto y otras acciones de guerra.

Tomaron hacia el sur por la ruta de los arroyos y vericuetos del poniente de la ciudad y se despidieron a medio camino con el fin de establecer dos frentes más; pues José Orozco ya iba al encuentro de los porfiristas rumbo a El Molino. Villa se dirigió por el campo de tiro del Barrio Alto y Pascual Orozco avizoraba el rumbo de sus acciones con un gran sentido militar. Cruzó el lomerío e hizo alto en la actual Colonia Durango; discutió con sus subalternos, se adoptaron medidas y dio la orden de avance seguido de su Escolta y de las fuerzas de Caballería e Infantería a su mando. Efectuó un corto reconocimiento y no teniendo enemigo al frente, decidió cruzar el Arroyo Colorado, pasando hasta la Cárcel Pública donde dio libres a los presos, que inmediatamente se le sumaron.

Sabedor de que el Jefe Político, coronel Rafael García Martínez, con la Policía Rural y Municipal, así como con gente adicta se aprestaba a la defensa en la Jefatura Política, Iglesia de Guadalupe y otros puntos de la plaza principal, hizo alto en la actual Avenida Ocampo y dictó sus órdenes de ataque, abanicando a su gente, mandando al grueso de su

columna por la propia calle Aldama, sirviéndole de escudo puertas y ventanas; su caballería al galope cruzaba sin descanso descargando sus fusiles frente a la propia Jefatura Política sin temor ni a las balas ni a la muerte.

Se trabó el combate prolongadamente, pero la acometida era furiosa y los orozquistas redujeron al mínimo la resistencia y se apoderaron de dichas fortificaciones, logrando evitar el Jefe Político su aprehensión.

El general Orozco dejó apostada su gente en posesión de los citados lugares y como los disparos de las azoteas de la Misión de Guadalupe se escucharon inmisericordes, ordenó contener el fuego avanzando con cautela dada la magnífica posición de sus adversarios, acallando en poco tiempo la fusilería enemiga y cargando más tarde sobre «La Fama» donde eran civiles los que defendían dichas trincheras.

La gente de Pascual Orozco era numerosa y aunque las bajas no fueran muchas, hubo momentos de desconcierto; pero el deseo de luchar y vencer a los porfiristas crecía más aun por los éxitos obtenidos. Al estar atacando el citado punto, «La Fama», se recibieron las noticias de la retirada de los navarristas y las muertes de Tamborrel y Guerra en la Guarnición de la Plaza, y la huida del enemigo hacia el Cuartel General de la Escuela 28, al mismo tiempo que Villa había acallado a los federales a la altura del Fuerte Hidalgo y enviaba certeramente, con graves destrozos, sus balas sobre el propio Navarro.

El fuego enemigo de «La Fama» cesó y sólo quedaba cargar sobre el Resguardo Aduanal y algunos otros elementos de tropa que se hacían fuertes en el edificio de la Aduana Fronteriza, cuya fusilería ya se hacía sentir sobre las fuerzas orozquistas que inmediatamente hicieron los preparativos para cargar sobre dicho núcleo de resistencia, entablándose nutrido tiroteo.

El avance de los revolucionarios fue tan rápido y tan bien coordinado, a pesar de la resistencia enemiga, que después de varios minutos se apoderaron de la Aduana Fronteriza, haciendo gran número de prisioneros quedando sobre las calles adyacentes los muertos y heri-

dos de la refriega. La Aduana Fronteriza se convirtió así —como es lógico suponerlo— en Palacio Nacional y sede del Gobierno Provisional de la República, encabezado por el Jefe de la Revolución don Francisco I. Madero.

A los pocos minutos, Pascual Orozco llama a su hermano José y al coronel Francisco Villa, para deliberar sobre las siguientes medidas por tomar y allí se reúnen los principales jefes del asedio a la ciudad, dictándose orden de avanzar sobre el Cuartel del 15 para someter a Navarro, quien ya había tomado dicho rumbo, abandonando su Cuartel General.

Las fuerzas de Pascual Orozco se encaminan hacia dicho lugar; toman la Avenida 16 de Septiembre hasta la calle Mariscal, ascienden hacia la Avenida Ocampo y doblan por la calle Arteaga hacia el sur, para acercarse a Navarro y poner sitio a sus fuerzas en su último intento de resistencia, mientras llegan los demás elementos revolucionarios para contribuir a la rendición de la plaza y el triunfo de la Revolución.

§ *Los villistas.*— Pero veamos cuales fueron las acciones siguientes de Francisco Villa: las caballerías villistas avanzaron a galope por el lomerío del Arroyo Colorado; le seguía la infantería revolucionaria con una inusitada algarabía y un deseo desbordante de participar en los combates.

Villa se encamina hacia las huestes del Hipódromo para envolver a los federales y al llegar a Tiradores del Norte envía a su vanguardia jefaturada por Marcelo Caraveo y Albino Frías con Félix Terrazas con rumbo a la Estación de Ferrocarril Central para amagar el Cuartel General de Navarro que se sabe estaba en el lugar que después ocupó la Escuela Número 28 «Simón Bolívar». Villa con gran precaución, seguido de su escolta y elementos de caballería inicia la marcha minutos después, cruzando el Arroyo Colorado para tomar la calle Altamirano, subir por un corto tramo de la misma y continuar hacia el oriente por la Artículo 123 sin obstáculo ninguno. Va puesto para cual-

quier emergencia y es avisado por Terrazas que en el Fuerte Hidalgo hay un buen número de guarnición federal. Villa no pierde tiempo y ordena cargar sobre el enemigo sin demora, proponiéndose solamente —cosa que logra— castigar con fuerza el reducto y continuar hacia el punto estratégico de su ruta: la Estación de Ferrocarril Central.

El Fuerte Hidalgo es tiroteado por la retaguardia y las bajas de sus defensores fueron considerables. Sin pérdida de tiempo y sin que los porfiristas lograsen nada efectivo sobre sus huestes, el Centauro prosigue su marcha, tomando el rumbo de la calle Rafael Velarde, después de haber dejado atrás la Abasolo, la Mariscal y la Membrilla.

Como la distancia era larga y las posiciones enemigas se desconocían, Doroteo Arango decide pernoctar en el antiguo panteón, donde hoy se levanta el Centro Escolar Revolución, cambiando impresiones con su gente y cavilando sobre su táctica defensiva y ofensiva sobre el general Navarro.

Al día siguiente, 9 de mayo, continúa la marcha que se inicia por la Rafael Velarde hacia el norte hasta la calle de La Paz y por ésta al oriente hasta la calle Globo. Poco antes de llegar a dicha arteria se tiene conocimiento que en un corralón cercano a pocos metros de las vías del ferrocarril, están las bestias, remudas, forrajes y alguna impedimenta de los batallones y regimientos federales bajo la custodia de algunos soldados gobiernistas. Villa con la sagacidad de sus acciones manobra rápidamente, cae con sorpresa sobre el citado lugar y se apodera de cuanto encuentra, sembrando el desconcierto en las filas contrarias.

Navarro se entera de la situación e inicia con cerradas descargas el ataque a Villa. Al poco tiempo se generaliza el tiroteo y entran en acción los morteros. Félix Terrazas, quien se había adelantado hacia las bodegas del Ferrocarril Central, es sorprendido por una carga intempestiva, no del Cuartel General de Navarro, sino de soldados apostados de vigilancia en la caseta que actualmente existe aún entre la Avenida Vicente Guerrero y Avenida Ferrocarril, desconcertándose después de haber sufrido algunas bajas. Don Fidel Ávila y otros revolu-

cionarios son heridos de gravedad y al oír los disparos tan cercanos, Villa y su gente acuden al auxilio de sus compañeros. Todos los vigilantes del puesto avanzado de referencia, perecen en la refriega, en un movimiento envolvente de los revolucionarios; y bajo el fuego de las balas enemigas, Villa se parapeta en las esquinas de las actuales Avenidas Lerdo y Vicente Guerrero, organizando a su gente en dispositivo de combate, asediando a Navarro con fuego constante y tenaz.

Cuando la lucha era más encarnizada, en la Estación de Ferrocarriles, un correo llegó hasta el jefe de los atacantes maderistas de ese sector, mayor Marcelo Caraveo, portando una orden del señor Madero en que le ordenaba se dirigiera rápidamente a Estación Bauche para interceptar el paso de tropas federales, mandadas por el general Rábago, que venía de Chihuahua en auxilio de la Guarnición de la Plaza.

Caraveo obedeció la orden y acompañado de Roque González Garza, Pedro Sánchez y Melchor Vela, fueron a encontrar a unos 80 maderistas quienes venían de Casas Grandes, con los cuales se estacionó en Bauche, dispuestos a impedir la pasada de la columna federal de auxilio, la cual nunca llegó, pues fue detenida y obligada a regresarse en combate con fuerzas de Agustín Estrada, quien había sido enviado a Moctezuma con ese objeto.

Mientras tanto, acá, en Ciudad Juárez, Villa y Navarro defendían sus posiciones. Se entabla un duelo a muerte entre ambos bandos y varias horas la ciudad es escenario de encarnizada lucha. Casas y paredes son horadadas y los soldados maderistas se acercan al Cuartel General bajo el certero fuego de sus 30-30 y de sus máuseres. Villa mismo cañonea al Cuartel General y Navarro siente el impacto con grandes pérdidas; sin embargo, se mantiene en su puesto y las horas pasan con gran daño para sus posiciones. Por lo pronto las balas cesan; pero sólo para arreciar su silbido a los pocos minutos.

Fue éste el encuentro más encarnizado y quizá el más decisivo. A Villa le ayudaron las fuerzas de José Orozco que seguían disparando desde el Mercado Juárez sus rifles con certera puntería y acercábanse

por momentos, brincando bardas y parapetándose en esquinas y en puertas, para buscar el blanco de sus ataques en acción individual, pero en incesantes descargas.

Después, Villa suspende el fuego para acudir a la cita de Pascual Orozco en la Aduana Fronteriza que ya estaba en poder de la Revolución. Toma la Avenida Vicente Guerrero, luego la Avenida Juárez y entra por la puerta principal al recinto. Tras de breve plática de los jefes atacantes, sale el guerrillero del Norte para asediar el Cuartel del 15; pues Navarro presuroso abandonó su Cuartel General dirigiéndose hacia dicho sitio en un afán por hacer frente con mayor eficacia a los maderistas y vencer su resistencia.

Villa avanza por Vicente Guerrero, Rafael Velarde y calle Hospital y se sitúa cercano al refugio federal iniciando el ataque por el ángulo sur-oriente, mientras las demás fuerzas revolucionarias contribuían a cercar el reducto gobiernista, reduciendo sus posibilidades de triunfo.

§ *Los Federales.*— Veamos ahora con mayor detalle los movimientos del defensor de la Plaza, general Brigadier Juan Navarro.

Navarro ha estado resistiendo el fuego certero de los revolucionarios desde su Cuartel General; sus morteros y ametralladoras han tratado de hostilizar a sus enemigos. De todos los rumbos de la ciudad surgen los disparos y los simpatizadores maderistas, dentro de la población, atacan en mil formas a los porfiristas.

El agua y la luz eléctrica de la ciudad han sido cortadas desde el día 7 y el fuego arrecia cada vez más. Todas las posiciones federales han sido diezmadas y las pérdidas ya se hacen sentir. Los revolucionarios han estado utilizando sus caballerías, su infantería, dos pequeños cañones y más que todo, las bombas de dinamita fabricadas en casa por Blas Guillén y lanzadas con gran precisión.

Navarro no ha podido recibir refuerzos, pues el sitio es un anillo sobre la ciudad, que impide sus abastecimientos y los enviados desde Chihuahua fueron interceptados.

Al amanecer del día 10, el Cuartel del 14avo. Regimiento había sido

abandonado en la imposibilidad de poderse sostener; pues estaba completamente rodeado por fuerzas revolucionarias y dominado por sus fuegos. Villa, en dicho reducto y Pascual Orozco sobre el centro de la ciudad, habían logrado triunfos definitivos obligando a replegarse al Cuartel General de Navarro, a la mayor parte de los contingentes, quienes resistían en los diversos reductos atacados.

Fuegos por retaguardia, hacen pensar seriamente a Navarro sobre la situación desventajosa en que se encontraba; el hambre, la sed, la falta de refuerzos y lo agotador del combate, así como el ataque en todas sus posiciones. «Para impedir que cortaran sus fuerzas y más fácilmente las batieran, las concentró en el Cuartel General conocido con el nombre de Cuartel 15, ya que la situación se agravaba por momentos y allí se tenía el depósito principal de municiones y existía un pozo azolvado que se creyó pudiera dar agua escarbándolo, aunque no fue así».

Aprovechando las deliberaciones de Pascual Orozco con sus principales jefes, el general Navarro abandonó su Cuartel General de la Escuela 28, saliendo por la calle Constitución y la avenida Vicente Guerrero, pasando frente al Monumento a Juárez hasta las vías del ferrocarril, por donde siguió la diagonal hasta el callejón Globo, calles De la Paz, Miguel Ahumada y Rafael Velarde, para enfilarse sus tropas por las calles Rayón y Mina y llegar sin la resistencia de sus enemigos hasta el ya citado Cuartel del 15 y disponer lo necesario para recibir el ataque generalizado de los revolucionarios, que al poco tiempo le siguieron sus pasos.

Efectivamente, minutos después, Navarro se encontraba rodeado por los maderistas; la refriega fue subiendo de tono y aunque el Jefe federal pretendió un contraataque, no logró nada efectivo, siendo presa del fuego enemigo con marcada desventaja.

El mismo Navarro dice que «el ataque llevado a cabo por todos los grupos y auxiliados por nuevas fuerzas, era cada vez más tenaz; los soldados faltos de fuerza física y moral hacían los últimos esfuerzos de que eran capaces». Ante tan dominante situación no le quedaba más

que el sacrificio; tocó parlamento, explicó la situación y la resolución no se hizo esperar: a las 2:30 horas de la tarde, se rindió a discreción para evitar el sacrificio inútil de su gente. Entregó su espada al capitán maderista Alejandro Aranzubía, primero en llegar hasta el Cuartel General y con ello, la plaza caía en poder de las fuerzas revolucionarias marcando el triunfo definitivo de la revolución.

Villa y Orozco no tardaron en llegar y el Jefe de la Revolución don Francisco I. Madero fue notificado inmediatamente en su Cuartel General que había ya establecido en la antigua Guarnición de la Plaza, llegando al poco tiempo para definir la situación y proclamar el triunfo del movimiento iniciado en 1910.

Alegría sin límites inundó no solamente el campo de las tropas revolucionarias y de sus Jefes sino a toda la ciudad que constató así el arrojo y la valentía de Orozco y Villa, en esta importante acción de armas. El desfile de las tropas revolucionarias cruzó las arterias del centro de la ciudad y sus contingentes se apostaron después frente a la Jefatura Política y el Monumento a Juárez, bajo el comentario de las opiniones y en espera de los acontecimientos futuros. Don Francisco I. Madero pasó a la Aduana Fronteriza, recibió diferentes comisiones y despachó correspondencia. Lo demás ya nos lo ha dicho la Historia y está en la mente no sólo de los juarenses y de los chihuahuenses, sino en la de todos los mexicanos.

Protagonistas y cronistas de la toma de Ciudad Juárez



Rivero



Turner



Vázquez G.



Bush



Navarro

Rafael Aguilar

Madero
sin Máscara

Libro de Aguilar



Garibaldi

Apuntes Históricos de la Revolución
de 1910 - 1911 **Olea**

D
e
B
o
c
h
i
n
i
v
a
c



C
i
u
d
a
d
J
u
d
e
z

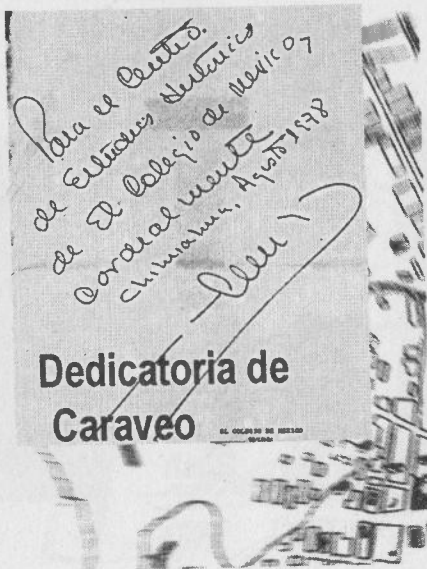
Por el Exl. Capitán, Heliodoro Olea Arias



Villa

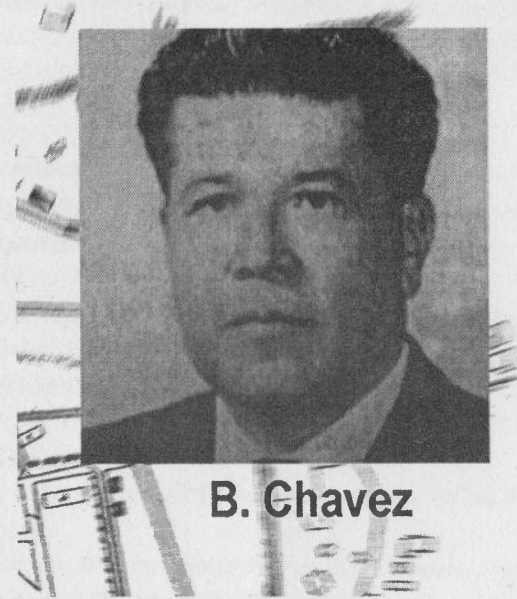
Castillo

Madero



*Para el Centro
de Estudios Históricos
de El Colegio de México
Caracas, Venezuela
Chimarra, Agosto 1978*

**Dedicatoria de
Caraveo**



B. Chavez

«BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS»

Nota bene: Cada texto compilado lo dividi por temas, utilizando como separador el signo de secciones o items (§ signum sectionis).

§ Para mi Introducción:

—Hernán Ríos. «Corrido de la toma de Ciudad Juárez». En Vicente T. Mendoza (compilador), *El Corrido de la Revolución Mexicana*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1956.

—Francisco R. Almada. *Diccionario de historia, geografía y biografía Chihuahuenses*, Universidad de Chihuahua, 1968.

—Pedro Siller / Ángel Berúmen: *1911, la batalla de Ciudad Juárez. La historia*. Ciudad Juárez, Chihuahua: Cuadro por Cuadro, imagen y palabra, 2003. Edición de autor.

—Miguel Ángel Berumen. *1911, la batalla de Ciudad Juárez / Las imágenes*. Ciudad Juárez, Chihuahua: Cuadro por Cuadro, imagen y palabra, 2003. Edición de autor.

—Felipe Talavera. En «La revolución mexicana: la toma de Ciudad Juárez» Hernán Ríos. *Diario de Juárez*. Mayo 2001. Similares datos utiliza la investigadora Sandra Bustillos. *La revolución mexicana en Ciudad Juárez*. En la página oficial de la UACJ.

§ Las versiones reunidas:

—Alberto Heredia, «Ataque y toma de Ciudad Juárez, información tomada de lo más importante de los diarios de El Paso (Texas)». México: *Novedades*, 1911.

—Gonzalo G. Rivero. *Hacia la verdad, episodios de la revolución*. México, 1911. Segunda edición: Chihuahua: Biblioteca Chihuahuense, 2004. Con fotografías de Samuel Tinoco. (He utilizado la versión original).

—T. F. Serrano, *Episodios de la revolución en México*. El Paso, Texas: Modern Printing, Calle Texas 315; año 1911.

—Timothy G. Turner. *Bullets, Bottles, and Gardenias*. Dallas, Texas: South-West Press, 1935.

—Roque Estrada. *De la revolución de Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas, 1911-1912*. Guadalajara: Imprenta Americana, 1912.

- Francisco I. Madero. *Carta a los delegados de Paz*. Versión basada en Archivo General de Francisco I. Madero. Epistolario correspondiente a 1900-1911, publicado por INEHRM en 1985.
- Francisco Vázquez Gómez. *Memorias políticas, (1909-1913)*. México: Imprenta Mundial, 1933. Del capítulo XV.
- Francisco Villa. En Martín Luis Guzmán. *Memorias de Pancho Villa*. México: Compañía General de Edición, 1968.
- Ira Bush. *Gringo Doctor*. Caldwell: Caxton Printers, 1939.
- Juan Navarro (General Brigadier). «Parte de guerra: La toma de Ciudad Juárez.» En la Colección Breviario Histórico 2, edición a cargo de 1990 Armando B. Chávez. UACJ, 1990. Incluido también en: *Historia de Ciudad Juárez, Chihuahua*, de Armando B. Chávez (Editorial Pax, 1991).
- Rafael Aguilar. *Madero sin máscara*. México: Imprenta Popular, 1911.
- Antonio Ruiz Llamas. «Sitio y toma de Ciudad Juárez.» En *El Legionario* y la revista *Zig-Zag* # 4 (mayo de 1954).
- Guiseppe Garibaldi. «Memorias de Guiseppe Garibaldi». En Graziella Altamirano, Guadalupe Villa. *Chihuahua, textos de su historia, 1824-1921*. Gobierno del Estado de Chihuahua, 1988.
- Máximo Castillo. En Jesús Vargas Valdés. *Máximo Castillo y la Revolución en Chihuahua*. Chihuahua: Nueva Vizcaya Ediciones, 2003.
- Heliodoro Olea Arias. *Apuntes históricos de la revolución, 1910-1911, de Bachimba a Ciudad Juárez*. Chihuahua: Talleres Impresora ALFFER, 1961.
- Marcelo Caraveo. *Memorias del general Marcelo Caraveo. Redactadas en El Paso, Texas, en enero de 1931*. Manuscrito de la biblioteca Daniel Cosío Villegas del Colegio de México. Corresponde a la versión 2 en nuestra compilación. Existe también: Caraveo, Marcelo. *Crónicas de la revolución (1910-1929)*. México: Editorial Trillas, 1992. Que decidí no utilizar en nuestro libro por reiterativo.
- Armando B. Chávez: «Ataque y toma de Ciudad Juárez (del 8 al 10 de mayo 1911)». En *Entorno* 4; noviembre 1985. Revista de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Ciudad Juárez, versiones de una toma, 1911

se imprimió la primera semana de mayo de 2011

en la ciudad de Chihuahua, México,

en el taller de impresión de

Ediciones del Azar A.C.

a cargo de Darío Estrada,

y sus acabados finales se realizaron

en Encuademaciones ARL

§

Cuidado de la edición:

José Manuel García-García

§

Edición: [rubén mejía]

El presente libro reúne una serie de versiones sobre la toma Ciudad Juárez en mayo de 1911. Es una colección de *tomas instantáneas* (literariamente hablando), una colección de piezas y de imágenes: bosquejos de fragmentos en torno a un mismo acto: la toma de una ciudad en un momento determinado.

Como compilador, *tomo* las versiones dispersas. Las reúno. Las rescato del silencio. Las reordeno.

Con estas «tomas», la gran narrativa de esa historia pierde un breve trozo de olvido. Tomamos del olvido una serie de tomas que pasan a la memoria escrita.

Este libro es, entonces, una reunión de voces, por años dispersas en folletos, libros antiguos, documentos guardados en las colecciones especiales de las universidades norteamericanas.

Es la variedad de perspectivas en torno a una batalla que duró apenas dos días y medio.

Estamos ante una verdadera *polifonía*, un conjunto de perspectivas en torno a un centro: la toma de la ciudad deseada.

José Manuel García
-Compilador-



Chihuahua
Gobierno del Estado
Secretaría de Educación,
Cultura y Deportes

